

Biblioteca Madrileña de Bolsillo

Guías Culturales

Guía del Madrid de Ortega

El Madrid de José Ortega y Gasset (1883-1955) es una urbe que se moderniza tanto en su cara exterior como en sus formas de vida. Es la ciudad del ensanche burgués del Barrio de Salamanca, de los palacetes de la Castellana, de la Gran Vía que se abre para comunicar el este y el oeste de la Villa y Corte con edificios que se miran en el espejo de Nueva York y que incorporan en su seno los primeros cines de la capital, novedosos grandes almacenes y modernos bares y restaurantes que transforman completamente el modelo tradicional de la tasca y de la taberna. En esta amplia avenida, conocida entonces como "de Pi y Margall", pondrá Ortega la sede de su Revista de Occidente. El Madrid de Ortega es también el del Ateneo; el de la Institución Libre de Enseñanza; el de la Residencia de Estudiantes y el de la Residencia de Señoritas, hoy sede de la Fundación Ortega-Marañón; el de las vanguardias y el de la Universidad Central.

Es también el Madrid con sabor añejo de la Puerta del Sol, de la Plaza Mayor, de los cafés literarios, de los tipos matritenses, de la ajetreada vida política. Y también el Madrid que deja, al norte, abierta su puerta a los frescos vientos de la Sierra del Guadarrama y, al sur, a la llanura castellana.



La Suma de Todos

Comunidad de Madrid

www.madrid.org



Guías Culturales | Guía del Madrid de Ortega

Biblioteca Madrileña de Bolsillo

Biblioteca Madrileña de Bolsillo

Guías Culturales

Guía del Madrid de Ortega

Javier Zamora Bonilla (dir.)



Guía del Madrid de Ortega

Javier Zamora Bonilla (dir.)

Ignacio Blanco Alfonso

José Ramón Carriazo Ruiz

María Isabel Ferreiro Lavedán

Iñaki Gabaráin Gaztelumendi

Azucena López Cobo



La Suma de Todos



Comunidad de Madrid

www.madrid.org



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

Comunidad de Madrid

Presidenta

Excma. Sra. D^ª. Esperanza Aguirre Gil de Biedma

Vicepresidente, Consejero de Cultura y Deporte y Portavoz del Gobierno

Excmo. Sr. D. Ignacio González González

Viceconsejera de Cultura

Ilma. Sra. D^ª. Concepción Guerra Martínez

Directora General de Archivos, Museos y Bibliotecas

Ilma. Sra. D^ª. Isabel Rosell Volart

Subdirectora General de Bibliotecas

Sra. D.^a María Jaudenes Casaubón

Secretario General Técnico

Ilmo. Sr. D. Francisco de Borja Sarasola Jáudenes

Edita

Comunidad de Madrid

Vicepresidencia, Consejería de Cultura y Deporte y Portavocía del Gobierno

Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas

Diseño de cubierta e interior

Ormobook, Servicios Editoriales, S.A.

Coordinación editorial y preimpresión

Sergio Martín. Ormobook, Servicios Editoriales, S.A.

Impresión:

Gráficas Palermo

ISBN: 978-84-451-3384-2.

Depósito legal: M-22036-2011

Tirada: 2.000 ejemplares

Edición: 05/2011

- © Comunidad de Madrid. Vicepresidencia, Consejería de Cultura y Deporte y Portavocía del Gobierno.
- © De los textos de José Ortega y Gasset: herederos de José Ortega y Gasset.
- © Del resto de textos y de la edición en su conjunto: Ignacio Blanco Alfonso, José Ramón Carriazo Ruiz, María Isabel Ferreiro Lavedán, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Azucena López Cobo y Javier Zamora Bonilla (director).

Guía del Madrid de Ortega

Javier Zamora Bonilla (dir.)

Ignacio Blanco Alfonso

José Ramón Carriazo Ruiz

María Isabel Ferreiro Lavedán

Iñaki Gabaráin Gaztelumendi

Azucena López Cobo



«Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo».

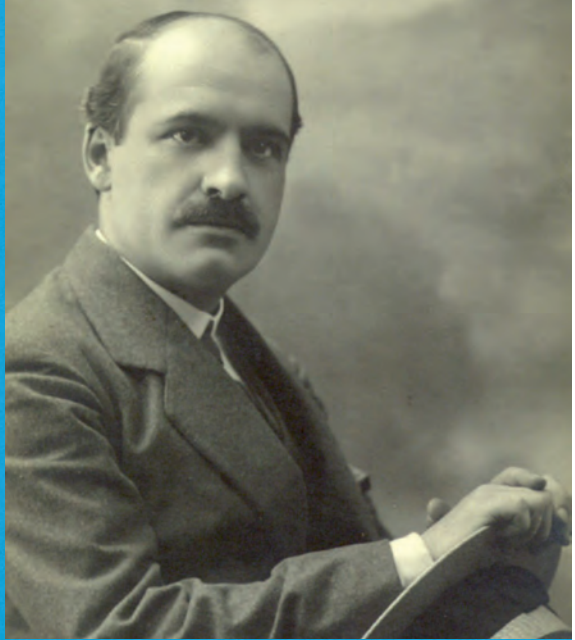
Meditaciones del Quijote

«Ha sido realmente una buena idea construir a Madrid junto al *golf*».

«Conversación en el *golf* o la idea del *dharmá*»,
en *El Espectador IV*



6	PRESENTACIÓN
12	1. GEOMETRÍA SENTIMENTAL Tipos matritenses El Madrid histórico
28	2. VIVENCIAS Recuerdos y anécdotas Paseos y amistades
40	3. CAPITAL DE ESPAÑA El Madrid soñado de la revolución liberal Gobernar desde la Puerta del Sol Pero Madrid se mueve...
54	4. LA ALTURA DE LOS TIEMPOS La ciudad de los intelectuales y de los obreros El Madrid de la República Contracorriente: Madrid ha vuelto a ser Madrیدهjos
66	5. EL MADRID DE LA EDAD DE PLATA Casticismo <i>versus</i> europeísmo El Ateneo y la Residencia de Estudiantes Las revistas, las tertulias y la Universidad
86	6. LA CIUDAD EN TRANSFORMACIÓN El ocio en la ciudad El paisaje urbano
104	7. LA SIERRA DEL GUADARRAMA El Guadarrama como circunstancia La pedagogía del paisaje Paisaje, clima y fauna
122	8. EL MONASTERIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL Lugares escogidos del Monasterio El Monasterio como metáfora
130	9. LA PROVINCIA El contorno de la capital Hacia el campo de Ontígola
136	RUTAS ORTEGUIANAS
158	BIBLIOGRAFÍA
160	ÍNDICE ONOMÁSTICO
166	CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS



José Ortega y Gasset (1883-1955).

Presentación

Javier Zamora Bonilla



El Madrid de José Ortega y Gasset (1883-1955) cabalga entre dos siglos a lomos de un proceso de modernización que tiene que saltar sobre circunstancias adversas. La curiosidad intelectual del joven Ortega se despierta en los años del desastre de Cuba y Filipinas, mientras la nación «sin pulso» quiere ser agitada por aquéllos que glosan «los males de la patria» y entienden que no se puede seguir bajo un régimen de «oligarquía y caciquismo». Este lenguaje regeneracionista caló en aquel muchacho que en 1904 se doctora en Filosofía y Letras, y decide ir a Alemania para «henchir de idealismo algunos tonelillos» con los que remover la «vieja política» y europeizar España por medio del progreso científico. Ortega no estuvo solo en este proyecto modernizador que dará lugar a las tres o cuatro generaciones más brillantes de la historia contemporánea nacional, y ni siquiera la política estaba tan anquilosada como pensaba el joven filósofo; no es casualidad que muchas de las iniciativas que contribuyeron a esta modernización nacieran en las sedes ministeriales: el Museo Pedagógico, el Instituto de Reformas Sociales, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, el Centro de Estudios Históricos, el Laboratorio de Histología Normal y Patológica o el Laboratorio de Fisiología General.

El Madrid de Ortega es el Madrid de la Institución Libre de Enseñanza, en el paseo del Obelisco (hoy del general Martínez Campos), donde acude a visitar a don Francisco Giner de los Ríos. Es el Madrid del Ateneo, en la calle del Prado, cuya biblioteca frecuenta y en sus instalaciones tiene sus primeras disputas intelectuales y sus primeras intervenciones públicas. Es el Madrid de la Residencia de Estudiantes, primero en los hotelitos de la calle de Fortuny y luego en los altos del Hipódromo, que visita frecuentemente para hablar a los estudiantes de su filosofía de la

José Ortega y Gasset
retratado por Ignacio
de Zuloaga (1935).



razón vital e histórica. El Madrid de la Residencia de Señoritas, que también frecuenta y donde hoy están depositados su biblioteca y su archivo en la sede de la Fundación José Ortega y Gasset en la calle de Fortuny. Es el Madrid de la prensa, de *El Imparcial*, su casa solariega, el diario de la familia en el que muy pronto empieza a publicar, y el Madrid de *El Sol*, el periódico más importante de la época desde su fundación en 1917, que recoge casi toda la obra orteguiana hasta 1931. Es el Madrid de las tertulias literarias. Es el Madrid de la *Revista de Occidente*, fundada por Ortega en 1923 y situada en el segundo tramo de la Gran Vía recientemente

abierto, y a cuya tertulia acuden algunos de los intelectuales más reputados de la época. Y el Madrid que pasa del canto triste a Castilla de los miembros de la Generación de 1898 a la ciudad de las vanguardias que se expresa literaria y artísticamente en nuevas formas, como Ortega intentó ver en *La deshumanización del arte*.

Es asimismo el Madrid político, que tan bien conocía Ortega, nieto de un ministro de la Monarquía de Amadeo de Saboya y sobrino de un ministro de la Regencia de María Cristina de Habsburgo y del reinado de Alfonso XIII. Es el Madrid donde Ortega propone una

renovación del liberalismo desde la revista *Faro*. El Madrid en el que el filósofo presenta la «Liga de Educación Política Española» en el teatro de la Comedia para lanzar su programa de pedagogía social. El Madrid en el que nace la revista *España*, todo un símbolo político de la Generación de 1914. El Madrid removido por intelectuales y obreros, que huyen en masa de los campos y llegan a la capital en busca de trabajo y malviven en barriadas periféricas que hacen doblar la población de la ciudad hasta alcanzar casi el millón de habitantes en la tercera década del siglo XX. Es el Madrid anodino políticamente de la dictadura de Primo de Rivera y el Madrid que resurge para dar paso a la Segunda República, que verá cómo Ortega se sienta en uno de los escaños del Congreso de los Diputados de la Carrera de San Jerónimo. Y también el Madrid convulso de la primavera y del verano de 1936, el Madrid asediado de la Guerra Civil y el Madrid de la represión durante y después de la Guerra. Y el «Madrídejos» que dice Ortega del primer franquismo.

Es sobre todo el Madrid vivido por una de las mentes más lúcidas de la cultura española. La ciudad de sus vivencias, la ciudad de paseos en los que surgen pensamientos que han quedado impresos para goce y conocimiento de todos. La ciudad que aparece en anécdotas y en el recuerdo de los amigos. El Madrid, en fin, del que se da cuenta en las siguientes páginas. Un Madrid que los textos de Ortega nos pueden ayudar a recorrer con la imaginación o a pie por sus calles. Un Madrid entrañable de tipos y perspectivas que hoy casi ya no existen, pero que son fáciles de entrever por medio de la bella y fluida prosa orteguiana.

Un Madrid que sobrepasa los límites de la ciudad y se extiende por la provincia, porque al filósofo le gustaba que sus musas encontrasen inspiración en las tierras madrileñas, sobre todo en la Sierra del Guada-



Ortega con su familia en la terraza de su casa en Serrano, 47.

rrama, por la que Ortega tanto paseó y que tanto le hizo meditar, como muestran las iluminadoras páginas de su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, escrito junto a los muros del Monasterio del Escorial.

Esta *Guía del Madrid de Ortega* es fruto del esfuerzo y del saber orteguiano del equipo de investigación del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset: Ignacio Blanco Alfonso, José Ramón Carriazo Ruiz, María Isabel Ferreiro Lavedán, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi y Azucena López Cobo. Mi labor ha consistido en coordinar distintas ideas y textos, pero en tanto mi mirada es la última, también es la responsable, no de los aciertos, sino de los desaciertos si los hubiere. Todos queremos agradecer a Carmen Asenjo ser la impulsora inicial y permanente de este proyecto; a la familia Ortega que haya dado su consentimiento para reproducir los textos del filósofo; a la Fundación José Ortega y Gasset y al resto de instituciones poseedoras de los derechos de las ilustraciones que nos hayan permitido reproducirlas; a Ascensión Uña que nos haya ayudado a encontrarlas; y a la Comunidad de Madrid que acoja esta iniciativa entre sus publicaciones.

Javier Zamora Bonilla



Edificio de la calle de Alfonso XII en el que nació Ortega, frente al parque del Retiro.

1. Geometría sentimental



Madrid es la ciudad de José Ortega y Gasset, su circunstancia más próxima. Fue su lugar de residencia durante la mayor parte de su vida. Aquí nació, hizo algunas de sus mejores amistades y conoció a su mujer, con la que tuvo tres hijos. Madrid fue, por tanto, lugar familiar y de experiencia personal por excelencia. De ahí, en definitiva, que se pueda hablar de una *geometría sentimental* de la ciudad. La calle de Alfonso XII, donde nació, frente al Retiro y al lado de la Puerta de Alcalá, o las calles de Goya, Zurbano, Serrano, Velázquez y la colonia del Viso, donde vivió antes de la Guerra Civil, o la calle de Montesquenza, donde pasó largas temporadas al volver a su patria después del exilio y finalmente moriría, son lugares de la memoria orteguiana.

En el siguiente texto, Ortega deja entrever cómo él vivía la ciudad y cómo esa vivencia se proyecta sobre la geometría madrileña:

Entre los muchos recuerdos y papeles que conservo de mi amigo A.... hallo éste, donde se alude a la geometría sentimental [...]
«Hoy me he enterado de que Soledad se fue ayer de Madrid para una ausencia de varios días. He tenido al punto la sensación de que Madrid se quedaba vacío y como exangüe. ¡Una impresión que han sentido todos los enamorados del mundo, pero no por eso menos extraña! Madrid sigue igual, con sus mismas plazas y calles, el mismo rumor de tranvías y bocinas, la misma gente y el mismo tráfigo; los mismos árboles en los jardines,

Placa conmemorativa del nacimiento de Ortega en la calle de Alfonso XII.





Casa de los padres de Rosa Spottorno en la plaza de Colón, donde Ortega se casó con ella el 7 de abril de 1910.

y, sobre los tejados, el mismo tránsito de nubes blancas y redondas que ayer y anteayer. Sin embargo, todo eso parece haberse vaciado de sí mismo y conservar sólo su exterior, su careta. Lo que han perdido es una peculiar dimensión de realidad: perduran ante mis ojos y

oídos, pero han dejado de existir para mi interés.

» Ahora noto hasta qué punto mi amor a Soledad irradiaba sobre toda la ciudad y toda mi vida en ella. Ahora advierto que aun las cosas más remotas, que menos parecían tener que ver con Soledad, habían adquirido una cualidad suplementaria en relación con ella, y que esa cualidad era para mí lo decisivo en cada una.

» Los mismos atributos geométricos, topográficos, de Madrid han perdido toda vigencia. Y es que hasta la geometría sólo es real cuando es sentimental. Antes tenía para mí esta ciudad un centro y una periferia. El centro era la casa de Soledad; la periferia, todos aquellos sitios donde Soledad nunca aparecía, vago confín casi inexistente, como lo fue para los griegos la región sobre el Cáucaso que medrosamente titulaban “tierra de los Hiperbóreos”. Unas cosas estaban cerca y otras lejos, según su distancia del lugar donde yo esperaba ver a la dulce criatura. A veces estas medidas parecían inversas de las que un agrimensor hubiera abstractamente calculado. Cuando yo estaba seguro de que iba a hallar en algún punto a Soledad, un camino largo hasta ella era para mí la más corta distancia, y en cambio, un breve trecho recorrido sin la esperanza de hallar a su cabo la suave piel mate de Soledad, era una distancia interplanetaria».

«Vitalidad, alma, espíritu», en *El Espectador V*

Madrid es también la ciudad donde Ortega emprendió sus más importantes proyectos intelectuales. Así nos cuenta cómo empezó recién licenciado en Filosofía y Letras a dar clases de Literatura para ganar algo de dinero que le permitiera pagar su principal afición, la lectura:

Hace diez y nueve años tenía yo diez y nueve años y gané diez y nueve duros, los primeros pecuniarios que a mí llegaban. Había yo concluido entonces la carrera de Filosofía y Letras y padecía un apetito monstruoso de lectura. Yo necesitaba dinero para comprar libros, y conseguí por medio de Navarro Ledesma que me encargasen de unas clases en dos típicos colegios madrileños.

Uno de ellos, situado en la plaza de las Descalzas, estaba dirigido por un vejete simpático y cazarro, con aire de militar retirado, que vagaba por los pasillos del instituto con una larga vara en la mano.

El otro creo que sigue aún abierto en la calle de Atocha; lo dirigía un seglar jesuitón que sabía halagar la ingenuidad de las madres por procedimientos verdaderamente geniales. He aquí uno de ellos: en una de las paredes del recibimiento había una portada de madera, puerta de una capilla.

Durante todo el curso, yo pasé por delante de ella y creía, como todo el mundo, que tras de la puerta de la capilla existía, en efecto, una capilla. Pero, no sé con qué ocasión, averigüé un día que de la capilla sólo existía la portada. Detrás de la magnífica talla barroca sólo había la pared.

Plaza de las Descalzas.



En cada uno de estos puestos de pedagogía daba yo clase diaria de Literatura. Por este trabajo recibía diez duros en uno y nueve en otro; es decir, menos de dos pesetas la hora, tarifa hasta hace poco de los simones. El día primero de mes, después de dar mis clases, cobraba mis sueldos e iba inmediatamente a depositar los diez y nueve duros en la librería de Gutenberg, donde siempre había una cuenta contra mí superior a mis emolumentos.

Yo siento mucho que la historia de mis primeras ganancias carezca por completo de romanticismo.

«[La primera peseta]»

Tipos madrileños

Muchos son los personajes madrileños y las anécdotas callejeras que salpican la obra orteguiana, recuerdos de los años vividos en sus calles como un filósofo en la plazuela, según gustaba calificarse. Éstos son algunos de esos personajes y de esas anécdotas:



La calle de Atocha en su desembocadura en la Glorieta del Emperador Carlos V.

Las lagarteranas que venden su mercancía en Atocha:

Pues bien, los lagarteranos, que habían ya casi abandonado sus usos indumentarios, conservaron la tradición de sus bordados. Algunos finos aficionados –sobre todo de la Institución Libre de Enseñanza– pusieron de moda, va para treinta años, estas labores tan propias para el ornato de las casas actuales, y el bordado lagarterano se convirtió en industria que explota sobre todo al turista. Pero la industria moderna necesita del reclamo. Y he aquí que, como anuncio de su industria tradicional, resuelve el pueblo entero de Lagartera rehabilitar sus antiguas ropas. Por las calles de Madrid se ve pasar a las lagarteranas llevando las mercancías a domicilio: van con sus faldas huecas y sus colorines, con aire de faisanes. El entusiasta de lo castizo, que suele ser un alma torpe o ingenua, se conmueve ante el contraste de esas figuras que representan al *pueblo eterno* y las novedades técnicas de la gran urbe actual. ¡Cuál no sería su desilusión si cayesen en la cuenta de que, bajo esa tupida fronda de haldas multicolores, se oculta el espíritu hipermoderno de mister Ford –nada tierno, nada romántico, que cínicamente acepta la farsa de sí mismo, con tal de vender su manufactura!

«Para una ciencia del traje popular»,
en *El Espectador VIII*



Lagarteranas
fotografiadas por
José Ortiz Echagüe.

El chulo o rural madrileño:

Y es curioso recordar que en aquella época [la Restauración] se produjo el triunfo de la *chulería*. El *chulo* es el rural madrileño. Pues bien; en vez de influir las clases abstractas sobre el chulo doméstico, acaeció el caso increíble de que fuese el chulo quien daba el tono a la vida madrileña, imponiendo hasta su léxico. Durante veinte años, la conversación de las altas clases

La Plaza Mayor vista desde la iglesia de Santa Cruz.



directoras arrastró todo el vocabulario soez y el crudo barroquismo de la plebe madrileña. Los *aristócratas* o hablaban en francés o hablaban en chulo, y, por muy alto que se subiese, la dicción plebeya, en marea viva, salpicaba el diálogo.

La redención de las provincias y la decencia nacional

El charlatán de la Plaza Mayor:

En la Plaza Mayor de Madrid, que conserva tan intacto su siglo XVII y sabe tan sabrosamente a Felipe III y Felipe IV, había, cuando yo era muchacho, un charlatán que procuraba atraer la atención de los papanatas con un juego de manos, siempre el mismo. «¡Aquí está el huevo –gritaba señalando a un lado– y aquí está el pañuelo!» –gritaba señalando al otro. «¡Se trata, señores, de hacer pasar el huevo dentro del pañuelo y luego el pañuelo dentro del huevo!»

«Sobre ensimismarse y alterarse»

El boticario y el perro *Paco*:

La adolescencia de los que somos viejos –y en esta sala no poseo la exclusiva–, [en esa España de 1880-1895,] transcurrió en un Madrid al cual no preocupaba ni interesaba nada de lo que pasaba en el mundo, que ni siquiera salía más allá de las Ventas, de Carabanchel y Puerta de Hierro, que existía vuelto hacia dentro de sí, viviéndose de sus propios jugos, gozándose de sí mismo, cabe decir sin grave impropiedad, que relamiéndose a sí mismo. Es el Madrid absorto que con maravillosa intensidad queda perpetuado en *La verbena de la Paloma*. ¿Puede imaginarse una obra así, que es, por lo demás, un logro estético de gran calibre, producida si no es por una ciudad que vive atenta sólo a su propia vulgar cotidiana-

neidad y, por tanto, nada de lo que en ésta acontece y a ésta afecta le pasa desapercibido, antes bien lo magnifica, lo heroíza y lo estiliza haciendo que la más trivial realidad sea, a la vez, leyenda de sí misma y mito exorbitante? Los viejos, y aun los que no lo son tanto, han asistido al tránsito de esa España absorta en sí misma a una España, como fue la de los primeros treinta años de este siglo, abierta a todos los vientos, mejor dicho, a todos los huracanes, tal vez demasiado abierta porque perdió por completo intimidad consigo misma, a un Madrid centrifugado en el que es imposible no ya la creación de una «Verbena de la Paloma» sino —y esto importa hacerlo notar—, sino imposible que pueda condensarse y cuajar en figura mitológica, conocida de todo el mundo, un modesto boticario de barrio, que fue la persona real transpuesta cómicamente en el personaje de *La verbena* que intenta distraerse con unas chulaponas. Sólo los pueblos absortos tienen la capacidad, la temperatura interior suficiente para crear mitos, porque sólo ellos poseen intensa y vivaz un alma colectiva. Conforme un pueblo se va abriendo se va desalmando y desde ese momento las cosas no son ya más que lo que son como hechos, no son ya leyendas y mitos de sí mismas. Aquel Madrid [de mi adolescencia y de algunos otros que veo], que era pobrísimo en todos sentidos tenía alma, y el Madrid posterior que era enormemente más rico, ha sido y sigue siendo un Madrid desalmando o poco menos. Los jóvenes difícilmente pueden representarse la delicia que era vivir en aquel Madrid —desde otros puntos de vista tan mísero y ridículo— pero que estaba lleno de personajes fantasmagóricos, idealizados, exorbitados, legendarios, míticos, [que andaban por las calles], que todo el mundo conocía porque eran creación de la ciudad misma y toda.

Sobre una nueva interpretación de la historia universal

Cartel de *La Verbena de la Paloma*.





Fachada del Café de Levante.

En estos fragmentos se recoge el sabor popular del Madrid que Ortega llevaba en el corazón. Guardaba el filósofo en su memoria una nítida imagen de su ciudad, con indudable cariño hacia sus calles, plazas, lugares, cafés, tipos populares y tertulias, a las que acudía con frecuencia. En el discurso de un brindis pronunciado en la reunión del P.E.N. Club de Madrid recordaba la siguiente anécdota del Café de Levante:

Nada me ha producido nunca tamaño terror como presidir algo. Por eso no he presidido nunca nada. Ésta es la primera vez que me he dejado arrastrar a ese terrible menester de presidir; pero claro es que ha sido por la gracia del salvador adjetivo adjunto a esta mi presidencia. Yo soy vuestro presidente «honorario», y convendréis conmigo en que ser algo honorariamente es el más lucido modo de no serlo.

Recuerdo en este momento una de las escenas más castizas que he tenido la suerte de presenciar en los últimos años. Fue hace cinco o seis. Recordaréis que entonces cayó sobre toda Europa un invierno crudísimo. En Madrid había feroces nevadas. Yo estaba una noche cenando en el «Café de Levante». Había ido allí, como hago alguna vez, de escapada, para, recogido sobre mí mismo, solo en un rincón de la vida madrileña, abrirme los poros a la casticidad que pasa. Había junto a mi mesa otra donde se reunía una tertulia de la pequeña clase media madrileña. Una tertulia de las que merecen el título de hipertertulias porque era tertulia de después de cenar, de hombres que después de haber estado dos o tres veces

de tertulia durante el día vuelven otra vez a ella, pase lo que pase. Brindo la imagen al señor Armiches, que diviso allá, sentado. Ya veréis por qué. Se hallaba bastante nutrida la tertulia cuando surge un nuevo elemento. Un hombre de magnífico porte, aventajado de talla, aspecto de gran chulo, como ya quedan pocos. Sombrero blanco y ancho, a lo *Lagartijo*; capa de estupendos embozos, que traía todos salpicados de copos de nieve; bastón con el puño de asta de ciervo. Al llegar junto a sus contertulios, se desembozó con un espléndido gesto y les saludó diciendo:

–Señores, ¡buenas noches... teóricamente!

Nunca he visto más enérgicamente vivida la idea que nuestro pueblo se hace de la teoría. Teoría para él es precisamente lo que no tiene nada que ver con la realidad, lo que jamás coincide con ella. Algo parecido es lo honorario. Es lo teórico en el orden social. Pues bien: reconozco que me va muy bien y acepto con simpatía este modo de presidir.

«Brindis en el P.E.N. Club de Madrid»

El Madrid histórico

El interés por la historia es uno de los ejes vertebradores de la obra orteguiana. Por supuesto, tal foco de atención atañe también a la ciudad de Madrid, cuya historia salta a las páginas del filósofo en muchas ocasiones. Las más características, sin duda, aquéllas que hacen referencia

Palacio del Buen Retiro hacia 1630.



a la Corte de los Austrias, a la de Carlos III y a la ciudad vivida por Goya a caballo entre el antiguo régimen y la revolución liberal.

Así evoca Ortega la llegada del joven Velázquez a la Corte; mediante las anécdotas populares de textos de la época intenta dar una imagen de frescura a su descripción del pasado aurisecular de la capital:

Fijémonos ahora en los efectos negativos que produjo en la vida de Velázquez su prematuro ingreso en Palacio. Una Corte en formación vive rebosando energía creadora y se llena de gérmenes, incitaciones, ensayos, posibilidades. Así era la Corte de Carlos V, sobre todo en la primera mitad de su reinado. Pero en una Corte ya hecha como la de Felipe IV, todo está hieratizado, mecanizado. A pesar de que el Rey era grande aficionado a las artes, en su contorno no aconteció nunca nada interesante. Era Palacio una atmósfera aséptica, esterilizadora. La vida en el Alcázar de Madrid empobreció el mundo de Velázquez, le apartó de experiencias fecundas. Lope de Vega, que era un hombre de extraordinaria vitalidad, sentía, por esto, horror hacia aquella vida palatina. «Los Palacios son sepulcros», dice. Y otra vez: «aun a las figuras de los tapices de Palacio tendría lástima si tuviesen sentimiento». Imagínese el efecto de este ambiente paralítico en un temperamento apático como el suyo. El artista necesita de las presiones que una vida difícil ejerce sobre él, como el limón necesita ser estrujado para dar su zumo. Desde los veinticuatro años Velázquez tiene todos los problemas resueltos.

—En Madrid un Crucifijo que estaba en el convento de San Jerónimo ha sudado sangre veintinueve horas; y llevaron al Rey un lienzo empapado en ella, y el Conde, el día que sucedió se recogió a sus solas, y no dio audiencia a nadie.

De Madrid me escribe un hermano grandes cosas de las fiestas de cañas y toros que se hicieron en el palacio del Buen Retiro. Entró en ellas S. M. y con eso ya se ve que serían lucidas. Había el duque de Berganza enviado al Rey un león ferocísimo; quisieron probarle en estas fiestas, y trayendo el toro más bravo de cuantos se pudieron hallar, los pusieron a ambos en la plaza. El león se estuvo quedo, y llegando a arremeterle el toro, él, como si no hiciera nada, de una manotada le abrió por medio, y dejándole muerto dio una vuelta muy despacio por toda la plaza y luego volvió al toro y le lamió las heridas y se estuvo junto a él, hasta que el leonero le llevó. Dicen que fiesta muy de ver.

Papeles sobre Velázquez y Goya

Y así cuenta Ortega cómo era el Madrid que regía un Imperio a mediados del siglo XVII:

Este volverse la atención de espaldas al resto del mundo y fijarse sólo en lo interior, este vivir de lo de dentro fue fatal para un pueblo como el español, que regía un vastísimo imperio en ambos mundos, combatido por todos en numerosos frentes. Y, en efecto, en tiempos de Felipe III habían empezado ya los españoles a desinteresarse de su imperio. La cosa se puede probar vigorosamente y sencillamente confrontando la conducta de los nobles de linaje o de cancillería llamados a ocupar los puestos de mando en las cien brechas del

Monasterio de San Jerónimo el Real, 1929.



imperio, entre 1570 y 1590. No hablemos de 1640, en pleno reinado de Felipe IV, en plena pincelada de Diego Velázquez. Esa torsión del interés hacia lo íntimo de la nación fue una de las causas que desinteresaron a los nobles de la ingente periferia del orbe español. Pero hubo otras dos: una, extrañísima, que se produce a cierta hora en todo pueblo que ha mandado en el mundo y que hoy presenciamos en Inglaterra: el cansancio de mandar, la desilusión de la hegemonía y la preponderancia. La otra causa –la tercera– que distrae del gobierno del mundo a los españoles es –quien lo diría– la corte, la vida cortesana. El reinado de Felipe IV significa en España el estreno con todo –como se dice en jerga teatral– de una vida de corte estable, adscrita definitivamente a una ciudad. La villa de Madrid, inmenso aldeón manchego, transustanciada en corte va a contribuir muy grave y concretamente a la destrucción del Imperio español. ¿Por qué? Por lo pronto –y es lo único que voy a formular–, por la delicia que fue esos años la vida de Madrid, estrenando la primera vida de ciudad corte que había habido en España. Sorprenderá a ustedes esto y comenzarán por no creerlo. Pero yo, a mi vez, comienzo por referirme a lo más fuerte y preciso, a la orden de Felipe IV en 1646 en que ordena a los corregidores de Madrid que arrojen violentamente de la Corte a los nobles para que asistan al ejército de Estremoz, en la línea de Portugal, porque la corona de España estaba perdiendo a Portugal y no había manera de que los nobles de España acudiesen a la guerra, por la sencilla razón, cien veces comprobable en el detalle, de que no se sentían capaces de renunciar a las delicias de Madrid, a las delicias del Prado. [...] El Prado –el Prado de San Jerónimo, porque había otros más allá–, paseo o más bien soto formado con la pradería del convento de los Jerónimos, aún hoy existente, y el magnífico jardín

o vergel que tenía el duque de Lerma donde hoy está el Banco de España y el palacio de Villahermosa –llamado de Squilache– era el trigémino de la vida deleitable en la villa y Corte.

Curso de cuatro lecciones. Introducción a Velázquez

El pueblo de Madrid, que con más frecuencia de la que Ortega pensaba salió a la calle desde el siglo XVIII para reivindicarse ante el poder, queda reflejado en la obra orteguiana, como en esta narración del motín de Esquilache:

Revolución popular no ha habido en España más que una: el motín de Squilache o de las *capas y sombreros*. La plebe peninsular ha solido ser mansa. Sufrió todo, soportó todo lo que con ella quiso hacerse. Pero un buen día los gobernantes *ilustrados* de Carlos III quisieron adecentarla un poco, quitarle el aspecto pintoresco, estrafalario, extraeuropeo que su manera de vestir le proporcionaba. Con este fin se publicó un bando para que todo el mundo recortara sus capas talaes y recogiera las enormes alas de sus sombreros. El pueblo se sintió ofendido en lo más recóndito de su ser: era como tocarle a la propia alma tocar a su sombrero, que solía llamarse *chambergó* y *gacho*.

Como la guardia walona era la encargada del orden público y tuvo que ocuparse en dar cumplimiento al bando anticastizo, creció la hostilidad que ya de tiempo atrás sentían por ella los barrios bajos de Madrid. Si el bando, que procedía de un extranjero, Squilache, era ya un atentado sacrílego a la espontaneidad tradicional del traje popular, la intervención autoritaria de soldados extranjeros acentuaba su ca-

Dibujo de la época que ilustra el origen del motín de Esquilache.





Retrato de los duques de Osuna y sus hijos (Goya, 1788).

rácter antinacional. Reformar el sombrero castizo, ¿no era como extirpar al pueblo su más autóctona personalidad? Y, en efecto, por una vez, el pueblo se sublevó y se dedicó a cazar guardias walonas. Así cuentan el hecho los historiadores y no hay nada que rectificar a su relación. Sólo les imputo

una falta: no decirnos por qué ese sombrero tan castizo, tan consustancial con la raza madrileña, se llamaba *chambergó*. La palabra huele enormemente a extranjería.

«Para una ciencia del traje popular», en *El Espectador VIII*

No menos atinado y vívido es su análisis de la situación en la Villa y Corte a la llegada de Francisco de Goya, en plena explosión del majismo y del cortejo dieciochesco:

Ahora tenemos que averiguar cómo era este Goya que a comienzos de 1775 entra por la Puerta de Alcalá. Ya he dicho que era un pintor de oficio. Entiéndase que toda su persona estaba inscrita en las líneas generales de la profesión pictórica según era entendida entonces. Y esto no sólo en cuanto artista, sino en todas las dimensiones de la vida. Era un representante típico de la mediana burguesía provinciana que, a la sazón, era en España sumamente ruda de maneras y gustos, gravemente inculta y de angostísimo horizonte. Estaba informado, como artista y como hombre, por los modos colectivos a la fecha vigentes, o lo que es igual, se sentía a la par con el contorno social, apoyado en él, nutrido de él.

Sin embargo, añadí que Goya es ya entonces el primer pintor de España. Esto es lo que no se comprende fácilmente, lo que reclama explicación. Pero es ineludible que intentemos aclararlo, porque en ello está la clave para entender la vida de Goya en estos primeros años de Madrid y para preparar la inteligencia de la posterior.

«Sobre la leyenda de Goya»

No habrá más remedio que detenerse un poco en la esquematización de este tupido paisaje de plebeyismo que constituye la auténtica «alma colectiva» de Madrid cuando Goya llega a la Villa y Corte. Ahora podremos averiguar quién es Goya en orden a su pretendido casticismo de que se ha intentado hacer sustancia de su vida y persona. Porque un hombre es aquello que hace frente al sistema de vigencias establecidas en el contorno donde se halla infuso. Mas, a fin de que la respuesta a nuestro requerimiento sea inequívoca, necesitamos añadir a todo lo dicho un decisivo coeficiente. Esa presencia de los modos plebeyos podía haber consistido en un simple «estar ahí», de suerte que pudiera encontrarlos quien, por particular afición, fuese en su busca. Pero no era así como las cosas se daban.

Sobre una deleitable quietud de fondo, esta segunda mitad del siglo XVIII español se caracteriza por el apasionamiento. Todo es vivido con fogosa intensidad, con entusiasmo casi maniático. No se contentan con ir a los toros o al teatro, sino que el resto del día apenas hablan de otra cosa. Más aún, discuten y se querellan, síntoma de que todo ello penetra las vidas hasta el estrato donde las pasiones borbotan. Y ello en todas las alturas sociales. Cuando la *Tirana* es traida de Barcelona por imposición oficial a trabajar en los teatros de Madrid, su marido no le envía sus trajes y aderezos. En vista de ello, la duquesa de Alba, que es su partidaria, le proporciona vestimenta. Inmediatamente la duquesa de Osuna, émula de la Alba, hace lo mismo con su preferida, la Pepa Figueras, gran chulapona sainetera.

Papeles sobre Velázquez y Goya

La gallinita ciega
(Goya, 1789).





Instituto de San Isidro antes de 1927.

2. Vivencias



Ortega no sólo vivió en Madrid sino que vivió Madrid, vivió su ciudad y paseaba por ella frecuentemente, solo y ensimismado en sus pensamientos o junto a amigos con los que dialogaba. Son muchos los lugares de la memoria orteguiana que acuden a sus páginas para ilustrar una idea, engarzar un concepto en una realidad presente o simplemente para captar la atención de un auditorio:

Hace años solía acudir a la biblioteca de San Isidro un pobre jorobado, de tan corta estatura, que no alcanzaba bien al pupitre. Invariablemente se acercaba al bibliotecario de turno y le pedía un diccionario. «¿Cuál quiere usted? –preguntaba solícito el empleado–, ¿latino, francés, inglés?» Y el pequeño jorobado respondía: «Mire usted; cualquiera, porque es para sentarme encima».

«Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust»,
en *El Espectador VIII*

Recuerdos y anécdotas

La Villa y Corte es la ciudad que Ortega vive en su día a día y una referencia constante en sus meditaciones. Cuenta, por ejemplo, que deambulando por el paseo de Rosales «hallan los proyectos espacio ilimitado para ensancharse». Cualquier rincón de la ciudad era oportuno para incitar su reflexión sobre todo lo humano. Sus parques, sus plazas, sus tranvías, sus hoteles, sus museos... le inspiran. Así, una de las distinciones orteguianas más luminosa y célebre, la que media entre ensimismamiento y alteración, nace al contemplar los monos de la Casa de Fieras del parque del Retiro:

Antigua Casa de Fieras del parque del Retiro, 1931.





Palacio de cristal
del parque del Retiro.

hace muchos años, un buen día delante de la jaula de los monos en el Retiro cuando tuve la evidencia de esta importante verdad.

No hay duda que en todo ser animado, el más importante de sus mecanismos es la atención. Estamos allí donde atendemos. Por eso he repetido tantas veces: dime a lo que atiendes y te diré quién eres. Pues bien, delante de estos simios del Retiro consideraba yo cómo ni un solo instante dejan de atender a su contorno físico, al paisaje. Están alertas hacia él, como obsesos por cualquiera variación que en su alrededor cósmico acontezca. Yo pensaba en la enorme fatiga que para un hombre sería estar tan sin descanso atento a su alrededor, tomado por él, absorbido por él. La situación del hombre le permite desatender más o menos lo que pasa fuera, en el paisaje, en las cosas y, a ratos cuando menos, invertir la puntería de su atención dirigiéndola hacia sí. Esta capacidad, que parece tan sencilla, es la que hace posible al hombre como tal. Merced a ella puede volverse de espaldas al fuera, que es el paisaje, salir de él y meterse dentro. El animal está siempre fuera: el animal es perpetuamente lo otro —es paisaje. No tiene un *chez-soi*, un dentro —y por eso no tiene un sí mismo. Cuando materialmente le es dado desatender al contorno, cuando puede dejar de ser lo otro y salir del fuera cósmico, no tiene donde entrar, no tiene casa propia, recinto, interior separado y distinto del mundo; por eso, cuando el contorno le deja en paz y sin alteración, el animal no es nada, deja de ser y se duerme, esto es, borra su propio ser en cuanto animado. Cuando existe, existe en permanente alteración y perpetuo sobresalto y atropello. [...]

Lo que sea ensimismamiento y alteración se ve claro cuando se compara al hombre con el animal. Y, en efecto, confesaré a ustedes que fue,

Al hombre, en cambio, le es dado no estar siempre fuera de sí, en el mundo; le es dado «retirarse del mundo» y ensimismarse. El hombre hace el Retiro, el no-fuera, el no-mundo: pone en él a los monos y para los monos se convierte inexorablemente en selva, en paisaje y motivo de alteración. El hombre es el animal retirado, ensimismado.

En torno a Galileo

El Museo de Pinturas, más conocido como Museo del Prado, es otro de esos lugares históricos y emblemáticos de Madrid que atrae la atención de Ortega:

Vagando por el Museo del Prado, bajo la tibia luz blanca que se vierte por las vidrieras, me he detenido casualmente ante tres lienzos: uno es la *Bacanal*, de Tiziano; otro, la *Bacanal*, de Poussin; otro, *Los Borrachos*, de Velázquez. Estas tres obras de tan disidentes artistas coinciden en el tema, son diversas soluciones estéticas a este tragicómico problema: el vino.

Un problema cósmico es el vino. ¿Os reís de que me parezca el vino un problema cósmico? No es extraño; pero estas sonrisas me dan la razón. Es un problema tan grave el del vino, tan verdaderamente cósmico, que nuestra época no ha podido pasar junto a él sin darle su atención y resolverlo a su manera. Sí; nuestra época ha tomado también posición ante el problema del vino, una posición higiénica. Ligas, legislaciones, impuestos, trabajos de laboratorio.... ¿cuánta actividad y preocupación no va hoy incluida en esta palabra: alcoholismo?

*Los borrachos o
El triunfo de Baco
(Velázquez, 1629).*



Un problema cósmico es el vino. Yo también sonrío: la época en que vivo es como tibur chino donde ha ido creciendo mi corazón, donde se ha deformado, y a los grandes secretos del cosmos reacciona según los gestos al uso. La solución que mi edad ofrece al tema del vino es el síntoma de su prosaísmo, de su hipertrofia administrativa, de su enfermizo prurito por la previsión y el burgués acomodo, de su total carencia de esfuerzo heroico. ¿Quién tiene hoy mirada tan penetrante para ver al través del alcoholismo –una montaña de papeles impresos cargados de estadísticas– esta simple imagen de unos pámpanos lascivos retorciéndose y unos anchos racimos que el sol traspasa con sus saetas de oro?

«Tres cuadros del vino (Tiziano, Poussin y Velázquez)»,
en *El Espectador I*

Mas no sólo las grandes obras de arte inspiran al filósofo, también «el humilde tranvía que rueda hacia Fuencarral»:

Pedir a un español que al entrar en el tranvía renuncie a dirigir una mirada de especialista sobre las mujeres que en él van, es demandar lo imposible. Se trata de uno de los hábitos más arra-

gados y característicos de nuestro pueblo. A los extranjeros y a algunos compatriotas les parece incorrecto ese modo insistente y casi táctil con que mira el español a la mujer. Yo soy uno de éstos: me produce una gran repugnancia. Y, sin embargo, creo que esa costumbre, suprimida la insistencia, la petulancia y la

Tranvías madrileños rebosantes de pasajeros.



tactilidad visual, es uno de los rasgos más originales, bellos y generosos de nuestra raza. Como con otras manifestaciones de la espontaneidad española acontece con ésta; tal y como se presentan, impolutas, toscas, mezclado lo puro y lo torpe, ofrecen un aspecto de barbarie. Mas si se las depura, libertando lo exquisito de lo grosero y potenciando su germen noble, podrían constituir un sistema de ademanes originalísimo y digno de competir con aquellos estilos de movimiento que se han llamado *gentleman o homme de bonne compagnie*. [...]

Hoy he tomado el tranvía, y como nada español juzgo ajeno a mí, he ejercitado esa mirada de especialista arriba dicho. He procurado desembarazarla de insistencia, petulancia y tactilidad. Y me ha causado gran sorpresa advertir que no han sido menester tres segundos para que las ocho o nueve damas inclusas en el vehículo quedasen filiadas estéticamente y sobre ellas recayese firme sentencia. Ésta es muy hermosa; aquélla, incorrecta; la de más allá, resueltamente fea, etcétera, etcétera. El lenguaje no posee términos suficientes para expresar los matices de ese juicio estético que en el raudo vuelo de una mirada se cumple y se dispara.

Como el trayecto era largo y, con muy buen acuerdo, ninguna de aquellas damas me concedía un porvenir sentimental, he de recogerme a la meditación sin otra presa que mi propia mirada y sus automáticas sentencias. [...]

He aquí cómo yo, desde este humilde tranvía que rueda hacia Fuencarral, envío una objeción al radiante jardín de Academos. Amor me mueve, que me hace hablar... Amor a la multiplicidad de la vida, que a veces los mejores, contra su voluntad, han contribuido a empequeñecer. Porque de la misma manera que hicieron los griegos del ser lo único y de la belleza una norma o modelo general, va a encontrar Kant la bondad, la perfección moral en un imperativo genérico y abstracto.



La Puerta del Sol a comienzos de la década de 1930.

Esta dama que ante mí va...

—¡Cuatro Caminos! —grita el cobrador. Ese grito me ha causado siempre una emoción penosa, porque es un símbolo de la perplejidad. Pero el trayecto ha concluido. No se puede pedir más por diez céntimos.

«Estética en el tranvía», en *El Espectador I*

Los lugares de Madrid, como la concurrida Puerta del Sol, acuden también a las aulas para fijar la atención de los alumnos de las clases de Metafísica que Ortega imparte en el caserón de San Bernardo:

La filosofía, decíamos, es por lo pronto algo que el hombre hace; por ejemplo, nosotros ahora. Luego precisábamos un poco; entre el innumerable hacer del hombre encontramos el hacer filosofía en aquel conjunto de actividades que comienzan siempre por un preguntarse uno a sí mismo: ¿Qué es tal cosa? Por ejemplo, ¿qué es esta luz? A esta clase de preguntas que inquietan y postulan lo que una cosa es llamábamos «preguntas esenciales» o «del ser», y constituyen a su vez un peculiarísimo hacer del hombre. En su análisis estábamos. Nos llamaba la atención que al preguntarnos ¿qué es esta luz? no preguntamos por esta luz. Un ciego podía preguntarnos: ¿Dónde está la luz de esta habitación? Este hombre no hacía una pregunta por el ser de esta luz, sino por esta luz misma. Pero nosotros tenemos delante esta luz, patente, inmediata, sin cuestión, y no ha lugar a preguntarnos por ella. Lo que inquirimos es otra cosa que ella: su ser, su esencia. Ahora bien: el ser, las esencias de las cosas, no están delante, in-

mediatas, sino que por lo visto están siempre tras las cosas, latentes, más allá de ellas, a ultranza de ellas. Frente al mundo de las cosas o inmediato, constituyen un trasmundo, que se halla por su índole inexorable a una distancia absoluta de nosotros; es decir, que el ser de esta luz no está de nosotros más o menos lejos, como está más lejos de nosotros que esta luz la farola de la Puerta del Sol, sino que se halla en un lejos radical o absolutamente lejos.

«¿Qué es el conocimiento? (Trozos de un curso)»

Paseos y amistades

Madrid es la ciudad que Ortega disfruta, que contempla, que pasea ensimismado en sus pensamientos, para los que busca conversación con su *alter ego* Rubín de Cendoya, inventado como contrapunto de su soliloquio. Son varios los lugares de mañanas y tardes de paseo que han quedado reflejados en la obra del filósofo:

El paseo del Prado:

Rubín de Cendoya, místico español, es un hombre tan manso y espiritual, que pudiera, como Francisco de Asís, vivir una semana entera alimentándose con el canto de una cigarra. Cuando el tiempo es benigno, voy de mañana hacia la fuente de Neptuno, y en este u otro banco de los próximos al Museo de Pinturas suelo hallarle gustando la más intensa

La Fuente de Neptuno.



de sus aficiones: la estética espacial. Porque en aquel lugar, acostumbraba decir, mejor que en el resto de los de Madrid, ha puesto el acaso algunos edificios con disposición bastante afortunada, de modo que las distancias en el aire, y en la piedra y ladrillo las líneas componen, ritman y dan un alma armónica al espacio. Por lo demás, añade a veces, arte espacial no es solamente arquitectura: en ésta son el mármol, la piedra, la madera, el hierro o el adobe vehículos esenciales de la expresión estética, al paso que aquel arte sólo echa mano de aire, de líneas y de sombras, para con estas vagas cosas ponernos en el corazón esas mismas emociones irisadas que unos hombres nos sugieren en sus cuadros o con sus versos, y otros, más sentimentales, con los rubios violines.

«Sobre el Santo», en *Personas, obras, cosas*

Los alrededores de la iglesia de los Jerónimos:

Allí, pues, hace unos días que le encontré [a Rubín de Cendoya] con dos de sus discípulos. A la izquierda estaba sentado Juan Esturión; a la derecha, Juan Réмора. Hablamos, y la conversación vino a caer sobre *El Santo* y sobre el modernismo. Rubín de Cendoya nos hizo observar que ante todo es menester determinar de qué cosa hablamos cuando hablamos de religión. Y entonces, tomándose con una mano la barba y considerando lentamente la amarillez de la iglesia de los Jerónimos, nos habló de esta manera.

«Sobre *el Santo*», en *Personas, obras, cosas*

El paseo del pintor Rosales:

¿Qué otra cosa podemos hacer en este ambiente tórrido que oprime a Madrid durante la canícula sino ir por las tardes a contemplar desde el paseo de Rosales la cenefa roja que pone el sol decadente sobre la silueta del Guadarrama?

«Al margen del libro *Los Iberos*», en *Personas, obras, cosas*

El paseo de Recoletos:

Señora, el otro día vi a usted, salir lenta y ensimismada, de la Exposición de retratos femeninos que ahora hace la Sociedad de Amigos del Arte. Cuando quise acercarme, se había usted ya confundido en Recoletos con la audaz primavera.

«Estafeta romántica. Eva ausente»

Es en Madrid donde viven buen número de los amigos de Ortega, como *Azorín*, Pío Baroja o Ramón Gómez de la Serna, con los que se encuentra por las calles o de quienes recuerda anécdotas asociadas a lugares frecuentados de la ciudad:

Carta de Ortega dirigida a su amigo Pío Baroja desde la redacción de la *Revista de Occidente*.

En la feria de libros que se reúne por septiembre junto a las frondas otoñales del Jardín Botánico, halla *Azorín* un libro, publicado en 1791 por don Jacinto Bejarano, cura párroco de Arévalo. El autor es en la historia literaria un *desconocido*.

La lectura de la obra revela en este desconocido un temperamento de selección, un *hombre delicado, fino, inteligente, sensual*.

«*Azorín* o primores de lo vulgar», en *El Espectador II*

Pío Baroja es un personaje heteróclito que camina como los genios superiores y a quien se encuentra todas las tardes, entre seis y ocho, pululando por la Carrera de San Jerónimo o la calle de Alcalá.

«Calma política. Un libro de Pío Baroja»



Perspectiva de la calle de Alcalá, con la Puerta al fondo, en 1905.



Cierto que nuestro vasco [Pío Baroja] es tan inasequible a la lisonja como al vituperio.

Le sería placentero, ciertamente, verse convertido en *gloria nacional*, porque [...] entonces le invitarían a algunos salones, donde podría contar anécdotas ciclópeas a unas mujeres hermosas. La gloria, pues, se le presenta reducida a las proporciones de una grata sobremesa.

«Ideas sobre Pío Baroja», en *El Espectador I*

Esta crítica de las costumbres vigentes, esta flagelación de la sociedad que yace en los secretos últimos de la inspiración de Baroja, le han inducido a componer novelas que son del género picaresco. Sí, Baroja prolonga una tradición muy honda de nuestra literatura, y es más entrañablemente castizo que la Real Academia Española. No ha leído apenas otra cosa que libros extranjeros, su idioma es rebelde a la gramática normal, siente un desdén de indio nuevo hacia nuestra vieja excelencia literaria, y, sin embargo, es castizo hasta más no poder. ¿Por qué, sin embargo? Justamente por eso es castizo.

«Una primera vista sobre Baroja. (Apéndice)»,
en *El Espectador I*

Desde el punto de vista humano tienen las cosas un orden, una jerarquía determinada. Nos parecen unas muy importantes, otras menos, otras por completo insignificantes. Para satisfacer el ansia de deshumanizar no es, pues, forzoso alterar las formas primarias de las cosas. Basta con invertir la jerarquía y hacer un arte donde aparezcan en primer plano, destacados con aire monumental, los mínimos sucesos de la vida.

Éste es el nexo latente que une las maneras de arte nuevo en apariencia más distantes. Un mismo instinto de fuga y evasión

de lo real se satisface en el suprarrealismo de la metáfora y en lo que cabe llamar infrarrealismo. A la ascensión poética puede sustituirse una inmersión bajo el nivel de la perspectiva natural. Los mejores ejemplos de cómo por extremar el realismo se le supera —no más que con atender lupa en mano a lo microscópico de la vida— son Proust, Ramón Gómez de la Serna, Joyce.

Ramón puede componer todo un libro sobre los senos —alguien le ha llamado «nuevo Colón que navega hacia hemisferios»— o sobre el circo, o sobre el alba, o sobre el Rastro o la Puerta del Sol. El procedimiento consiste sencillamente en hacer protagonistas del drama vital los barrios bajos de la atención, lo que de ordinario desatendemos. Giraudoux, Morand, etcétera, son, en varia modulación, gentes del mismo equipo lírico.

La deshumanización del arte e ideas sobre la novela

Amigos que quedan, como Gregorio Marañón, y amigos que se van, como Nicolás Achúcarro:

Ha muerto Nicolás Achúcarro. Desde hace algunos años ejercía en Madrid la medicina de las enfermedades mentales, y desde hace muchos vivía ocupado intensamente en trabajos de investigación biológica.

Ayer, en *El Liberal*, hace el doctor Marañón una conmovida y certera semblanza del egregio espíritu, del hombre encantador que se nos ha ido por la muerte, como tantas veces le hemos visto irse por una de estas calles madrileñas, el amplio abrigo flotando al viento, unos folletos bajo el brazo, los lentes reverberantes de inteligencia y la sonrisa, siempre altiva, sobre el más noble rostro de hombre del Norte.

«Una pérdida nacional. Nicolás Achúcarro»



Congreso de los Diputados.

3. Capital de España



Madrid fue para Ortega no sólo su ciudad sino también la capital de su país, de una España que quería transformar. Los jóvenes que como él tenían en torno a quince años en 1898, cuando el desastre de Cuba y Filipinas, vieron reflejado en Madrid el símbolo de la impotencia nacional:

No se debe olvidar que formamos parte de una generación iniciada en la vida a la hora del desastre postrero, cuando los últimos valores morales se quebraron en el aire, hiriéndonos con su caída. Nuestra mocedad se ha deslizado en un ambiente ruinoso y sórdido. No hemos tenido maestros ni se nos ha enseñado la disciplina de la esperanza. Hemos visto en torno, año tras año, la miseria cruel del campesino, la tribulación del urbano, el fracaso sucesivo de todas las instituciones, sin que llegara hasta nosotros rumor alguno de reviviscencia.

Vieja y nueva política

La explosión del Maine, preludeo del desastre del 98.

El Madrid soñado de la revolución liberal

Para estos jóvenes, más tarde conocidos como Generación de 1914, la capital soñada por la revolución liberal decimonónica había fracasado en su función de construir una gran nación. La imagen entrevistada en sueños por los liberales de principios del XIX quedaba ahora para un «Museo Romántico»:

Son ustedes, conmigo, invitados que el Marqués de la Vega Inclán reúne hoy en estas salas para que hablemos de una empresa que fuera debido acometer. [...]



Los cuadros que penden de estos muros han sido generosamente donados por el Marqués de la Vega Inclán a la propiedad pública. Aspira el donador a que sirvan como núcleo inicial, aunque ya por sí mismo abundante, para la formación de un Museo donde quede resumido y perpetuado lo que fue la vida española en la primera mitad del siglo XIX. En aquella época, [...] Madrid, que había sido hasta entonces sólo oficialmente la capital de España, sale, por decirlo así, a las candilejas de la historia, y con su pueblo alto y bajo comienza a dar tono y color a la sociedad española. Parece, pues, indiscutible que el Museo en que va a conservarse el gesto fenecido de esa edad debe ser alojado en Madrid, y dentro de Madrid, en algún edificio a quien en la cara se conozca claramente la oriundez madrileña. [...]

Así en la fachada del Hospicio; por ella asoma el alma de nuestra villa y hace al transeúnte una incesante gesticulación. Como nuestra gente popular, es allí la arquitectura burlona, conceptuosa e inquieta. El estilo barroco a que pertenece fue dondequiera el triunfo de la pasión sobre la razón; pero el barroquismo de un Miguel Ángel, por ejemplo, expresa una pasión grave, re-

concentrada y muda, al paso que en esa fachada, transparece el jocundo frenesí de un día de fiesta. La graciosa irrespetuosidad, que es característica del madrileño, ha inspirado al arquitecto, que se entretiene en faltar al respeto a la piedra, material grave y solemne, obligándola a danzar y hablar. A este edi-

Portada del *Real Hospicio del Ave María y San Fernando*, de Pedro de Ribera. (Cuadro de José Franco Cordero, c. 1900).



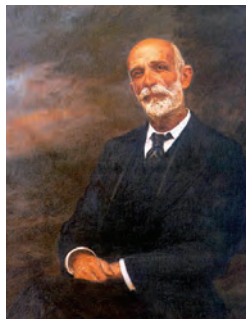
ficio debiera llevarse el Museo Romántico. Con ello se lograría doble ventaja.

La época tan madrileña que en él va a conservarse quedaría alojada en muros de espíritu afín, y, por otra parte, el Museo salvaría el edificio. Porque el Hospicio, señores, se halla en inminente peligro: las terribles piquetas municipales amenazan la sugestiva construcción. Si no se opone a ello un grupo eficaz de vecinos sentimentales, la burocracia inexorable arrasará vengativa ese poco de piedra vibrante y armoniosa. [...]

Conviene subrayar, [...] el hecho de nuestra creciente afición a esta época romántica. Hace pocos años, todavía era generalmente desdeñada; no se estimaba su pintura y avergonzaba su política. Los hombres de la Restauración y la Regencia hablaban de la España anterior a 1860 con pudoroso menosprecio.

Va para ocho años que en una conferencia política intentaba yo una reivindicación de aquel tiempo, denostado injustamente. Hoy ya es general la opinión favorable a ella. Se ha comprendido, al cabo, que es acaso la etapa más sana y fecunda que ha vivido España desde 1650, y, sin disputa, muy superior a esa Restauración y a esa Regencia, en que sólo se cuidó de lo aparente, del compromiso y de un ficticio orden.

«Para un Museo Romántico», en *El Espectador VI*



Giner de los Ríos,
por Juan José Gárate.

Gobernar desde la Puerta del Sol

Hombres como Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate eran para los jóvenes del 14 los eslabones que les unían a la «sana vitalidad» de los primeros liberales y les incitaban a «seguir hacia adelante» en lucha contra aquella Villa y Corte de la Restauración de la monarquía borbónica de Alfonso XII y de la Regencia de María Cristina de Habsburgo, heredada por Alfonso XIII, contra aquel Madrid, masca-

rón burocrático, incapaz de ejercer un fructífero influjo de modernidad sobre las provincias, que aldeanizaban la vida capitalina:

«Roma, cabeza del mundo, no entiende nada del mundo». Algo semejante acontece a este Madrid mío que desde hace medio siglo se alimenta con notas oficiosas de Consejos de Ministros.

«El problema agrario andaluz»

¿Saben ustedes lo que hay en España? «El fraude en el sufragio, la mentira política y social, el caciquismo agresivo, la corrupción de la justicia, su lentitud mientras duran los bienes del pleito, la concusión, el parasitismo burocrático, el nepotismo, el crónico y fluído palabreo parlamentario, saturado de ese ingenio inferior que es el talento *manqué*, frustrado, el desorden administrativo, la incapacidad gubernativa, la pereza, la blandura de raspa, raíz idiosincrásica de los pechos fidalgos: la fe en el azar, el culto de la buena suerte, la esperanza en una lotería general que ha de dar el premio de la riqueza, el premio del cielo, el premio de la salud y hasta el premio de la inspiración en arte».

Todas estas cosas hay en España y unas cuantas más y peores. El señor Grandmontagne arriba de allende los mares para decirnos esto a nosotros que lo tenemos sabido, a nosotros, a quienes nos duele la lengua de repetirlo y los oídos de escucharlo. [...] Hasta disueltos en nuestra medula están todos esos greuges que contra nosotros

Antigua sede del Ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol.



mismos hemos descubierto. No se borrarán, no, fácil ni prontamente las impresiones del desastre en los que hemos abierto los ojos de la curiosidad al tiempo de los fracasos. En esa edad que reclama la confianza en todo, que de cualquier pedazo de cosa forja un ideal, nosotros no hemos visto sino agonías y rompimientos. Desde luego fuimos desconfiados y esa musa triste de la desconfianza nos prestó la intuición de que aquellas cosas estaban bien derrotadas y bien muertas. Note usted, maestro, que nada explica el artificio de un juguete, como verlo roto. [...] Ese punto único, ¡Madrid!, que atraía hasta hace poco con poderosa sugestión la mirada de las provincias y las hacía bizquear, va perdiendo su fuerza exclusiva. España miraba a Madrid con una persistencia de imbécil o de estático y vivía como un faquir contemplándose el ombligo.

«Moralejas»

Hubo un tiempo en que se pensó que España toda podía vivir políticamente de la vida pública que hubiese en Madrid. En algunas naciones, Francia por ejemplo, ha podido vivir la provincia durante un siglo de la espiritualidad de todo orden, incluso política, que irradiaba de la capital. En España fue sólo una ilusión. Madrid no cumplió, en ningún sentido — tampoco en el intelectual— su misión de capitalidad. Madrid ha fracasado. Yo lo siento mucho porque soy madrileño; pero creo que a fuer de buen madrileño debo aminorar el fracaso poniéndole el único

Momento de un discurso de Maura en la plaza de toros, 1917.





Lavaderos del río Manzanares; al fondo, el Palacio Real, centro de la vida cortesana y política, 1915 (Foto: Alfonso).

de sociología política más importante en esta etapa española es haberse trasferido el centro de gravedad nacional de Madrid a provincias. Antes las provincias creían en Madrid, seguían dócilmente sus inspiraciones, vivían de la vida capital. Ahora han retirado su adhesión; pero, exentas aún de vida pública propia, resulta que hemos llegado al cero dinámico.

«Maura o la política»

El caciquismo de los notables provinciales había estructurado una sociedad clientelar de bajos vuelos, que pesaba como una losa sobre el Madrid político e incipientemente industrial:

Resulta, pues, que de cuatrocientos representantes nacionales, trescientos sesenta eran elegidos por distritos resueltamente rurales. Madrid y las tres o cuatro ciudades que, por un momento, consideraremos afines se encontraban solas frente a la casi totalidad de los cuerpos electorales formados por campesinos. Nuestra nación, en su realidad, es campiña y sierra –ruralismo–; por tanto, está constituida por la clase social de tipo más opuesto a burocracia, intelectualidad e industrialismo. El rural es el hombre prisionero de lo concreto y próximo, *por sí mismo* incapaz de entender ni sentir nada abstracto y racionalizado. [...]

Madrid no ha poseído jamás una cultura creadora. A fuer de capital de Estado, se ha ido, claro está, cultivando; es decir, ha aprendido del extranjero un *mínimum* de cosas malamente asi-

miladas. Esta cultura adquirida –y no creada en abundancia de hontanar–, esta cisterna de cultura, le viene muy justa a Madrid para sus necesidades de urbe, para sostener la estricta dignidad de una capital. Pensar en que haya podido nunca irradiar su espíritu es bobería. A seis kilómetros de Madrid, la influencia cultural de Madrid termina, y empieza ya, sin transición ni zona pelúcida, el «labriego absoluto». [...]

En los últimos cincuenta años, bajo la presunción de un Estado «nacional», se impuso la realidad de la provincia con su intonso ruralismo. Al flamante Parlamento cortado al gusto francés e inglés le salió pronto el pelo de la dehesa.

Hemos visto cómo frente a una Constitución «madrileñista», donde la vida local no tenía alojamiento, respondió ésta haciendo prisionera a la institución básica –las Cortes–, ligándola con innumerables hilos a los distritos rurales y repartiéndose por este medio el Poder público; es decir, localizándolo, supeditándolo a las torpes y angostas pasiones del villorrio, a su minúsculo horizonte intelectual y moral.

La redención de las provincias y la decencia nacional

Madrid, capital que intentaba diseñar España desde el Ministerio de Gobernación, o –como veía Ortega– más bien al revés, una España que diseñaba Madrid desde los entresijos localistas que confluían finalmente en la Real Casa de Correos de la Puerta del Sol, sede del citado Ministerio, cúspide del caciquismo y depositario del orden público:

El señor Maura (y dejemos las páginas oscuras de 1909) es el que ha afirmado siempre que España es una cuestión de orden público, que el gran problema de España es el Ministerio de la Gobernación, precisamente en lo que tiene de Ministerio de



Plaza de Oriente con el Palacio Real al fondo.

represión. Además, el señor Maura, cuando el señor Cambó en las Cortes últimas pedía que se rompiera para siempre el turno de los partidos, fue el defensor del turno de los partidos, síntoma típico de la Restauración.

Vieja y nueva política

Pero Madrid se mueve...

Antonio Maura, al que denostaron los jóvenes del 14 en su juventud, fue quien llevó a cabo el intento más sólido de «descuajar» el caciquismo con su *non nata* Ley de Administración Local para reducir la arbitrariedad del Ministerio de Gobernación. El propio Ortega lo reconocía a la muerte del jefe conservador en 1925, si bien pensaba que el proyecto de reorganización territorial del Estado no pasaba por otorgar mayores competencias administrativas a los municipios y centralizar el peso de la vida política en Madrid, sino por un Estado en el que las regiones tuviesen autonomía política:

La casi totalidad del proyecto de Maura está dedicado a liberar los Ayuntamientos de la presión que sobre ellos ejerce el caciquismo de los ministros de la Gobernación. Punto por punto sigue su reforma las articulaciones del sistema electoral vigente entonces, y las va descoyuntando. En este sentido cabe decir que es una reforma negativa, como es negativo su feo vocablo

onomástico —el «descuaje». Sería injusto olvidar la fecha y la atmósfera pública en que el proyecto fue presentado. Acaso no era posible hacer más. En los discursos de su autor relampaguea a veces una concepción más amplia, más completa. Sea de ello lo que quiera, parece forzoso reconocer que aquella ley, reproducida hoy, tendría un aspecto arcaico. Es menester, sin duda, libertar de los ministros de Madrid la existencia local; pero no basta con esto. Hay que hacer más, mucho más. La dislocación del viejo cuerpo anquilosado tiene que ser más radical. Maura lo espera todo del átomo municipal, habla poco de la provincia y con extremada timidez de la región. En aquellos días fue una audacia esto que es hoy una gloria para el audaz. Sin embargo, al cabo de los años y las andanzas empieza a entretenerse que la salud estaría en poner boca abajo el proyecto de Maura, y seguir un orden inverso: primero, la región; luego, la provincia, y al cabo, el municipio.

«Maura o la política»

La reorganización territorial del Estado era uno de los pasos para la modernización de España. Otro era la europeización. Ortega pensó en un primer momento que Alfonso XIII podía jugar un papel importante al respecto desde el Palacio Real:

El rey ha llamado al presidente del Instituto de Reformas Sociales [Gumersindo de Azcárate], al presidente de la Junta para Ampliación de Estudios [Santiago Ramón y Cajal], al director del Museo Pedagógico [Manuel Bartolomé Cossío]. Esto es, en definitiva, lo importante. La Corona inicia su verdadera misión, la cual no es política, sino histórica; no Poder moderador, sino Poder organizador de lo nacional. Más que de po-

lítica, el Rey ha hablado en esas conferencias de la europeización de España.

«Competencia»

Mas la Corona, que ante la ausencia de una ciudadanía activa —y a veces desactivada— se había convertido durante el siglo XIX en intérprete de la voluntad popular, no estaba a favor de políticas modernizadoras, sino por el iluso intento de mantener el anquilosado y cada vez más difícil turno de partidos:

El Gabinete actual [presidido por el liberal Manuel García Prieto] vive exclusivamente de oxígeno monárquico; ocultarlo fuera gran deslealtad. No debe olvidarse en Palacio que estos hombres sin virtualidad pública ninguna han sabido siempre presentarse al país como depositarios de privadas confianzas reales. Y acaso no es ésta la hora más oportuna de la Historia para que aparezcan las Coronas sustentándose sobre hombres y usos que irremediablemente naufragan.

«La grave política de estos días»

Si hubiera espacio vendría a pelo contar ahora la crisis del pape-lito. El héroe del cuento es este señor Alba, que, a pesar de su apellido, no quiere ahora salir por la plaza de Oriente. Entonces, el cacique vallisoletano entró en el corazón de Palacio porque llevaba una misiva antiliberal. Romanones, amigo ayer, queda hoy declarado precito.

Verdad es que la Monarquía ha usado con todos sus hombres, uno tras otro, del mismo trato. Primero los acercó a su seno y luego los aniquiló con su desdén. Así fue con Moret y luego con Maura; así, en varia medida y sucesivamente, con los cabecillas

liberales; así, en fin, con el señor Dato. Ahora, recorridos todos, el ciclo se renueva y vemos al señor Maura, antaño expulsado, que ahora vuelve a la privanza, y que se entregan actas y se envía a los gobiernos de provincias a los jóvenes mauristas que hace año y medio, y no más, practicaban en su Círculo de la Carrera ejercicios iconoclastas. En verdad que la Corona ha rizado el rizo de los amores y los desdenes.

«Tartufo y compañía»



Pintada maurista debajo de un león del Congreso, foto tomada el 19 de mayo de 1914.

Madrid era el espejo de la ficción política o «fantasmagoría», como la llamó Ortega, un juego de múltiples espejos, como los del callejón del Gato, que reflejaban una España deformada en el Congreso, en el Palacio de Oriente, en el Ministerio de la Gobernación, y en los varios centros por donde pasaba la vida política de la capital, como el Palace o el Ritz, lugares de frecuentes reuniones de las altas esferas de la política, o como la Plaza de Toros, utilizada para los grandes mítines:

¿Es que no tienen las Cortes españolas conciencia de su propia dignidad como institución y puede en medio de ellas despata-rrarse un hombre e imponer su audaz voluntad? Hace varios días hablaba el señor La Cierva en el Hotel Ritz e invitaba con paladina delectación a sus enemigos para que le llamasen «tigre». Sospechábamos de antiguo que las aspiraciones zoológicas del señor La Cierva eran inmoderadas. ¡Ahí es nada! ¡Tigre! ¡Un optimate de la fauna! Creemos que a la postre habrá de contentarse

con algo menos; por ejemplo, con el gato montés, que pertenece a la misma gente felina.

Mas como todo es relativo, si el nuestro resultase un Parlamento de conejos de Indias, podría el gato montés adquirir las dimensiones virtuales de un tigre bengalí.

«Las sesiones de estos días»

¡Triste espectáculo y lamentable ejemplo de ineficacia el que ofrecen los conceptos y las palabras del señor Maura en lo que toca a nuestra política internacional! Tan alta clarividencia en el Mensaje de 1907 autorizaba a esperar en los años trágicos de la guerra una más plena y gallarda realización de los propósitos que aquellas palabras revelaban. Y sucedió lo contrario. En el momento en que algunos elementos, patrióticamente antigermanófilos, pedían que España diese a su neutralidad un carácter de «benevolencia» hacia Francia e Inglaterra, puesto que nuestra amistad con esas Potencias a ello nos tenía obligados, en el momento en que algunos españoles alzaban su voz entre un océano de calumnias y de groseros ataques para evitar que cayésemos en la «neutralidad neutra», el maurismo fue uno de los elementos más profunda y tenazmente antifranceses y antibritánicos. Fue el propio señor Maura quien hubo de ceder a las sugerencias de sus partidarios haciendo aquel famoso discurso de la Plaza de Toros de Madrid, cifra y compendio de todas las desorientaciones del señor Maura en asuntos de política internacional.

«Palabras sin sentido»

El último gran proyecto de «nacionalizar» la Monarquía había venido de la mano del liberal José Canalejas entre 1910 y 1912, pero curiosamente los jóvenes del 14 no prestaron atención a su política, situados

como estaban en una posición rupturista frente al régimen diseñado por Antonio Cánovas del Castillo:

En esto se apodera de Madrid un día, súbitamente, la noticia de que el señor Canalejas ha sido asesinado en la Puerta del Sol. El acontecimiento tuvo unos caracteres de brutal simplicidad, de rapidez, de conclusión, dentro de sí mismo, que conmovieron profundamente los ánimos.

A la importancia de los efectos que había de tener, no correspondía la sencillez con que en pocos segundos podía referirse: el señor Canalejas que va a pie hacia el Ministerio de la Gobernación y se detiene junto al escaparate de una librería; un hombre que se le acerca, unos disparos, el presidente muerto en el acto, el asesino que da unos pasos, vuelve sobre sí el arma y sucumbe también. Nada más. Ni siquiera las noticias sobre la vida de Pardiñas, el agresor, ofrecían la menor superficie para diseminar la atención de la gran masa.

Se trataba de un medio imbécil, medio lunático, aquejado de la monomanía de grandeza, inmerso en lecturas entre místicas y astronómicas, taciturno y vagabundo. Por otra parte, el señor Canalejas no había incitado ninguno de esos grandes odios que hacen presa en un corazón anónimo, perdido en la masa social y colaboran, más o menos explicablemente, a armar un brazo y educar un asesino.

«Diario de un español»

José Canalejas
hablando por
teléfono.





Ortega lee en un periódico la noticia del estallido de la Primera Guerra Mundial en la plaza del Marqués de Salamanca.

4. La altura de los tiempos



La «reconstrucción» de España que proponía Ortega en sus años de juventud —liberal, democrática y socialista—, tenían que lanzarla desde Madrid los intelectuales. Ortega fue muy tempranamente uno de los impulsores de las ideas de la nueva generación y, desde 1914, se convirtió en el referente de la nueva España tras su conferencia «Vieja y nueva política» en el abarrotado teatro de la Comedia. El liderazgo intelectual del joven pensador se consolidó por medio de agrias disputas con algunos de sus maestros:

Ese partido futuro cuyo advenimiento anhelamos, había, por consiguiente, de reunir las gentes mejor especializadas en el estudio de los negocios políticos. De tal manera, aun siendo su labor esencial la crítica, tendrían sus esfuerzos resultados muy positivos. Es un deber primario que venga a esclarecer nuestra ignorancia de la máquina administrativa todo el que la conozca científicamente. Y así, pido a don Antonio Flores de Lemus que, por patriotismo y por ético impulso, vaya exponiendo en los periódicos algo siquiera de lo que nosotros no podemos ver por desconocimiento del tinglado económico. Hace pocos días publicaba una revista cierta carta suya, donde se afirmaba que nuestros problemas económicos sólo podían ser resueltos en una política inequívocamente democrática. De modo que el liberalismo no es sólo una cuestión ideal, como yo me he limitado a sostener, sino una cuestión económica. El señor Flores de Lemus no es un decidor ni un literato: es un economista tratado de igual a igual —según me consta— por los maestros alemanes.

Miguel de Unamuno, en el centro, rodeado de gente, en 1933.



Ministerio de Fomento a finales del siglo XIX, actualmente Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, frente a la estación de Atocha.



[...] En cuanto al señor Unamuno, quisiéramos que viniera a Madrid y aquí predicara también su nueva alianza liberal. Nuestra ciudad no tiene grandes virtudes; pero a despecho de cuanto quiera echársele en cara, sigue siendo el aparato de expansión intelectual más poderoso con que contamos en España.

Caracterizar a Madrid como el más rico yacimiento de frivolidad, es una tontería de ésas que Unamuno, temeroso no parezca harto perfecta su labor, intercala por humildad en sus escritos y conferencias. Para poder afirmar eso convendría probar antes que algunas otras capitales españolas son menos frívolas que Madrid y sobre todo que son más profundas. ¿Por ventura no hay en esta villa otra cosa que poetas absurdos? ¿Por ventura hay sabios en Salamanca o en Bilbao? Es muy hacadero y muy divertido cuando no se tiene una noción rígida de la responsabilidad intelectual decir lo primero que hallamos flotando sobre la superficie del alma, resto carcomido de nuestros íntimos naufragios espirituales. Hay gentes de tan paupérrimo carácter, que sólo a fuerza de negaciones logran delinear su fisonomía y que necesitarían para descollar meter bajo tierra el resto de sus conciudadanos. [...]

Esta necesidad de ser un *Contra-alguien* o un *Contra-algo* es acaso el rasgo más miserable de las tendencias contemporáneas. No creo que Unamuno necesite de tales métodos para acusar su personalidad. Él mismo se queja de la mala educación, de la grosería ambientes. Ahora bien, decir que Madrid es más frívolo lugarón que los demás de España, sobre equivocado e indemostrable, parece una falta de educación.

«Glosas a un discurso»

La ciudad de los intelectuales y de los obreros

Los intelectuales tenían que verter su ideal de nueva España en la «plazuela pública» del periódico. La prensa, a la que Ortega estaba tan

vinculado por nacimiento —era nieto del fundador de *El Imparcial* e hijo de uno de los principales periodistas de la época, José Ortega Munilla—, tenía que ser otro de los motores de la modernización, pero primero tenía que desembarazarse de la «vieja política», altavoz de las intrigas parlamentarias de la vida madrileña. El filósofo puso en marcha múltiples iniciativas culturales y políticas de mayor o menor éxito y de mayor o menor oportunidad. Iniciativas que, como la Liga de Educación Política Española, querían mover la, a sus ojos, calma chicha de su ciudad y de su patria:

Los Ministerios, como las Universidades, no crean competentes. Hay en ellas, naturalmente, algunos, muy pocos. Pero esos mismos que hay no pueden dar a la nación todo el rendimiento, todas las posibilidades que dentro llevan. Ya sé yo que hay hombres como Flores de Lemus en el Ministerio de Hacienda, como González Hontoria en el Ministerio de Estado, como Castillejo, Acuña en el Ministerio de Instrucción Pública, y algunos más que no cito, que han hecho y hacen esa labor sin pensar en el elogio; esa labor en que no se da la cara a la multitud, y, por tanto, no se corre el riesgo, siempre grato, de recibir el aplauso. A estos hombres y a otros que con ellos vengan habrá de prestar su calor y su entusiasmo la Liga de Educación Política.

Vieja y nueva política

Si la Guerra de Cuba había despertado a los jóvenes del 14 inquietudes intelectuales y patrióticas de modernización europeizante, la Gran Guerra les confirmó en su idea de que España era «un arrabal de Europa». La obra modernizadora estaba por hacer. Así recibe el filósofo los primeros acontecimientos de la Primera Guerra Mundial desde el caluroso Madrid veraniego de 1914:

Comienza el incendio del mundo... Y yo quiero dejar aquí, en estos papeles, la impresión que las inmensas llamas lejanas dejan en una retina que las mira remota, desde un lugar de La Mancha. Es ésta, tal vez, la última guerra terrible que, sobre nuestro planeta, va a alumbrar el sol.

Por desgracia, escribo desde un arrabal de Europa. [...] Madrid se halla exhausto de gente y la que hay vive en una modorra, muy próxima a la idiotez. Es increíble que todavía hoy, después de estos días en que se han hecho sobre Europa los ademanes más espantosos no dé aún España señales de vida. El español se resiste a que le interrumpan su veraneo: es la única época en que su inercia encuentra como un título jurídico para ostentarse sin hipocresías. [...] Quiero escribir hoy o mañana un artículo titulado así: «Calma... ¡pero no tanta!»

Creo, sin embargo, que ayer se ha comenzado a sentir aquí el primer movimiento de esa concentración espiritual que es característico de todas las emociones profundas. [...]

Comienza a notarse animación en las calles: delante de los carteles de *La Correspondencia de España* (en el testero de la Puerta del Sol entre la calle Mayor y la del Arenal) y del kiosco del *Heraldo de Madrid* (en el trozo de acera que corre de la calle de Alcalá a la de la Montera), se forman grandes agrupaciones. Recibe las noticias explosivas de la guerra el público, compuesto en su mayor parte de obreros, dentro de cuyos torpes, lentos, toscos cerebros, producen las reacciones más barrocas. Se ven algunos extranjeros con maletas en las manos que marchan a las estaciones.

«Anotaciones sobre la guerra en forma de diario»

Como previó Ortega, la Gran Guerra cambió el perfil del mundo. El socialismo, como escribió en los primeros días del conflicto, salió benefi-

ciado aunque dividido entre un socialismo revolucionario, triunfante en Rusia, y un socialismo más o menos democrático que luchaba en Europa por conseguir una vida mejor para la clase obrera. Ortega prestó desde joven mucha atención a este socialismo y durante mucho tiempo creyó que podía ser uno de los impulsores de la europeización española. Así recuerda su conferencia sobre Ferdinand Lasalle en la Casa del Pueblo de la calle de Piamonte, sin dejar de señalar la distancia que le separaba de algunas ideas socialistas:

No hace mucho, en una conferencia sobre Fernando Lassalle que pronuncié en la Casa del Pueblo, aquel público, siempre cortés y el más atento de España, siguió amablemente el cuento heroico de Lassalle que yo les contaba; mas, al tocar el punto decisivo, al llamar yo la política de aquél «que a los pobres forjó una espada» socialismo nacional, sin abandonar la cortesía, los semblantes se torcieron.

La palabra «nacional» suena ligeramente a nacionalismo. Esto basta para que se tuerza el gesto al escucharla. Sin embargo, ¡cuán poco tienen que ver! Nacionalismo es un concepto agresivo: el nacionalista piensa no tanto en su nación como en las ajenas, no tanto para su nación como contra las otras naciones. El nacional, por el contrario, se preocupa sólo de una labor constructora dentro del ámbito político en que vive.

«Miscelánea socialista»

En otro texto nos cuenta que se situaba todos los años en la esquina del edificio de la Equitativa, en el cruce de la calle de Alcalá con la calle de Sevilla, para ver la procesión laica de la Fiesta del Trabajo:



Pablo Iglesias durante el discurso de inauguración de la Casa del Pueblo de Madrid en la calle de Piamonte, 1908.

Edificio de la Equitativa a finales del siglo XIX, poco después de su construcción.



Por la calle de Alcalá –tan blanca bajo esta luz infantil que vierte mayo– desembocará mañana la oscura masa fluyente de los obreros. Cada individuo que sepa ser fiel a sí mismo acierta a componerse una religión personalísima. Y así es de la mfa un acto ritual situarme el primero de mayo en la esquina de la Equitativa y verlos pasar...

Van en enjambres, van en rebaños, van en apretadas filas detrás de los estandartes rojos, con sus trajes de domingo, que forman pliegues duros y rígidos. Bajo las gorras y los sombreros van las teces bronceadas o atrozmente pálidas; van unos ojos cuyas miradas necesitan apoyarse en las cosas pesadamente para no caerse, y van otras pupilas violentas que hieren mortalmente lo que miran.

Pasan cantando, y en sus gargantas la música se carga de amenazas. Van algunas mujeres y van algunos niños con pañuelos de seda rojos o morados, que se anudan en los menudos cuellos con enormes lazos. ¿Por qué estos niños no nos inspiran ternura? ¿Por qué sentimos a su paso que en nuestro corazón, tan pacífico de ordinario, se abre súbitamente una vena de ira que mana y mana y nos llena el pecho todo? No sospechábamos en nosotros esa capacidad de iracundia, y de una extraña iracundia que no sabemos contra quién va y, por lo mismo, es más áspera y más acre, y se multiplica, y nos llega a la garganta, y la aprieta con una congoja...

Esto que vemos formar un oscuro cuerpo de sierpe entre los flancos de la calle no es el pueblo. El pueblo es una idealización poética de esta realidad que ahora vemos. La realidad del pueblo es el obrero, el trabajador.

Estamos presenciando la Fiesta del Trabajo, que es una fiesta terrible. ¿Qué querfais? ¿Querfais que

también el trabajo fuera una broma? No; es una de las dos cosas que no son broma. Recordad el anuncio de la Biblia, recordad los dos dolores prometidos: parir y trabajar. El trabajo es el dolor constituido. Los demás dolores son anécdotas en la vida humana, contingencias. Mas el trabajo es el dolor esencial.

Yo veo en esta Fiesta del Trabajo la terrible Fiesta del Dolor. ¡Bueno fuera que se confundiese con las demás y también en ella riéramos! ¡Fiesta extraña en que va envuelta perpetuamente una amenaza, como va en la vaina el puñal! ¡Fiesta trágica a la cual la sociedad se prepara concentrando la policía! [...]

La Fiesta del Trabajo es lo que debe ser: una ostentación del dolor social. En ella el trabajador se arroja a sí mismo al rostro de la sociedad como un insulto. Y por eso esta fiesta, en lugar de traer un día de alborozo, trae a la urbe un día de inquietud. De un modo o de otro todos participan en el dolor: unos temen, otros se avergüenzan, otros se irritan, y yo, cuando pasan estos niños tan mal vestidos, con sus pañuelos de seda morada o rojiza en torno a la garganta, siento en la mía una congoja...

«La Fiesta del Trabajo»



Manifestación obrera del Primero de Mayo durante la República.

El Madrid de la República

A Ortega, como a todo contemporáneo, le faltaba la perspectiva del tiempo para apreciar con justicia la modernización que se venía produciendo en España y a la que él mismo contribuyó con múltiples proyectos. Tras el fracaso de la democratización de la Restauración, que algunos intelectuales como él pensaron que podía venir de la mano del reformismo de Mel-



Proclamación de la II República en la Puerta del Sol, 1931 (Foto: Alfonso).

quiades Álvarez, del regionalismo catalanista de Francesc Cambó y del socialismo de Pablo Iglesias; y tras el fracaso de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, que no sólo barrió la vieja política, como pensó Ortega en un primer momento, sino todo resto de vitalidad política del liberalismo español, y arrastró con ella a la Monarquía, llegó la República un buen día de abril de 1931:

Si tomamos las cosas desde el instante en que, oblicua sobre la muchedumbre, tiembla desde el balcón de Gobernación la nueva bandera, más rica de colores que la antes usada, y contamos hasta el minuto de escribirse estas líneas, sobresale un hecho, por encima de todos, sorprendente: la perfección de funcionamiento en los actos de Gobierno. No ha habido un titubeo, ni una discusión, ni un roce en los movimientos del cuerpo ministerial. En una hora se pasó de no haber Poder público –incorrectamente el viejo régimen lo tiró en medio de la calle– a existir, no sólo con suficiente plenitud, sino marchando sus ruedas con la suavidad lubricada de una máquina en punto, que viniese de antiguo funcionando. De puro ser esto así, no hemos casi reparado en ello y lo consideramos tan natural como la cotidiana emergencia del sol.

Y, no obstante, era lo menos natural del mundo. Lo natural hubiera sido que el colapso mortal de la monarquía hubiese obligado a improvisar lenta y difícilmente un Gobierno, cuyos miembros, distantes y dispares, hubiesen tardado mucho en ensamblarse y funcionar. Si ha acontecido lo contrario, es debido a una pequeña circunstancia y a la fidelidad con que se la ha atendido; al hecho de que los hombres del Comité revolucionario hayan convivido estrechamente, desde hace ocho meses; primero, por la necesidad de conspirar; luego, por la necesidad de hallarse juntos en una cárcel. (*Nota bene*: casi todo lo interesante



de la historia de España ha salido de la cárcel —el *Quijote* y la República).

Han tenido tiempo de pulirse los unos contra los otros, de conocer sus capacidades y limitaciones, de articular fecundamente sus divergencias, y cuando han empezado a gobernar, eran lo que yo llamo «un grupo en forma».

La tranquilidad fertilísima que hoy goza España, la plenitud de posesión histórica que en unas horas, mágicamente breves, ha conseguido la República, se deben a haber aceptado ese aparente azar, esa circunstancia. En vez de abandonar ésta, pretendiendo corregirla con mayores perfecciones hipotéticas, el sino español resolvió alojarse en ella sin echar nada de menos, aceptándola íntegramente.

Rectificación de la República

Pero, como es sabido, Ortega se desilusionó pronto del rumbo que emprendía la República y escribió estas famosas palabras:

Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron en el advenimiento de la República con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre desasosegados y descontentos: «¡No es esto, no es esto!» La República es una cosa. El «radicalismo» es otra. Si no, al tomo.

Rectificación de la República

Y pocos meses después, a principios de diciembre de 1931, pronunció una conferencia en el cine de la Ópera con el significativo título de «Rectificación de la República». No se le hizo caso en su apuesta por una política centrista, pero el fracaso político no le llevó a unirse a los que

Ortega, diputado de la Agrupación al Servicio de la República, a la salida de una entrevista con el presidente Alcalá Zamora tras una crisis del gobierno Azaña.



Cartel electoral de la CEDA colocado en la Puerta del Sol, sobre La Mallorquina, en febrero de 1936.

luchaban contra la República y en 1933, cuando la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), con José María Gil Robles a la cabeza, triunfó en las elecciones generales, el filósofo, ya alejado de la política activa, fue el primero en gritar «¡Viva la República!» y en pedir «En nombre de la nación, claridad» ante el posible giro antirrepublicano que la CEDA diera a la República. Así recuerda Ortega en 1933 su relación de desacuerdos con las políticas republicanas del primer bienio:

Con esto llegamos al 13 de julio, es decir, aún no transcurridos los tres meses desde el 14 de abril. Pues bien: en esa fecha leyeron los lectores de *Crisol* otro artículo mío titulado: «Hay que cambiar de signo a la República». Y en 9 de septiembre, este otro: «Un aldonazo». Y en 6 de diciembre pudo oírse en el «cine» de la Ópera mi discurso sobre «Rectificación de la República». Y el 13 del mismo mes, en las primeras consultas del Presidente recién elegido, fue el que ahora da su grito el único que pidió la formación de un Gobierno sin colaboración socialista, que preveía funesta para la República y para el socialismo. No mucho después, en el periódico antedicho, se imprimieron unos párrafos bajo el lema: «Estos republicanos no son la República», etcétera, etcétera, etcétera.

Estos recuerdos precisarán un poco en la mente del lector la fisonomía del que ahora grita «¡Viva la República!», y le harán pensar que, si lo grita, es a sabiendas y a pesar de lo que ha sido durante esta primera etapa la política republicana.

«¡Viva la República!»

Sólo tras los acontecimientos que se sucedieron en Madrid como respuesta al golpe militar y criminal de varios generales, entre ellos Francisco Franco, Ortega se distanció de la República, que ya no era para él

la del 14 de abril de 1931, y decidió exiliarse:

Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etcétera, cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad.

«En cuanto al pacifismo...», en *La rebelión de las masas*

Contracorriente: Madrid ha vuelto a ser Madrیدهjos

Tras el exilio por Francia, Argentina y Portugal, Ortega regresó a España en 1945. Su Madrid había cambiado tanto, tanto, tanto..., y no tanto en su fisonomía, también maltrecha por la guerra, sino sobre todo en su ambiente. El filósofo ya no se sentía cómodo en su ciudad:

Madrid ha perdido el poco de alerta en la idea que logró despertarse en él: ha vuelto a ser del todo el eterno aldeón manchego que siempre en el fondo fue y le ha salido a la cara su infuso e indeleble Madrیدهjos. Madrid ha sido entregado, como se entrega una buena oveja a las alimañas, a los «intelectuales» provincianos y a los aficionados. El aficionado es el provinciano de aquello cuya es su afición.

La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva



Socavones en una calle madrileña tras los intensos bombardeos de la Guerra Civil.



Tertulia de la *Revista de Occidente*, 1931. Ortega es el tercero por la izquierda.

5. El Madrid de la edad de plata



Los intelectuales intentaron que Madrid fuese el motor de la modernidad española. Para conseguirlo la ciudad anduvo un largo camino. Ortega contribuyó a esta modernización y puso todas sus armas dialécticas para convencer a políticos e intelectuales, no sin dificultad, de que Europa era el espejo donde la ciudad y el país debían mirarse:

Si Unamuno dice, como no hace mucho en *Faro*, que Madrid es lo único europeo de España y, poco después en Bilbao, que Madrid es un patrimonio de la frivolidad, me reservo el derecho de pensar que esas caprichosas psicologías de las ciudades son tonterías, imprudencias o injusticias.

«Sobre una apología de la inexactitud»

En los bailes de los pueblos castizos no suele faltar un mozo que cerca de la media noche se siente impulsado sin remedio a dar un trancazo sobre el candil que ilumina la danza: entonces comienzan los golpes a ciegas y una bárbara barahúnda. El señor Unamuno acostumbra a representar este papel en nuestra república intelectual.

«Unamuno y Europa, fábula»

Mas Ortega era consciente del escaso «poder social» que el sabio ejercía sobre los ciudadanos, como muestra en esta página al comparar al premio Nobel Santiago Ramón y Cajal con el santo patrón madrileño:

Se me dirá que hay casos de enorme y respetuosa popularidad, y se me citará concretamente el constante homenaje de las clases sociales más diversas a un hombre como Ramón y Cajal. Pero yo deploro que este ejemplo me hunda más en lo que por ventura es mi error. Esa excepción, en cierto modo única, que se hace con Ramón y Cajal, trayéndole y llevándole como al cuerpo de San



Ramón y Cajal
en una clase
de anatomía,
hacia 1915
(Foto: Alfonso).

Isidro, en forma de mágico fetiche, para aplacar las iras del demonio Inteligencia, acaso ofendido, es una cosa que no se hace más que en los países donde no se quiere trato normal, próximo y sin magia con los intelectuales. Se escoge uno a fin de libertarse, con el homenaje excesivo e ininteligente a su persona, de toda obligación con los demás. El hecho de ser justamente Ramón y Cajal el elegido acentúa, mejor aún, pone al descubierto casi obscenamente el irrisorio secreto que oculta tan aparente fervor. Porque apenas nadie tiene la más ligera idea de cuáles son las admirables conquistas del ilustre sabio.

«El poder social»

Casticismo versus europeísmo

Ortega señaló que la falta de apertura a Europa era la responsable del retraso de España. Este «europeísmo» fue interpretado por algunos como un gesto antipatriota. Durante dos décadas se librará una batalla estética y política entre casticismo y cosmopolitismo que tendrá como resultado la victoria de este último, por lo menos hasta 1939. Para apoyar su posición, Ortega se valió de lo mejor de la tradición española, incluidos grandes artistas de la pintura como Velázquez y Goya, entre otros. En su defensa de la tradición, Ortega —como hará gran parte de los jóvenes artistas del momento— revisa el concepto de «realidad» como hombre de su tiempo, desde una perspectiva actual, salvando lo esencialmente vital y moderno:

El arte español, dice Alcántara, dice Cossío, es realista. El pensamiento español, dice Menéndez Pelayo, dice Unamuno, es realista. La poesía española, la épica castiza, dice Menéndez Pidal, se atiene más que ninguna otra a la realidad histórica. Los pen-

sadores políticos españoles, según Costa, fueron realistas. ¿Qué voy a hacer yo, discípulo de estos egregios compatriotas, sino tirar una raya y hacer la suma? Yo soy un hombre español que ama las cosas en su pureza natural, que gusta de recibirlas tal y como son, con claridad, recortadas por el mediodía, sin que se confundan unas con otras, sin que yo ponga nada sobre ellas: soy un hombre que quiere ante todo ver y tocar las cosas y que no se place imaginándolas: soy un hombre sin imaginación.

«Arte de este mundo y del otro»

Una modernidad cuya piedra angular está constituida por una pedagogía social heredada del krausismo, de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza y de los maestros neokantianos de Ortega en Marburgo, que deja atrás el derrotismo casticista de la generación finisecular, frente a la que el joven discute al tiempo que aprecia:

El señor *Azorín* me ha echado en cara hace pocos días, desde el *Diario de Barcelona*, que el móvil principal de cuanto escribo es mostrar al público la extensión y variedad de mis lecturas. ¿Será esto verdad? ¿Son tan deshilvanados mis pensamientos que no se les pueda buscar otro origen menos ridículo? [...]

Actualmente no existen en ninguna biblioteca pública de Madrid –casi pudiera añadir ni privada– las obras de Fichte. Hasta hace pocos días no existían tampoco las de Kant: hoy las ha adquirido el modesto Museo Pedagógico en una edición popular. No existen las obras de Harnack ni de Brugmann. Estos últimos nombres no los he elegido: los cito como pudiera citar otros: vienen a mi pluma porque he necesitado consultarlos estos días y he tenido que renunciar a ello.

«Asamblea para el progreso de las ciencias»

Fotografía de la Biblioteca Nacional a finales del siglo XIX.



«Europa = ciencia», escribió Ortega en 1908 a propósito de la «Asamblea para el progreso de las ciencias». La europeización tenía que venir por el conocimiento, para lo que hacía falta que España tuviese bibliotecas científicas. La Biblioteca Nacional, inaugurada en 1892, no era a principios de siglo un buen ejemplo:

Hoy es muy difícil realizar trabajos científicos en España: salvo algunas materias, es decididamente imposible. Comienza por no haber una sola biblioteca de libros científicos modernos. La Biblioteca Nacional es inservible; apenas si basta para asuntos de historia y literatura españolas, que son las disciplinas menos europeas. Las demás ciencias se hallan por completo desprovistas de material bibliográfico. Faltan las obras más elementales. Apenas si hay revistas. Para colmo de desventuras, el reglamento es paladinamente ridículo. El principio en que se funda este reglamento es que los libros están en la Biblioteca para que no se los lleven; no para que sean leídos bajo ciertas garantías, sino exclusivamente para que no se los lleven, aunque nadie los lea.

«Pidiendo una biblioteca»

Madrid debía ser la «plazuela» europea de España:

Hay quien piensa que la vida europea no puede continuar inspirada por las urbes, y que, so pena de sucumbir, habrá de renovarse ruralizándose. Por otra parte, no cabe negar que la propensión a la existencia urbana es característica de nuestro destino meridional. La historia de los pueblos clásicos comienza con una fundación de ciudad, con una fiesta municipal. Detrás de Rómulo y Remo nos parece vislumbrar los instrumentos de una charanga, y casi oímos un elocuente discurso de primera piedra. ¿Qué había pasado antes? No acertamos a imaginarlo: el

griego y el romano exigen, para ser reconocidos, un fondo arquitectónico. Se opondrá a esto que aun los hombres prehistóricos fueron inquilinos de casas, o al menos de cavernas. Pero una ciudad, al menos en el sentido europeo, no es una casa ni una aglomeración de ellas. En Atenas y en Roma las habitaciones son mero pretexto: el órgano esencial de la ciudad es la plaza, el ágora o foro. Fundar una ciudad es crear una plazuela. Fuera, pues, erróneo atribuir su origen al mismo instinto y las mismas necesidades que llevaron a fabricar la morada, el hogar, la habitación. La ciudad clásica nace de un instinto opuesto al doméstico.

«Pepe Tudela vuelve a la Mesta», en *El Espectador IV*



Palacio de la Industria y las Artes, reconvertido más tarde en Museo de Ciencias Naturales, en los altos del Hipódromo, 1910.

El Ateneo y la Residencia de Estudiantes

La plazuela donde se conversa, se debate, se discute, en fin, se hace la vida. La cultura tiene como foco los núcleos clásicos de reunión intelectual, como el Ateneo, y los centros de inspiración institucionistas de reciente creación: la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes y la de Señoritas, el Centro de Estudios Históricos y los varios institutos y laboratorios científicos. Los jóvenes del 14 convirtieron estos lugares en altavoces de difusión de la modernidad intelectual y artística, barbacanas desde las que luchar contra la «vieja política».

Ortega fue socio del Ateneo desde muy joven. A las instalaciones de la calle del Prado acudía a leer en la bella biblioteca conocida como «la Pecera» y a discutir en los salones de «la Cacharrería». Así recuerda aquellos años en que conoció a Joaquín Costa, que tanto le influyó en su juventud:



Fachada del Centro de Estudios Históricos en la calle de Almagro.

Y al recordar esa hora nacional afortunadamente transcurrida veo al trasluz de ella mi propia mocedad. Porque nuestra vida individual va empujada por los destinos de la raza como el milano de los campos va en el furioso vendaval.

Y así me veo a mí mismo hacia 1904, sentado ante un pupitre de la única biblioteca que entonces tenía el Ateneo. Con ser única era menos frecuentada que hoy lo son las tres que poseemos: evidentemente el español va perdiendo el miedo a los libros. Sobre todo en las horas del centro de la jornada recuerdo que por entonces solía habitar yo solo la paz de la biblioteca.

Un día llegó a mi espalda misterioso el bibliotecario y tocándome el hombro me dijo: ése es Costa. Levanté los ojos y vi al fondo de la solitaria biblioteca una enorme masa humana, un cuerpo de gigante coronado por una cabeza recta, alta y cuadrada como una torre de las que Aragón puso en avanzada sobre el Duero. Se hallaba hundido en un torbellino de volúmenes y sobre ellos, con fuertes respiraciones, se movían los anchos hombros, la testa magnífica. Si recordáis que Miguel Ángel y con él todo artista cuando ha querido llevar la masa humana a su última potencia y crear lo colosal ha tenido que completarla con alusiones a formas de animales infrahumanos, no os pareceré irrespetuoso si os digo que aquel primer día apareció, ante el pequeño y reciente socio del Ateneo, don Joaquín Costa entre sus libros como un potente búfalo humano que se abreva.

Luego tuve la fortuna de ser recibido en su amistad. Pasaron algunos años y llegó aquél en que Costa hizo su postrer viaje a Madrid. ¡Recuerda usted amigo Zulueta! Fuimos juntos a aquel lóbrego aposento de la calle de Los Madrazo, donde se había alojado el venerable aragonés.

«[Costa, el patriota]»



Detalle de la fachada del Ateneo.

En el Ateneo, Ortega pronunció algunas de sus primeras conferencias, como la de 1909 cuando trató sobre «Los problemas nacionales y la juventud». Son numerosas las ocasiones en que esta egregia casa del liberalismo español vuelve a su memoria: la conferencia de un maestro, el comentario superficial de un ateneísta, la anécdota de un amigo, la presencia de algún intelectual europeo en la casa, sus propias conferencias...

En una admirable conferencia que dio el doctor Simarro en el Ateneo, va a hacer un año, se insistía con radiante clarividencia en que la historia de España en el siglo XIX —hasta la Restauración— es una historia de represalias: gente de progreso y gente de tradición coincidían espontáneamente en llevarlas a cabo. De aquí el aspecto bárbaro y sudamericano de ese siglo en nuestra vida, de aquí su espantosa esterilidad.

«Sencillas reflexiones»

Nunca olvidaré que cierto día, en un pasillo del Ateneo, me confesó un ingenuo ateneísta que él había nacido sin el prejuicio religioso. Y esto me lo decía, poco más o menos, con el tono y el gesto que hubiera podido declararme: Yo, ¿sabe usted?, he nacido sin el rudimento del tercer párpado.

«Sobre *El Santo*», en *Personas, obras, cosas*

Los vocablos que significan la máxima irritación son característicos de la literatura de Baroja. Yo no olvidaré jamás que en cierta ocasión, conforme salíamos del Ateneo, me manifestó «que la jota le parecía una cosa repugnante».

«Una primera vista sobre Baroja. (Apéndice)»,
en *El Espectador I*

Homenaje a Segismundo Moret en el Ateneo. Ortega es el segundo por la izquierda. 1914.



Debo advertir que el señor Scheler, alemán entusiasta, es entusiasta «bergsoniano» y que maneja pro Alemania los mismos argumentos esenciales que el señor Bergson manejó contra Alemania en una de sus conferencias del Ateneo de Madrid. ¿Quiere esto decir que los argumentos sirvan para todo y, por tanto, que huelguen? No; más bien indica que el señor Bergson y el señor Scheler quieren que la filosofía sirva para algo, que sea política. Pero sobre el señor Bergson y el señor Scheler la filosofía sonrío galantemente y repite una vez más su lema luciferino: *Non serviam!*

«El genio de la guerra y la guerra alemana»,
en *El Espectador II*

Permítaseme, por excepción, un recuerdo personal. En 1914, invitado por la Sociedad de Matemática, di en el Ateneo una conferencia, donde pronosticaba que al siglo «evolucionista» y, por tanto, unitarista seguiría una época de mayor atención a lo discontinuo y diferencial. En aquella fecha, y, claro está, sin que yo lo supiese, trabajaba Plank en su teoría de la *quanta*. En 1915 descubría Einstein su principio general de relatividad. En 1913 aparecía la obra de Uexküll, que he hecho recientemente traducir al castellano. En 1918 publicaba Spengler su libro histórico. En esos años adquiere el mendelismo un valor de doctrina clásica. En fin, la misma matemática, que era la matriz de la idea de continuidad, empieza a afirmar la necesidad de renunciar a ella y afianzarse en lo discontinuo. Las dos cabezas más geniales de matemáticos que hoy existen –Brouwer y Weyl– trabajan a estas horas en ello. Frente a esta masa gigante de ejemplares hechos intelectuales, los gestos de unitarismo utópico que veo hacer a algunos me parecen simplemente eso: gestos.

Las Atlántidas

El Ateneo fue muy importante para Ortega, sobre todo para su formación intelectual y la conformación de un ideario político en su juventud, pero si con algún proyecto se sintió plenamente identificado, éste fue la Residencia de Estudiantes, fundada en 1910 y vinculada a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Con su presidente, Alberto Jiménez Fraud, le unió una estrecha amistad, nacida de la sintonía entre dos almas que compartían el deseo de modernizar España. Las siguientes palabras las preparó el filósofo para pronunciarlas en una tertulia de primavera ante los residentes, aunque finalmente las desechó y pronunció otras, pero éstas, por haber quedado guardadas en el cajón, quizá muestran mejor que cualesquiera otras los verdaderos sentimientos del filósofo hacia la institución que acabó teniendo su sede definitiva en la colina de los altos del Hipódromo:

Conste, conste que no es mía la culpa –sino de vuestro presidente que se ha obstinado en que os dirigiera la palabra en este día y en esta hora de sobremesa. Vanas fueron mis denegaciones a su deseo, vanos los motivos, harto fundados, que opuse. Desde hace meses estoy inválido: los nervios se me han cansado de pronto cuando el alma ansiaba más galopar hacia nuevas aventuras. Pero todas estas razones han sido inútiles. Hablar, pues, tengo que hablar: lo único que puedo hacer en favor vuestro y en el mío es hablar poco.

Y la verdad es que no ha de costarme gran esfuerzo deciros algunas palabras pues cuando de tiempo en tiempo, desde mi rincón madrileño, subo a esta Residencia me salen siempre al encuentro las más enérgicas emociones. Lo mismo que aquel ciego que soñaba que veía, cuando miro desde esta altura a Madrid se me puebla el alma de incitantes imaginaciones. Sueño que soy un general

El Transatlántico
y los Pabellones
Gemelos de
la Residencia
de Estudiantes, 1919.



maltrecho y sin ejército en quien derrotas innumerables sirvieron sólo para alimentar un ansia infinita de victoria. Y esta colina donde la Residencia se levanta como una barbacana de combate, me parece un promontorio espiritual, de inmejorable posición estratégica para dar desde ella la noble, la grande batalla a Madrid. Porque no lo dudéis, amigos míos, Madrid tiene que ser ganada para una vida mejor por un ejército de soldados sentimentales que derramen sobre ella la generosidad de sus corazones y la gracia ideal de sus pensamientos. Madrid, España son todo lo que no debían ser y apenas nada de lo que debían ser. Por eso, porque mi patriotismo no me deja aceptar sino una España mejor, una España ejemplar de cabezas claras y voluntades nobles, procuro vivir al margen de la actual España inerte y mancillada, sin pactar con ella, intacto de ella, exento de honores y de holguras pero, en verdad también, libre de contaminaciones. Y esperando que lleguen tiempos más favorables procuro embozar mi ensueño de patria con un manto invisible de soledad y de melancolía.

Pero al pisar este promontorio de la Residencia una vez más han huido de mi mente las melancólicas meditaciones para dejar lugar a audaces pensamientos propios de lo que llamaban los griegos un *polierketés*, o eversor de ciudades. He mirado a Madrid, os he mirado a vosotros y una voz dentro de mí, que sonaba con el vago romanticismo de un eco, hacía esta pregunta: ¿Esta generación nueva será la generación de militantes? ¿Seréis vosotros, al cabo, los combatientes esperados, los nuevos saeteros de una España mejor?

«[Elogio de las virtudes de la mocedad. Comienzo desechado]»

Ortega apoyó con entusiasmo las distintas iniciativas que nacían de la Residencia de Estudiantes. Una de las de más altos vuelos fue la Sociedad de Cursos y Conferencias, que permitió traer a Madrid algunos de

los más importantes intelectuales de la época. Así da cuenta el filósofo de las conferencias del primero de los invitados:

La Residencia de Estudiantes hace ahora el ensayo de organizar una sociedad de «Cursos y conferencias». La discreción, la selección, la medida con que este centro educativo ha sabido siempre ejecutar sus designios aseguran el buen éxito de la nueva institución. El comienzo es, por sí, excelente. El lunes fueron inauguradas las conferencias con una de León Frobenius; el miércoles y el viernes oiremos y veremos otras dos del mismo etnólogo alemán.

«Las ideas de León Frobenius»

Las revistas, las tertulias y la Universidad

La actividad intelectual estaba presente en la cotidianeidad española, e intelectuales y artistas se encargaban de mostrarlo con actos públicos que tenían su repercusión en la prensa:

El 11 de septiembre de 1923, amigos españoles de Mallarmé se reunían en el Jardín Botánico de Madrid para conmemorar con un silencio de cinco minutos el XXV aniversario de su muerte. Los reunidos fueron: José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, José María Chacón, Antonio Marichalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse y Alfonso Reyes.

«Mallarmé», en *Goethe desde dentro*

Cinco minutos de silencio en conmemoración de los 25 años de la muerte de Mallarmé en el Jardín Botánico, 1923: Enrique Díez-Canedo, José Bergamín, Antonio Marichalar, Alfonso Reyes, Mauricio Bacarisse, Eugenio D'Ors, José Moreno Villa y José Ortega y Gasset.



Los periódicos, las revistas y las editoriales, muchos fundados en la época, contribuyeron decisivamente a difundir el nuevo modo de entender lo que en algún momento el filósofo llamó «la nueva sensibilidad». Ortega, nieto del fundador de *El Imparcial*, principal diario de la época hasta la aparición de *El Sol*, que el filósofo también contribuyó a fundar, participará en la creación de algunas de las más importantes empresas editoriales:

Aunque soy muy poco periodista, nací sobre una rotativa. Tal vez por este género de natividad me he sentido impulsado a desplazar algún esfuerzo hacia esta forma de labor literaria. Hace bastantes años fundé con el señor Rengifo, una revista semanal: *Faro*; luego, la revista *España*; más tarde colaboré en la fundación de *El Sol*. Con alguna hipérbole, pero dentro del sentido literal que el vocablo posee, puedo, en consecuencia, aspirar a que el añalejo me conmemore bajo el título de fundador. Resuelto por otra parte a no ser mártir, pienso en que mañana me ocurra fundar alguna otra publicación.

«El señor Dato, responsable de un atropello a la Constitución»

Redacción de la revista *España*, 1915.



Y llegó la *Revista de Occidente* en 1923, primero como una publicación mensual que quería poner un foco de luz sobre lo que estaba pasando en el mundo, casi simultáneamente como tertulia y poco después como editorial. El filósofo ya había mantenido una tertulia en el café Granja El Henar y, más tarde, otra en la redacción de *El Sol*, pero la de la *Revista de Occidente* ha pasado a la historia como un

lugar permanentemente asociado a la biografía orteguiana:

Los propósitos de la *Revista de Occidente* son bastante sencillos. Existe en España e Hispano-América un número crecido de personas que se complacen en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Asimismo les interesa recibir de cuando en cuando noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo: ni el relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece, concuerdan con su deseo. Esta curiosidad, que va lo mismo al pensamiento o la poesía que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones, es bajo su aspecto de dispersión e indisciplina, la más natural, la más orgánica. Es la curiosidad ni exclusivamente estética ni especialmente científica o política. Es la vital curiosidad que el individuo de nervios alerta siente por el vasto germinar de la vida en torno y es el deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea. [...] La *Revista de Occidente* quisiera ponerse al servicio de ese estado de espíritu característico de nuestra época. Por esta razón, ni es un repertorio meramente literario ni ceñidamente científico. De espaldas a toda política, ya que la política no aspira nunca a entender las cosas, procurará esta Revista ir presentando a sus lectores el panorama esencial de la vida europea y americana.

«Propósitos» de *Revista de Occidente*

Los proyectos orteguianos tenían siempre una meta, un blanco. Él era, como gustaba repetir citando a Aristóteles y a Leibniz, un hombre arquero, un hombre con finalidad. Sus iniciativas culturales, como la ci-



Exterior del Café Granja El Henar, 1930.

Edificio de Calpe en la calle de Ríos Rosas, 1927.



tada *Revista de Occidente* o la editorial Espasa-Calpe, con la que tanto colaboró, buscaban poner España «a la altura de los tiempos»:

Va para antiguo que en mis errabundos escritos, en las ediciones de la *Revista de Occidente* y en las de «Espasa-Calpe», doy al público los empujones que puedo para inducirle al estudio de la historia. ¿Por qué? ¿Acaso por un derrame de beatería cultural? ¿Porque el hombre «debe ser culto»? No: yo no creo que el hombre «deba» ser culto en el sentido próximo que a esta palabra se da y que lleva también cuando se dice que el hombre debe afeitarse todos los días. Estos «deberes» que lo son precisamente porque, en última instancia, podríamos prescindir de ellos y, no obstante, pervivir, que no forman parte imprescindible de la condición humana, sino que tan sólo la «mejoran», como unos arcos que se agregan y unos dijes lucidos que se cuelgan, no me han interesado nunca. Si yo digo al lector que estudie historia, me mueve la convicción de que sólo la historia puede salvar al hombre de hoy, porque la conciencia histórica ha llegado a ser, por vez primera, una radical necesidad de nuestra vida. Por tanto, no una curiosidad ni una diversión ni un lujo, sino un sustancial menester. Como la llamada época moderna es el tiempo de la razón física, la etapa que ahora se inicia será la de la razón histórica.

«Prólogo a dos ensayos de historiografía»

Si bien la vida del escritor seguía siendo solitaria y los cambios en la literatura se producían con lentitud y de manera dispar, hasta el punto de que Ortega recordaba la famosa frase de Larra...

Casi una centuria ha transcurrido desde que Larra, en unas páginas egregias, que no podrán leer sin emoción sinfrónica las ocho o diez personas que en España se dedican hoy al puro afán

literario, daba un grito de desesperación: «Escribir en Madrid es llorar...»

«Azorín o primores de lo vulgar», en *El Espectador II*

...lo cierto era que se fomentaban las tertulias de intelectuales en detrimento de las tertulias de salón o de café, que con tanto pavor miraba Ortega:

Siempre que en Francia o Alemania he asistido a una reunión donde se hallase alguna persona de egregia inteligencia, he notado que las demás se esforzaban en elevarse hasta el nivel de aquélla. Había un tácito y previo reconocimiento de que la persona mejor dotada tenía un juicio más certero y dominante sobre las cosas. En cambio, siempre he advertido con pavor que en las tertulias españolas —y me refiero a las clases superiores, sobre todo a la alta burguesía, que ha dado siempre el tono a nuestra vida nacional— acontecía lo contrario.

Cuando por azar tomaba parte en ellas un hombre inteligente, yo veía que acababa por no saber dónde meterse, como avergonzado de sí mismo. Aquellas damas y aquellos varones burgueses asentaban con tal firmeza e indubitabilidad sus continuas necedades, se hallaban tan sólidamente instalados en sus inexpugnables ignorancias, que la menor palabra aguda, precisa o siquiera elegante sonaba a algo absurdo y hasta descortés.

España invertibrada



Interior de la Casa del Libro, perteneciente a Espasa-Calpe.



Tertulia de Pombo con Ramón Gómez de la Serna en el centro.
(Foto: Alfonso).

Las nuevas generaciones literarias tomarán poco a poco el relevo de la actualidad cultural de la mano de las corrientes artísticas europeas. Esto les permite dejar atrás a maestros que, si bien habían tratado de adaptarse a la modernidad creadora, como *Azorín*, estaban siendo aventajados por los jóvenes que se catapultaban a las páginas de un sinfín de revistas que se fundan por entonces, y a las populosas y, a veces, populares tertulias literarias. Una de las más famosas fue la tertulia que oficiaba Ramón Gómez de la Serna desde la botillería de Pombo, a la que Ortega acudió invitado y pronunció las siguientes palabras:

Cuando yo tenía diez años, con mi padre y con Rodríguez Chaves, autor mirífico de *Cuentos de dos siglos ha*, solía venir a «Pombo» para tomar sorbete de arroz. Desde entonces creo que no he vuelto a entrar hasta hoy en este venerable tabernáculo. Por cierto que es para mí interesante comparar aquellas visitas pueriles con esta que ahora hago. Entonces «Pombo» era a mis ojos una cosa mucho más vieja que yo: me parecía que visitaba a un señor decrepito, con gran alarde de gafas y una escueta levita orillada, una especie de Mesonero Romanos o Hartzenbusch. Ahora, al hallarme entre ustedes, me encuentro con que es «Pombo» una cosa más joven que yo. Mientras yo he envejecido, esta perenne botillería se ha remozado. [...]

Pero además de ser «Pombo» el único mito del presente –permítanme ustedes que me aventure a profetizar el porvenir–, «Pombo» es la última barricada.

«Brindis en un banquete en su honor en “Pombo”»

Ortega, gran incitador de algunas de las más sonadas iniciativas culturales de su generación, estaba también atento a las actividades culturales de la generación más joven y las apoyaba con su pluma:

Los jóvenes escritores que fletan esta novísima carabela de *La Gaceta Literaria* pueden hacer faena muy de alta mar. [...]

A diferencia del libro y la revista, que son la literatura haciéndose, deberá mirar la literatura desde fuera, como hecho, e informarnos sobre sus vicisitudes, describirnos la densa pululación de ideas, obras y personas, dibujar las grandes líneas de la jerarquía literaria siempre cambiante, pero siempre existente. [...]

De esta suerte podrá esta hoja –aparte otras ventajas subalternas– contribuir a la mayor y más urgente empresa, que es: curar definitivamente a las letras españolas de su pertinaz provincialismo. [...]

Madrid, Barcelona, Lisboa, Buenos Aires se reparten diversos atributos de la mente. [...]

Si Madrid, Barcelona, Lisboa, Buenos Aires llegan, en efecto, a sentirse barrios de una gigante urbe de las letras, neutralizarán mutuamente sus provincialidades íntimas y vivirán y trabajarán con radio ecuménico. Esto es lo único que merece la pena.

«Sobre un periódico de las letras»

El Madrid moderno no era sólo el Madrid literario de las tertulias y de las revistas, sino la ciudad universitaria de profesores formados en el extranjero gracias a las pensiones de la Junta para Ampliación de Estudios

e Investigaciones Científicas, que con tan buena mano dirigía José Castillejo. Estos profesores daban el tono de una universidad que en otros muchos casos seguía sin diferenciarse de la que con tanta acritud describía Ortega a principios de siglo en contraposición a la universidad alemana. Catedrático de Metafísica desde 1910 en la Universidad Central, el filósofo luchó denodadamente por hacer de la universidad española algo homologable a la universidad europea. En 1930, a petición de los estudiantes de la Federación Universitaria Escolar, Ortega disertó sobre la misión que debía cumplir la universidad. Las condiciones acústicas del Paraninfo del caserón de San Bernardo, sede del antiguo noviciado de jesuitas reconvertido en Universidad Central, le impidieron desarrollar todo su ideario, y días después lo fue exponiendo en *El Sol* y más tarde recogió estos artículos periodísticos en un librito:

Las condiciones acústicas del Paraninfo universitario me impidieron desarrollar en su integridad mi conferencia «Sobre reforma universitaria». En aquel local, que rezuma la amarga tristeza de todas las capillas exclaustadas –bien que fuese capilla, bien que no lo fuese, mal que sea ex-capilla–, la voz del orador queda en el aire asesinada a pocos metros de la boca emisora. Para hacerse medio oír es forzoso gritar. Gritar es cosa muy diferente de hablar. [...]

Pero no quisiera que por el azar de unos micrófonos ausentes quedase tan manco mi discurso. Dije lo que juzgaba más urgente sobre el temple que los estudiantes deben conquistar si quieren, en efecto y en serio, ocuparse de una reforma universitaria. Es la cuestión preliminar e ineludible si honradamente se considera el estado de ánimo que domina hoy a la clase escolar. Pero luego había que tratar, aunque fuese con riguroso laconismo, el tema

visceral de toda la imaginable reforma universitaria, a saber: la misión de la Universidad.

Misión de la Universidad

Manuel García Morente, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, intentó llevar a cabo el proyecto orteguiano durante los años de la República, cuando la Facultad desplazó sus instalaciones a los nuevos edificios del campus de Moncloa, cuya construcción se inició durante la dictadura de Primo de Rivera. Ortega fue el centro de aquella Facultad y en muchas ocasiones hizo valer su prestigio, como cuando dimitió de su cátedra para apoyar a los estudiantes frente a la política educativa de la dictadura. En aquel Madrid era posible que más de seiscientos personas abarrotasen un teatro para escuchar una clase de Metafísica. Así recuerda el filósofo cómo llevó su curso a un teatro:

En febrero de 1929 comencé un curso en la Universidad de Madrid titulado: «¿Qué es filosofía?» El cierre de la Universidad por causas políticas y mi dimisión consiguientemente me obligaron a continuarlo en la profanidad de un teatro. Como tal vez algunos lectores argentinos pudieran interesarse en los temas de aquel curso, hago el ensayo de publicar en *La Nación* sus primeras lecciones. En ellas reproduzco algunas cosas de mis conferencias en Amigos del Arte y en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

«¿Por qué se vuelve a la filosofía?»



José Ortega y Gasset con los edificios del campus de Moncloa al fondo, 1934.



Zepelin sobre la Gran Vía, desde el edificio de la Telefónica, 1930 (Foto: Alfonso).

6. La ciudad en transformación



Los teatros fueron frecuentados por los intelectuales gracias al espacio que en ellos se ofrecía a un público cada vez más numeroso, pero las salas teatrales fueron especialmente queridas por Ortega, no sólo como centros de conferencias, sino sobre todo como espacios para el encuentro cultural con el otro y con la tradición dramática:

Se ha dicho siempre de mí que era un extranjerizante. Esto que se ha dicho era necio. En general, lo que se dice es necesidad. Se me tachaba de extranjerizante por haberme esforzado denodadamente en meter dentro del buche de España todo lo más sabroso que había por el mundo. (¡Y ahí está ya, amigos, para siempre y sin remedio!) Pero si alguien mira la miseria de mi obra no más que al trasluz, lo que ve es un hombre estremecido en torno a ciertos grandes temas españoles, danzando ante ellos en frenesí, como David delante del arca. Nada español me es ajeno; todo forma parte de mí; mas, por lo mismo, tengo que amar y rendir culto a lo que está bien en España, que es muy poco, y odiar todo lo que está mal, que es el resto.

Y una de las cosas que están bien, verdaderamente bien, es esta maravilla de Don Juan Tenorio. Por eso he ido una vez más a verlo representar. [...]

Todos los años, los españoles, que no solemos ir a ninguna parte, vamos a ver y oír el «Don Juan» de Zorrilla. Vamos todos y todos juntos —ésta es una de las dimensiones maravillosas—: vamos los que somos pedantes de oficio y los que son ingenuos y espontáneos por misterioso destino. Vamos a poner los labios resecos, sedientos de gracia, de irrealidad, de magia, de extravagancia, en este efímero torrentillo que una vez al año baja de nuestras sierras, tan ásperas, tan áridas. ¿Es que la vida española es tan rica en resortes animadores, en presencias de lo bien logrado, en

triumfos y perfecciones para que no cuidemos celosamente de que no nos birlen nuestro exiguo tesoro efectivo? Vamos al «Don Juan». ¿Y a qué vamos? ¡Ah! Sobre esto no hay tampoco duda: vamos a escuchar una vez más los consonantes que nos sabemos todos de memoria; vamos en busca deliciosa de aquel disparatado «Provincial jerónimo» que nos es firme esperanza y segura promesa de un «anónimo» que llega después, puntual como una estrella. Estos consonantes de «Don Juan» son uno de los pocos tesoros que hay en nuestra tierra, y nos gusta que periódicamente vuelquen ante nosotros el bolso y caigan una a una, sin fallo ni ausencia, las monedas –¡tin, tin, tin!–, regalando el oído.

«La estrangulación de “Don Juan”»

El ocio en la ciudad

El teatro constituía –como el resto de las artes– una fuente formidable de placer estético que no todos sabían apreciar:

Alguna vez me ha ocurrido pensar que hay dos clases de épocas históricas: en unas, los hombres se preocupan más de agenciarse placeres que de evitar los dolores; en otras, acontece lo inverso. Un síntoma económico puede servir de índice para diferenciarlas: en las primeras se paga más al juglar proveedor de placeres que al médico quitador de dolores; en las segundas, más al médico que al juglar. Nosotros vivimos resueltamente en una edad de esta segunda especie: poseemos excelentes clínicas y detestables espectáculos; inventamos analgésicos nuevos, pero no diversiones. No aceptamos otra medicina que la más reciente, y en cambio fingimos complacernos asistiendo a un drama donde todavía, como hace cincuenta años, dialogan un marqués y una adúltera. Nadie extrañe que esta capacidad de fingir la adaptación a formas que para nosotros mismos han perdido virtud y prestigio se manifieste en toda

la vida contemporánea. Si somos insinceros en nuestros placeres, ¿cómo no lo seremos en todo lo demás? [...]

El arte no es una obligación, sino un placentero capricho: ninguna necesidad externa a la obra artística nos fuerza a ir a ella. Ninguna ley de orden público nos impone la tarea de leer versos, ver cuadros, oír músicas o asistir al teatro.

Tampoco nos lleva a ello ninguna urgencia vital, como nos unce al trabajo el hambre. Si, pues, el arte no puede vivir apoyándose en una necesidad externa a él, tendrá que justificarse a sí mismo y por sí mismo. Esta justificación no puede ser más que una: causar placer. Y cada arte, para existir con plenitud, para ser un arte diferente de los demás, tiene que asegurar un placer que sólo él pueda dar. De esta suerte adquiere cada una de las artes interna justificación, haciéndose necesario, imprescindible, para engendrar un determinado placer. El teatro actual es, para un público selecto, claramente innecesario, porque el placer que propone se obtiene con menos riesgo y esfuerzo mediante la lectura. Consecuencia: el teatro es hoy la quinta rueda del carro.

«Elogio del *Murciélago*», en *El Espectador IV*



Representación teatral del *Don Juan* de Zorrilla.

Precisamente por ello, el teatro no podía permanecer anclado en el pasado y debía instalarse, como sus hermanas las musas de la poesía, la música, etc., en la modernidad de su época. Esto suponía una profunda reforma de las artes escénicas que venía siendo reclamada por ciertos

dramaturgos y críticos desde comienzos de siglo, y a la que Ortega se sumó con entusiasmo:

Una reforma del arte escénico que aspire a ser suficientemente profunda no puede desatender la anterior observación. Es preciso que en la obra teatral sea lo necesario y sustantivo el teatro; por lo tanto, que la obra escénica consista primordialmente en un suceso plástico y sonoro, no en un texto literario; que sea un hecho insustituible ejecutado en la escena. Entonces no tendremos más remedio que salir de casa para ir al teatro, so pena de renunciar a un placer intransferible.

«Elogio del *Murciélagos*», en *El Espectador IV*

Va siendo urgente conseguir que el teatro vuelva a ser algo vivo, fuerte, perturbador de los corazones inertes; un salto de agua al servicio de la higiene moral, una ducha, un ejercicio, un combate.

«Revés de almanaque», en *El Espectador VIII*

Fachada del antiguo Teatro Eslava, 1932.

Las mujeres y hombres de teatro hicieron un enorme esfuerzo por modernizarse y por situarlo *a la altura de su tiempo*. Compañías madrileñas como la de Margarita Xirgu,



productores como Cipriano Rivas Cheriff y dramaturgos de toda la geografía española instalados en la capital como Ramón del Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna, José Bergamín o Federico García Lorca, por citar sólo a algunos de los más representativos, pusieron

en pie en las tablas madrileñas obras que no siempre fueron bien recibidas por el público. Baste recordar el escándalo y el fracaso que provocó en el Teatro Eslava el estreno de *El maleficio de la mariposa* de Lorca en marzo de 1920. Esta tarea práctica de renovación se acompañó desde la teoría de un intenso debate crítico en las páginas de la prensa, desde las que Ortega escribía a diario. Pero a pesar del empeño en el que todos los sectores se implicaron durante las décadas de los veinte y los treinta del pasado siglo, el nuevo teatro tocó en muy pocas ocasiones a un público medio que no llegó a convencer. Por su parte y en consecuencia, el excelente lector de obras dramáticas que era Ortega no pudo más que reconocer en 1939 ante un público argentino, que no era un asiduo espectador:

Para no referirme sino a lo trivial, diré a ustedes lo siguiente: yo no voy casi nunca al teatro por razones que no es el caso enunciar ahora, pero cuando a Madrid llega alguna compañía argentina de teatro, cualquiera que ella sea, yo no tengo más remedio que asistir a varias representaciones, porque hay siempre algunos amigos que no han estado nunca en Sudamérica y que sienten enérgico placer, simplemente, en oír hablar argentino, y se obstinan en que yo les acompañe porque siendo yo en Madrid algo así como cónsul ideal de una ideal Argentina, mi compañía en tales casos parece que garantiza a estos amigos la autenticidad de su deleite.

«Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires»

A las razones esgrimidas hasta ahora —la necesidad de reforma de su entramado desde su programación y producción hasta la escenografía y la interpretación—, hay que añadir que el círculo extradramático —los críticos,



Entrada del Ateneo el día de la conferencia de Ortega sobre la "Idea del Teatro" en 1946.

Dos actrices legendarias vestidas de Doña Inés: María Guerrero (retrato de Raimundo de Madrazo, 1891) y Margarita Xirgu (1935).



el público y los medios de comunicación que daban publicidad a este tipo de montajes—, requería asimismo un profundo cambio de mentalidad, como refleja la banal pero muy plástica anécdota de un crítico teatral:

Cuéntase de un crítico de teatro, muerto hace no pocos años, que padecía la debilidad de repartir las alabanzas y las censuras según un régimen financiero. Llegó un tenor que al día siguiente había de debutar en el teatro Real. El menesteroso crítico se apresuró a visitarle. Le habló de los muchos hijos y las pocas rentas: quedó cerrado el trato en mil pesetas. La jornada del *début* comenzó sin que el crítico recibiese la cantidad convenida. Empezó la función y el dinero no llegaba; pasó un acto, y otro y todos, y cuando en la Redacción se puso a escribir el crítico, aún no había llegado el emolumento. A la mañana siguiente el periódico insertaba la revista de la ópera; en ella no se hablaba del tenor ni una palabra hasta la postrera línea, donde se leía: «Olvidábamos decir que debutó el tenor X: es un artista que promete; veremos si cumple».

«Estética en el tranvía», en *El Espectador I*

La crisis de las tablas no se vio beneficiada con la llegada del cinematógrafo en el que, nada más nacer, Ortega supo ver dos tipologías de espectáculo que se dirigían a dos tipos de público bien diferenciado. Entre ellos estaban los gustadores del *placer intransferible* que, como Goethe o como él mismo, se sentían incitados a dilucidar sobre ciertos misterios de la vida:

Entre las nuevas emociones suscitadas por el cinematógrafo hay una que hubiera entusiasmado a Goethe. Me refiero a esas películas que condensan en breves momentos todo el proceso generativo de una planta. Entre la semilla que germina y la flor que se abre sobre el tallo como corona de la perfección vegetal, transcurre en la Naturaleza demasiado

tiempo. No vemos emanar la una de la otra: los estadios del crecimiento se nos presentan como una serie de formas inmóviles, encerrada y cristalizada cada cual en sí misma y sin hacer la menor referencia a la anterior ni a la subsecuente. No obstante, sospechamos que la verdadera realidad de la vida vegetal no es esa serie de perfiles estáticos y rígidos, sino el movimiento latente en que van saliendo unos de otros, transformándose unos en otros. De ordinario, el tempo que la batuta de la Naturaleza impone al crecimiento de las plantas es más lento que el exigido por nuestra retina para fundir dos imágenes quietas en la unidad de un movimiento. En algunos casos, tan raros como favorables, el tempo de la planta y el de nuestra retina coinciden, y entonces el misterio de su vida se hace patente en nuestros ojos. Esto aconteció a Goethe cuando bajaba del Norte a Italia: sus pupilas intensas y avizoras habituadas al ritmo germinal de la flora germánica, quedan sorprendidas por el *allegro* de la vegetación meridional, y al choque de la nueva intuición descubre la ley botánica de la metamorfosis, genial contribución de un poeta a la ciencia natural. [...]



Fachada del emblemático cine Capitol en la Gran Vía.

Ello es que el cinematógrafo empareja nuestra visión con el lento crecer de la planta y consigue que el desarrollo de ésta adquiriera a nuestros ojos la continuidad de un gesto. Entonces la entendemos con la evidencia misma que a una persona familiar, y nos parece la eclosión de la flor el término claro de un ademán.

Pues bien: yo imagino que el cinematógrafo pudiera aplicarse a la historia, y condensados en breves minutos, corriesen ante nosotros los cuatro últimos siglos de vida española. Apretados unos contra otros los hechos innumerables, fundidos en una curva sin poros ni discontinuidades, la historia de España adquiriría la claridad expresiva de un gesto, y los sucesos contemporáneos en que concluye el vasto ademán se explicarían por sí mismos como unas mejillas que la angustia contrae o una mano que desciende rendida.

España Invertebrada

No fue Ortega especialmente aficionado a la música, de la que a diferencia de la literatura o el arte (en particular la pintura) no se ocupó demasiado en sus escritos, fuera de algunas reflexiones sobre la obra de Debussy, guiadas por un enfoque sociológico en el marco del análisis del arte nuevo como un arte impopular o no apto para mayorías:

El público de los conciertos sigue aplaudiendo frenéticamente a Mendelssohn y continúa siseando a Debussy. La nueva música, y sobre todo la que es nueva en más hondo sentido, la nueva música francesa, carece de popularidad.

Verdad es que el gran público odia siempre lo nuevo por el mero hecho de serlo. Esto nos recuerda lo que en nuestro tiempo más suele olvidarse: que cuanto vale algo sobre la tierra ha sido hecho por unos pocos hombres selectos, a pesar del gran público, en brava lucha contra la estulticia y el rencor de las mu-

chedumbres. Con no poca razón medía Nietzsche el valor de cada individuo por la cantidad de soledad que pudiese soportar, esto es, por la distancia de la muchedumbre a que su espíritu estuviera colocado. Tras ciento cincuenta años de halago permanente a las masas sociales, tiene un sabor blasfematorio afirmar que si imaginamos ausente del mundo un puñado de personalidades escogidas, apestaría el planeta de pura necedad y bajo egoísmo. Ello es que el gran público, como ayer silbaba a Wagner, silba hoy a Debussy. ¿No acontecerá con éste como con aquél? Al cabo de cuarenta años, la gente se ha resuelto a aplaudir a Wagner, y este invierno el Teatro Real apenas si ha podido contener el fervor wagneriano de la grey melómana. Siempre pasa lo mismo. Ha sido preciso que la música de Wagner deje de ser nueva, que se evapore gran parte de su virtud y vernal sugestión, que sus óperas se hayan convertido bajo la usura del tiempo en unos tristes pedagógicos paisajes de tratado de Geología –rocas, flora gigante, saurios, grandes salvajes rubios–, para que la muchedumbre crea llegada la ocasión de conmovirse con ella. ¿Acontecerá lo propio con Debussy?

«Musicalia», en *El Espectador III*

Ortega también dedicó algunas líneas a la zarzuela, género costumbrista y popular en que asomaba una porción de la idiosincrasia madrileña que el filósofo gustaba de aprehender en certeros apuntes de color local:

No menos entusiasmo que los toros provocó en estos tiempos el teatro. ¿Por qué no consta como hecho grueso y de todos sabido que el tiempo de 1760 a 1800 ha sido la época en que los españoles han gozado más del teatro? Si padezco error desearía ser formalmente rectificado, pero si se cae, por fin, en la cuenta de que el hecho es cierto, convendría que los historiadores nos lo hicie-



Monumento a los
saineteros, de
Lorenzo Coullaut
Valera, 1913.

sen ver, lo destacasen y perfilasen, porque es de sobrada importancia. Entonces –y no en el siglo XVII– el teatro se hace placer de todos, forma un trozo de su haber vital, les *es* plenamente y hasta el fondo del alma. Ahora bien, por aquellas fechas los dramaturgos eran tan nulos como los pintores. La falta de talentos científicos, literarios y plásticos en España desde 1680 es tremebunda, hasta el punto de constituir un fenómeno patológico que reclama esclarecimiento. Se representaban por millonésima vez las comedias de nuestro viejo teatro barroco. Pero a esto se habían agregado toda una serie de nuevos géneros teatrales –sainetes, jácaras, tonadillas– de origen y estilo plebeyos o, como la zarzuela, nacidos en la Corte pero informados cada día más por el estro popular. Estos nuevos géneros carecían de valor literario; más aún, no pretendían tenerlo. ¿Cómo se explica que, no obstante, el teatro español atravesase lo que acaso ha sido su mejor época? Los que tienen una idea perfectamente arbitraria y pueril de la historia del teatro universal y volviéndose de espaldas a los hechos suponen *ad libitum* que el teatro es primordialmente un género literario, no pueden comprender esto, y ello es la causa de que no habiendo sido este tiempo buena sazón de dramaturgos quedasen ciegos para reconocer que, a pesar de ello, fue una etapa culminante de nuestro teatro. Mas cuando se sabe que lo normal en la historia de todo teatro es que éste viva principalmente de actrices, actores y escena, y sólo en segundo término, y muy pasajeramente, de los poetas dramáticos, la cosa se hace, sin más, llana.

Papeles sobre Velázquez y Goya

El paisaje urbano

La modernidad de Madrid se mostraba también en su cara, en su aspecto exterior, en las fachadas de sus calles. El Madrid de Ortega es el

Madrid que abre la Gran Vía, concebida por José Luis Oriol y cuyas obras comienzan en 1910, para enlazar el este y el oeste de la ciudad con una gran avenida moderna, que tiene algo del nuevo París y de Nueva York. Es el Madrid que va cubriendo de casas el ensanche. El Madrid que se alarga hacia el Norte por la Castellana en barrios burgueses y hacia el Sur en barrios obreros, que también aparecen en algunas zonas del norte de la ciudad como Chamberí o Tetuán de las Victorias. Es también el Madrid que inaugura las primeras estaciones del Metro, y el Madrid que se ha convertido en el centro de la red radial de ferrocarril con sus modernas estaciones del Norte y de Atocha.

El urbanismo experimenta un crecimiento parejo al desarrollo económico. Esto es recibido por Ortega como síntoma de modernidad, aunque a veces de una modernidad poco moderna que quiere mirarse en el pasado, como en los caserones neovascos de la calle de Almagro o el estilo neomudéjar sevillano del edificio del diario *ABC*, entre las calles de Serrano y el paseo de la Castellana. Un estilo que buscaba ser reflejo de la arquitectura nacional de los tiempos áureos, y que algunos autores han denominado «neoplateresco», «renacimiento español» o, con más gracia, «estilo remordimiento»:

En las calles de Madrid encontramos cada día mayor número de casas «madrileñas». Parejamente, Sevilla se está llenando hasta los bordes de «sevillanerías». Ahora vamos a preguntarnos si es éste un hecho reconfortante o desesperante. Para ello conviene descender a su raíz. La raíz está en la mente del propietario o



Primeros derribos de la Gran Vía, 1912.



Fachada neomudéjar de la sede del diario ABC, entre la calle de Serrano y el Paseo de la Castellana.

del arquitecto que ha construido la nueva casa antigua.

¡La nueva casa antigua!... He aquí una expresión que yo no había buscado. Ha venido espontáneamente bajo la pluma como un can, a quien un gesto indeliberado de nuestra mano invita a tenderse a nuestros pies. Por mi gusto la hubiese detenido hasta el fin del artículo, a fin

de que el lector ignorase mi actitud ante el hecho que voy a analizar. Pero ya no hay remedio; esa expresión descubre a destiempo la escasa simpatía que siento, no hacia la casa «madrileña» o «sevillana», sino hacia el estado de espíritu, que lleva a construir en 1926 una casa del siglo XVII o XVIII.

Si analizamos el estado de espíritu que hace posible semejante *performance*, hallaremos estos ingredientes:

Primero, el deseo de hacer no sólo una casa, sino una casa con estilo. Éste es el único componente laudable que hallo en la inspiración de estos constructores de ruinas y fabricantes de antigüedades. Hasta hace pocos años no se edificaba en Madrid más que puras casas, sórdidos habitáculos, donde no se hacía el menor sacrificio a la gracia posible de las formas. Tres generaciones de españoles han ejercitado la más resuelta voluntad de estilo. Si esta eliminación de toda belleza hubiese obedecido a algún principio positivo —como en el cuáquero, que rehúsa todo servicio a la estética por parecerle inmoral—, la desnudez de las habitaciones se habría convertido, contra su propósito, en una nueva gracia inesperada, y hubiera sido, inevitablemente, un estilo. Es la belleza tan generosa sustancia que no exige de nosotros que la solicitemos deliberada y nominativamente; basta con que no seamos viles; es decir, que respetemos nuestra propia vida, dándole algún sentido sincero y disciplinado para que

automáticamente y por añadidura quede estilizada, embellecida. Estas casas nuevas del siglo XVII y XVIII, que ahora van repoblando Madrid, anuncian que la vida española empieza a cobrar sentido y a entrar en disciplina. Sus constructores hacen un sacrificio a la belleza noble; gesto libatorio en que derramamos algo de nuestros bienes en honra a un poder divino. Y la belleza, sin duda, tiene algo de divinidad. Por lo menos, estos dos atributos: es trascendente y es problemática. [...]

Pero el constructor de casas «madrileñas» suele recibir su inspiración decisiva de un motivo que no es estético. Ha oído hablar de que existen estilos «nacionales» o de raza, y de que se «debe» guardar fidelidad a esa «tradicción» castiza. En suma: desembocamos en el tema perdurable del «nacionalismo». Es éste asunto delicado, que conviene desarrollar aparte un día u otro.

En rigor, hoy no quería sino llegar, con algún sentido para el lector, a esta fórmula imperativa.

Al amueblar una habitación o construir un edificio es un deber vital, inspirado por la estimación hacia sí mismo, intentar la belleza, partiendo de las formas y necesidades actuales. Y es preferible equivocarse al servicio de este empeño que acertar en la trivial resolución de copiar un viejo estilo.

Nadie saldría a la calle —fuera de Carnestolendas— vestido con un traje a lo Felipe IV. Sería hacer de la propia vida y el propio ser una ruín mascarada. Pues ¿qué diferencia hay entre eso y vivir en una nueva casa antigua? La casa, como los nómadas árabes dicen de la tienda de campaña, es el traje de la familia.

«Nuevas casas antiguas», en *El Espectador VI*

Las nuevas avenidas de Madrid, cuya vida se enriquecía con una creciente oferta de espectáculos y de comercios, se llenaban de gentes



Foto de Ortega en
automóvil, 1926.

y vehículos. Cuando Marinetti afirmó que un automóvil era más hermoso que la Victoria de Samotracia, no hacía sino recalcar la condición metafórica del automóvil como símbolo de un tiempo nuevo en que la máquina y la velocidad desempeñaban un papel esencial: tiempos de rápido cambio en los que la técnica ofrecía al ser humano un repertorio nuevo de experiencias. El automóvil era una de las señales más visibles de la transformación de los modos de vida a comienzos del siglo XX. Madrid era la ciudad española con mayor parque móvil.

Ortega gustaba de los coches, y tuvo uno pronto. Sabía conducir, pero al volante casi siempre estuvo su chófer y mecánico Lesmes. Eran frecuentes las excursiones del filósofo a los alrededores de Madrid, y también los viajes de mayor distancia a lo largo y ancho de la península. Son numerosas las fotografías que se conservan de Ortega en automóvil. Se diría que ir en coche era para él un modo de estar a la altura de los tiempos, de ir subido a ellos para poder pensarlos.

Precisamente vio el filósofo en el automóvil otro motivo de reflexión acerca de las carencias con que España ingresaba en el siglo XX:

Si estuviese en mi mano, yo haría subir diez veces más los derechos sobre importación de estos admirables artefactos. Acaso extrañe al lector hallar que manifiesto opinión semejante, ya que es bastante notorio mi entusiasmo por este objeto semoviente. Pero quizá es este mismo entusiasmo quien me ha

hecho reflexionar un poco sobre el comportamiento de mis compatriotas con el automóvil y me ha llevado a descubrir que es sencillamente inmoral. [...] Conviene saber que es España uno de los países donde hay mayor número de automóviles, proporcionalmente al número de habitantes. [...] Pero no para aquí la maravilla. Cuando el señorito madrileño se asoma a Francia vuelve lleno de desdén por los franceses, que «gastan» unos coches mal tenidos, sucios y de calidad inferior. En cambio, en Madrid no sólo hay un número proporcionalmente fabuloso de automóviles, sino que éstos suelen ser de superior calidad y están siempre lucientes, lustrosos, como recién salidos de la fábrica. Y el señorito madrileño se queda sumamente satisfecho, orgulloso con la averiguación. [...] Francia se caracteriza por la suciedad y modestia de sus coches. Está bien. Pero se caracteriza no menos por haber sido el país inventor del automóvil, por haber creado la primera industria cronológicamente de este utensilio, por haber vencido las dificultades técnicas mayores que se presentan siempre en la primera etapa de una creación mecánica. España, en cambio, sobresale por el lucimiento y repulidez de sus coches, que van por esas calles y paseos como si acabasen de abandonar las fábricas. Pero sobresale también por ser el único país europeo de gran población donde no hay fábricas nacionales de automóviles. ¿Por qué se satisfacen los señoritos celtíberos mirándose en el espejo de charol que sus vehículos les presentan? Ni ellos, ni sus familias, ni sus compatriotas han producido esos prodigiosos objetos. Si al menos lavasen ellos mismos sus coches, aún tendrían algún derecho a envanecerse de su brillo. [...]

Es verdaderamente inconcebible y vergonzoso que el español no se haya dado aún cuenta de que el automóvil significa hoy un

artículo de primera necesidad, si no para todo individuo, para toda la colectividad nacional.

«La moral del automóvil en España»

La atenta mirada de Ortega prestaba atención, como vemos, a las nuevas corrientes. Incluso cuando los cambios alcanzaban a la moda femenina, encuentra un modo sencillo e irónico para dar noticia de ellos:

El gobernador de Madrid, prohibiendo a las señoras el uso del sombrero en los teatros, ha realizado algo que es de la mayor importancia. Hasta ahora se había respetado la indumentaria de la mujer y se la había considerado como materia ilegible. La política perduraba galante. Hoy rompe la verja del jardín de Citea y destoca a las damas. ¡Qué irreverencia! ¡Qué grosería! Ellas habían sabido permanecer inexpugnables bajo ciertos puntos de vista, y esta primera grosería legal amenaza consecuencias y progresos en el faltar a las tablas galantes.

«Moralejas»

El filósofo, frecuentemente lúcido en sus apreciaciones, supo señalar que no todo en la modernidad eran bondades:

Desde mediados del siglo último se advierte en Europa una progresiva publicación de la vida. En los últimos años ha avanzado vertiginosamente. La existencia privada, oculta o solitaria, cerrada al público, al gentío, a los demás, va siendo cada vez más difícil.

Este hecho toma, por lo pronto, caracteres corpóreos. El ruido de la calle. La calle se ha vuelto estentórea. Una de las franquías mínimas que antes gozaba el hombre era el silencio. El derecho

a cierta dosis de silencio, anulado. La calle penetra en nuestro rincón privado, lo invade y anega de rumor público. El que quiera meditar, recogerse en sí, tiene que habituarse a hacerlo sumergido en el estruendo público, buzo en océano de ruidos colectivos. Materialmente no se deja al hombre estar solo, estar consigo. Quiera o no, tiene que estar con los demás. La gran vía y la plazuela rezuman su alboroto anónimo a través de los muros domésticos.

«Socialización del hombre», en *El Espectador VIII*

La ciudad moderna no produce, consume. Y esto, que es verdad en el orden económico, ¿no lo es también en los demás? La vida que ha palpitado en nuestras ciudades —creencia, arte, moral—, ¿no es propiamente el resto del impulso campesino anterior a ellas? El hombre de la gran capital —¿quién lo duda?— es más pulido, más agudo e ingenioso que el campesino. Pero esas calidades son virtudes adscritas exclusivamente a la periferia de nuestra personalidad. Tal vez el vecino de la gran ciudad ha cultivado su yo social, que es sólo nuestra corteza psíquica, aquel haz de nuestra persona que roza con la ajena, a costa del yo íntimo, fuente de nuestra propia vitalidad.

«Pepe Tudela vuelve a la Mesta», en *El Espectador IV*



Peatones y
automóviles
en la Gran Vía.



Aureliano de Beruete, *El Guadarrama desde la Moncloa*, 1893. Museo Sorolla. Madrid.

7. La Sierra del Guadarrama



«Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Es ésta una de las frases de Ortega más conocidas, y refleja muy bien el fondo de su pensamiento a pesar de corresponder a su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, publicado en 1914. Para el filósofo, la realidad radical, aquélla en que radican el resto de realidades, es la vida humana de cada individuo. Esa vida es un devenir, un ir haciéndose, un ser indigente compuesto por el personalísimo yo y la circunstancia, menesterosos y dependientes uno del otro. La circunstancia de Ortega, donde desarrolla su «logos del Manzanares», se define en el siguiente texto:

«Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstancial forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo».

Meditaciones del Quijote

El Guadarrama como circunstancia

La obra de Ortega está salpicada por centenares de referencias a la Sierra del Guadarrama y a El Escorial, tanto al pueblo como a su monumento principal, el Monasterio. La vinculación del filósofo madrileño con ambos escenarios nace en 1887, cuando Ortega tenía cuatro años, desde que la familia empezó a veranear en San Lorenzo. Según cuenta José Ortega Spottorno en su biografía familiar, el padre del filósofo «arrendó una casa al final del parque de los Terreros, un gran rectángulo lleno de árboles que fue paseo real, donde los chicos podían correr a su antojo llegando por el otro extremo a la finca de Torrealta. [...] Pero pronto se instalarían en una de las casas de

oficios que, con la misma arquitectura del Monasterio, bordean la lonja de piedra que le rodea, por la que pagaban al Real Patrimonio de la Corona la módica cantidad de 40 pesetas mensuales. En el piso superior, que daba a la calle de Floridablanca, tuvieron lugar muchas vicisitudes, no sólo veraniegas, de la vida de las sucesivas familias Ortega hasta que en el periodo franquista se destinaron a residencias militares».

Con el paso de los años, José Ortega y Gasset también volverá a San Lorenzo para vivir largas temporadas, como entre 1913 y 1914 cuando el filósofo se traslada con su mujer y sus hijos a la casa de oficios de San Lorenzo e instala su mesa de trabajo en un ventanal entre los gruesos muros. Allí escribe su primer libro: *Meditaciones del Quijote*.

La forma como Ortega contempla la realidad que circunda El Escorial resulta determinante para conocer adecuadamente su pensamiento. Por un lado, la presencia telúrica del Guadarrama, la noble sierra madrileña percibida como un santuario del celtiberismo; por otro, la imponente superficie ocupada por el Monasterio de San Lorenzo, cuyos graníticos muros simétricos representan para el filósofo una metáfora del esfuerzo quijotesco del pueblo español.

«¿Qué es esta piedra venerable del Guadarrama?», se pregunta Ortega, y al preguntarlo pretende que el lector caiga en la cuenta de su posición en el mundo, de su pertenencia a una realidad concreta que le rodea, de su circunstancia.

El Guadarrama que el filósofo siente nos conduce a su filosofía del vitalismo. Lo que Ortega propone al lector en cada paraje del Guadarrama es una reflexión sobre la razón vital que esa tierra representa en el alma española:

Para la ciencia esta piedra es un caso particular de una ley general. La ciencia convierte cada cosa en un caso, es decir, en aquello que es común a esta cosa con otras muchas. Esto es lo que se llama abstracción: la vida descubierta por la ciencia es una vida abstracta, mientras, por definición, lo vital es lo concreto, lo incomparable, lo único. La vida es lo individual.

Las cosas son casos para la ciencia: así queda resuelto el primer estadio del problema de la vida. Ahora es menester que las cosas sean algo más que cosas. Napoleón no es sólo un hombre, un caso particular de la especie humana: es este hombre único, este individuo. Y la piedra de Guadarrama es distinta de otra piedra químicamente idéntica que yaciera sobre los Alpes.

«Adán en el paraíso», en *Personas, obras, cosas*

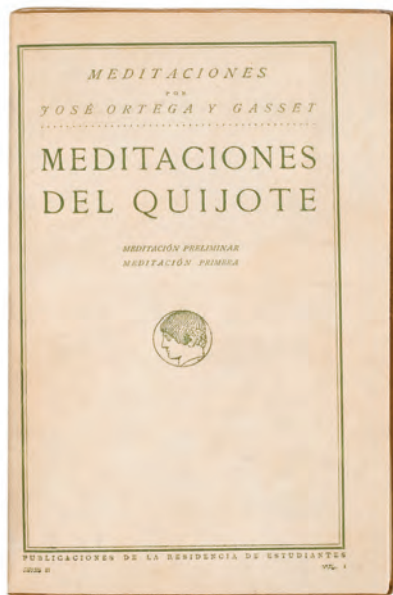
Foto de Ortega en el Jardín de los Frailes, El Escorial, 1915.

Todo ello se comprende plenamente con la teoría del perspectivismo como telón de fondo:

¿Cuándo nos abriremos a la convicción de que el ser definitivo del mundo no es materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva? [...] Ahora bien; la perspectiva se perfecciona por la multiplicación de sus términos y la exactitud con que reaccionemos ante cada uno de sus rangos. La intuición de los valores superiores fecunda nuestro contacto con los mínimos, y el amor hacia lo próximo y menudo da en nuestros pechos realidad y eficacia a lo sublime. Para quien lo pequeño no es nada, no es grande lo grande. Hemos de buscar para nuestra circunstancia, tal y como ella es, precisamente en lo



Cubierta de
Meditaciones del Quijote, publicado por la Residencia de Estudiantes en 1914.



que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo. No detenernos perpetuamente en éxtasis ante los valores hieráticos, sino conquistar a nuestra vida individual el puesto oportuno entre ellos. En suma: la reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre. La ciencia biológica más reciente estudia el organismo vivo como una unidad compuesta del cuerpo y su medio particular: de modo que el proceso vital no consiste sólo en una adaptación del cuerpo a su medio, sino también en la adaptación del medio a su cuerpo. La mano procura amoldarse al objeto material a fin de apresarlos bien; pero, a la vez, cada objeto material oculta una previa afinidad con una mano determinada.

Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.

Meditaciones del Quijote

En definitiva, Ortega se siente parte integrante del escenario vital que representa la sierra madrileña, es consciente de que su alma está asentada en ella y esto supone la adopción de un determinado punto de vista hacia el universo:

Desde este Escorial, riguroso imperio de la piedra y la geometría, donde he asentado mi alma, veo en primer término el curvo brazo ciclópeo que extiende hacia Madrid la Sierra del Guadarrama. El hombre de Segovia, desde su tierra roja, divisa la vertiente

opuesta. ¿Tendría sentido que disputásemos los dos sobre cuál de ambas visiones es la verdadera? Ambas lo son ciertamente, y ciertamente por ser distintas. Si la sierra materna fuera una ficción o una abstracción, o una alucinación, podrían coincidir la pupila del espectador segoviano y la mía. Pero la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo. Aquélla y éste son correlativos, y como no se puede inventar la realidad, tampoco puede fingirse el punto de vista. [...] Voy, pues, a describir la vertiente que hacia mí envía la realidad. Si no es la más pintoresca, ¿tengo yo la culpa? Situado en El Escorial, claro es que toma para mí el mundo un semblante carpetovetónico.

«Verdad y perspectiva», en *El Espectador I*

En *Meditaciones del Quijote* encontramos un conjunto de pensamientos íntimos, de reflexiones ofrecidas al modo ensayístico orteguiano, es decir, como incitaciones para que el lector repare en el mundo circunstante y caiga en la cuenta de quién es él y su circunstancia. Por tanto, las referencias a El Escorial y a la Sierra del Guadarrama son todas metafóricas, pues ambos paisajes, como venimos diciendo, tienen su propio *logos*:

Preparados los ojos en el mapamundi, conviene que los volvamos al Guadarrama. Tal vez nada profundo encontremos. Pero estemos seguros de que el defecto y la esterilidad provienen de nuestra mirada. Hay también un *logos* del Manzanares: esta humildísima ribera, esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe, lleva, sin duda, entre sus pocas gotas de agua alguna gota de espiritualidad.

Meditaciones del Quijote

La pedagogía del paisaje

Uno de los textos esenciales para comprender la filosofía orteguiana es «La pedagogía del paisaje». Se trata de la tercera entrega de una serie de tres artículos periodísticos titulada «Moralejas», publicados en *El Imparcial* durante el verano de 1906. Si en *Meditaciones del Quijote* (1914) el autor quintaesencia su filosofía del raciovitalismo en el aforismo «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo», en este texto anterior ya está contenida su concepción del paisaje como elemento determinante de la existencia individual: «Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres». A continuación reproducimos parcialmente el artículo «La pedagogía del paisaje», con el que el lector se adentrará en el pensamiento orteguiano a través del paisaje serrano del Guadarrama y de las ideas de su *alter ego*, Rubín de Cendoya, que, como se ha visto, es un curioso personaje ideado por el autor, tomando a Francisco Giner de los Ríos como referencia, para conversar sobre cuestiones esenciales del ser español:

Recuerdo que una vez me encontraba en la raya de Segovia, dentro de un monte de pinos, al tiempo que el sol caía, mirando abrirse delante, en egregio anfiteatro, las lomas nerviosas de Guadarrama. Junto a mí estaba Rubín de Cendoya, místico español, un hombre oscuro, un hombre ferviente. Hoy, señor lector, voy a referirte lo que en aquella sazón escuché de sus labios. Había en torno nuestro un silencio que en cada instante iba a romperse y persistía, silencio donde latían las entrañas de las cosas, en que esperamos que rompa a hablarnos cuanto no sabe hablar. El valle verde y amarillo se alongaba a nuestros pies: la sierra levantaba poderosamente su vieja espalda sobre el cielo puro. En el camino real comenzaba el polvo yesoso a fosforecer. Recios aromas se alzaban del pinar, y sobre nuestras cabezas unos

grandes pájaros grises volaron con lentos aletazos que arrancaban al aire suspiros.

Rubén de Cendoya, místico español, dijo de esta suerte:

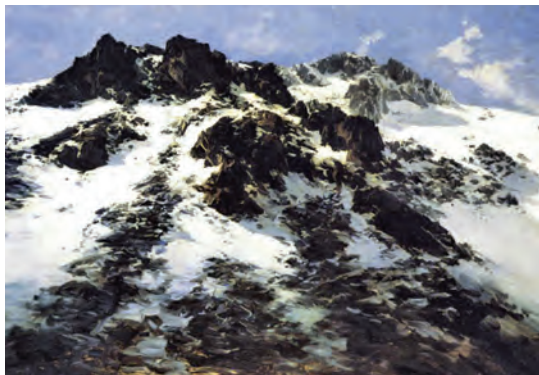
«Sin que lo advirtamos, nuestras ideas celebran dentro de nosotros ritos sagrados y se unen en divinas asociaciones: bajo la ilusión de nuestro albedrío mantiénnense en solidaridad fatal. Mira que ahora, en tanto dejo galopar la vista sobre esa línea quebrada de la sierra, se yerguen en mi memoria las imágenes de los hombres cárdenos pintados por el Greco. En estos montes hay, como en las pupilas de aquellos hombres, una voluntad suprema de perdurar sobre toda mudanza.

»Dejando ir la mirada sobre esa línea oscura que rompe el cielo, advierto que hay en mi alma un grumo metahistórico que llega de una hondonada del pasado y se apresta a hundirse en un porvenir sin límites. Esa montaña ha perpetuado al través de los siglos su perfil, y en ese hierático perfil se reúnen mis miradas con las de todas las generaciones muertas de españoles, y refractándose en la arista azulada de esa sierra, llegan a encontrar las pupilas grises de los padres celtíberos que en horas profundas, vestidos con negros cueros, contemplaron esta misma visión que ahora nosotros, celtíberos de un siglo joven, vestidos con trajes cilíndricos. El tiempo, en su huidez, hace vacilar nuestros ánimos, que el tiempo es un temblor incesante y eterno. Un ansia infinita de permanencia trasciende de lo más adentrado de nosotros, en tanto que la razón nos anticipa la imagen de una muerte cierta. Frente a ese problema trágico, insoluble, se evapora el individuo.

»Estos montes son necesarios en la mecánica universal; pero tú y yo, que ahora estamos frente a ellos, debemos producirles el mismo efecto entre burlesco y sorprendente que a nosotros nos



Puerto de Guadarrama, Alto del León (1.511 m).



Jaume Morera, *Picos de Najarra*, 1891-1892. Museu d'Art Morera. Lérida.

produce eso que llamamos casualidad. Créeme, amigo mío, tú y yo somos una casualidad.

»Este paisaje, en cambio, me

hace descubrir una porción de mí mismo más compacta y nervuda, menos fugitiva y de azar. Llévame a una ciudad, ponme entre dos hileras de casas, rodéame de hombres que van y vienen con relojes en los bolsillos, de hombres a quienes interesan los minutos: entonces yo me siento desaparecer del mundo personal, creería que yo he muerto, que he pasado ya, que soy “nadie”. Mas este paisaje me hace encontrar dentro de mí algo personalísimo, específico: ahora conozco que soy algo firme, inmutable, perenne; frente a estos altos montes azules yo soy al menos un “celtíbero”».

Rubén de Cendoya, místico español, se detuvo melancólicamente. Allá en la altura se pusieron unas nubes tan rojas que temimos si el sol se habría herido contra los picos agudos y como eternos de la sierra.

Aquel hombre entusiasta prosiguió:

«Como a Séneca había enseñado su casa de campo el arte exquisito de la vejez, me ha iniciado a mí este paisaje en una religión. Cada paisaje me enseña algo nuevo y me induce en una nueva virtud. En verdad te digo que el paisaje educa mejor que el más hábil pedagogo, y si tengo algún solaz te prometo componer frente a la admirable “Pedagogía social” del profesor Natorp otra más modesta, pero más jugosa: “Pedagogía del paisaje”. [...]

»Los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma; y si no hubiera perdido largos años viviendo en la hosquedad de las ciudades, sería a la hora de ahora más bueno y más profundo. Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres.

»Al tiempo que por Europa pasaba una ola de histerismo revolucionario, unos cuantos ingleses avisados se refugiaron junto a los lagos de Escocia y vivieron en la soledad fecunda de las campiñas. De allí salió aquella espiritualidad tranquila de los poetas “lakistas” y la incomparable dicha de su existencia. Del campo salió volando aquella alondra cantarina que se escucha como un eco geórgico a lo largo de las páginas de Emerson. Estos paisajes eran bellos, solemnes, con frescor de lagunas y remansos, con esplendor luminoso de boscajes, y así dejaron caer sobre sus discípulos simiente de amplitud idealista.

»Recuerda, en cambio, los paisajes que rodean a Madrid, salvo el Pardo y la Moncloa. Contempla estos misérrimos campos atormentados en que sólo se espera ver algún hombre tendido, polvoriento el traje, el rostro ensangrentado contra la tierra. Son campos malditos, campos comprados con los treinta dineros que únicamente sugieren alguna traición o algún crimen antiestético. Así, los madrileños nos encontramos entre los seres más torvos y hostiles de la tierra.

»Los españoles suelen huir del campo en cuanto pueden, porque en la soledad no tienen a quien hostilizar ni a quien anonadar.

»Creo que las dos grandes virtudes que ha de formar en el hombre la pedagogía son la sinceridad y la serenidad. Pues bien, ambas las enseña la naturaleza mejor que todos los maestros del mundo. Cuanto no es el hombre es más sincero que el hombre. De aquí que apenas nos hallamos solos en medio de un panorama natural unos dedos menudos e invisibles comienzan a tejer en torno nuestro ese misterio de la sinceridad, que une en un mismo tapiz animales, plantas y piedras. A poco, nos sentimos insertos en la vida unánime de los campos; el paisaje solitario va destilando quietud en nuestro pecho, armonía, benevolencia. ¿Por qué nos encontramos

tan a gusto en la naturaleza? –se preguntaba Nietzsche. Y respondía: porque la naturaleza no tiene opinión acerca de nosotros. ¡Ah! ¡muy cierto! El hombre es siempre juez del hombre, cuando no es su enemigo. Ante el hombre que más nos estime, nos mantenemos siempre sobre aviso e inquietos, no sea que se descubra en nosotros algo nuevo, destructor de su estimación.

»No creo que hoy pueda nadie jactarse, sin embargo, de una íntima relación con la naturaleza, porque la humanidad se ha ido apartando de ella, humanizándola, es decir, pedantizándola. El hombre primitivo le era más próximo, la naturaleza hablábale con mayor vivacidad y por eso sabía poner nombres a las cosas. Para nosotros la naturaleza es un gran muerto, es como el esqueleto petrificado de un brontosauro y sólo podemos llegarnos nuevamente a ella con una preocupación, científica o artística que la deforma. La naturaleza es la despreocupación perfecta, y así la llamamos “Naturaleza” por antonomasia.

»Aquí tienes la razón por la que Stendhal afirmaba que el interés exclusivo del paisaje no basta, a la larga, y es preciso un interés moral e histórico. Si nuestros ojos se cansan de mirar, las cosas se fatigan de ser miradas y se embotan sus místicas sugerencias. Hoy los paisajes no nos enseñan naturaleza propiamente tal, pues, como digo, la naturaleza murió hace muchas centurias envenenada por un silogismo; pero nos enseñan moral e historia, dos disciplinas de exaltación que nos hacen no poca falta a los españoles.

»Y así, este paisaje-maestro de Guadarrama me ha dado una lección de “celtiberismo”, y me ha aclarado esos secretos étnicos que en los museos luminosos, en profundos y húmedos claustros, intentan revelarnos los hombres del Greco con un ligero temblor de sus barbas agudas».

El paisaje iba recogiendo en sí mismo: algunas estrellas claras florecían en la ternura del crepúsculo. Unos ladridos lejanos. En el valle resbala el rumor de una esquila como por una mejilla resbala una lágrima. La noche llegaba, caminando por el cielo con tardo paso de vaca. Aprisionamos en una postrera mirada la magnífica quietud del rebaño de montes: descendimos al camino real. Un hombre que pasaba nos preguntó la hora: dijémosle que no teníamos relojes, porque éramos místicos y celtíberos. Como no nos comprendiera del todo, siguió él su jornada hacia Segovia y nosotros entramos en el pueblo.

«Moralejas. La pedagogía del paisaje»

Paisaje, clima y fauna

Sin olvidar el significado intelectual que la sierra madrileña tiene en la obra de Ortega, el lector puede encontrar numerosas páginas dedicadas a la descripción plástica del entorno. Son estas páginas, precisamente, las que nos acercarán al Ortega más lírico:



Aureliano de Beruete,
*Vista del
Guadarrama desde
el Plantío de los
Infantes, 1911.*

¿Qué otra cosa podemos hacer en este ambiente tórrido que oprime a Madrid durante la canícula sino ir por las tardes a contemplar desde el paseo de Rosales la cenefa roja que pone el sol decadente sobre la silueta del Guadarrama? Esta belleza madrileña es de todas la más pura y la más firme: no puede el Ayuntamiento ejercitar sobre ella su solicitud.

«Al margen del libro *Los iberos*», en *Personas, obras, cosas*

«Meditación del Escorial», otro ensayo de juventud, comienza con la visión panorámica del Monasterio confundiendo con el conjunto paisajístico del entorno:

Sobre el paisaje del Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimento de sus aristas. En estos días de primavera hay una hora en que el sol, como una ampolla de oro, se quiebra contra los picachos de la sierra, y una luz blanda, coloreada de azul, de violeta, de

carmín, se derrama por las laderas y por el valle, fundiendo suavemente todos los perfiles. Entonces, la piedra edificada burla las intenciones del constructor y, obedeciendo a un instinto más poderoso, va a confundirse con las canteras maternas. Francisco Alcántara, que tanto sabe de cosas de España, suele decir que, como el castellano es el idioma en

Perspectiva de una de las fachadas del monasterio de El Escorial.



que, de cierta manera, se integran los dialectos y lenguas de la periferia hispánica, es la luz de esta Castilla central una quintaesencia de las luces provinciales.

Esta luz castellana es la que, poco antes de llegar la noche con lento paso de vaca por el cielo, transfigura El Escorial hasta el punto de parecernos un pedernal gigantesco que espera el choque, la conmoción decisiva, capaz de abrir las venas de fuego que surcan sus entrañas fortísimas. Hosco y silencioso aguarda el paisaje de granito, con su gran piedra lírica en medio, una generación digna de arrancarle la chispa espiritual.

«Meditación del Escorial», en *El Espectador VI*

Ortega mira y describe elementos como el viento y el cielo del Guadarrama:

Era un día de los comienzos de abril, que es en el Guadarrama tiempo muy revuelto. Fugitivo el invierno, aún se revuelve hosco y hace que su retaguardia dé unas últimas embestidas a la joven primavera invasora. El combate se realiza sobre el testuz granítico del Monasterio, nuestra gran piedra lírica. Hay allí un amplísimo jirón de purísimo azul a quien ponen cerco las nubes blancas, nubes que llegan rápidas y se amontonan en guerrera turbulencia, como escuadrones de caballeros sobre potros de lomos y pechos redondos. Son nuestras nubes españolas que se encrespan en telones verticales, poblando el cielo de un entusiasmo barroco; son las nubes mismas que nuestros orives y nuestros escultores ponen detrás de las cabezas inclinadas de los Cristos, nubes de gloria y de triunfo después de la muerte.

El Monasterio es un sepulcro inmenso, sobre el cual este cielo de abril parece el escenario dispuesto a una resurrección.

Mas no conviene que entremos en San Lorenzo atravesando la Lonja: correríamos algún riesgo. Para estos días de combate elemental se hizo un conducto subterráneo que nos permite llegar sanos y salvos al interior del edificio. Pues hay en El Escorial un tremendo ser, todo ímpetu y coraje, pasión y voluntad, que sojuzga estos días por entero al contorno. Es el viento, el viento indomable. Baja de la Merinera, allá en lo alto, baja arrollándolo todo, y se rompe la frente contra la esquina occidental del Monasterio: dando aullidos de dolor, después de hacer teclar las pizarras de las techumbres, rueda por las vertientes, gana el valle entre tolveneras y en un gran brinco postrero aspira hacia Madrid.

«Muerte y resurrección», en *El Espectador II*

Y la luz de la sierra:

Es un día de junio, claro como una niñez. La luz pura y esencial liberta a todo de su gravamen, y el monasterio granítico y la sierra berroqueña parecen flotar ingravidos en el éter luminoso. Unos oscuros aviones, borrachos de luz, pasan como saetillas gritadoras...

«Azorín o primores de lo vulgar», en *El Espectador II*

La caída del Sol cambia la perspectiva. En este otro pasaje, Ortega está analizando el panteísmo que a su juicio rige toda la obra del escritor francés Ernest Renan, y llevado por esta voluntad de querer percibir el aliento vital, divino, en cada cosa circundante, el filósofo es sorprendido por el final del día en la sierra madrileña:

Esto es una vertiente del patrio Guadarrama. Cae la tarde de la jornada calurosa; el día desfallece y se rinde sobre la tierra inmensa. De un arroyo se alzan vahos frescos benignamente. Los

árboles, las bardas de los corrales, los tejados de las casas chatas, los corvos montes arrojan fuera de sí largas sombras, sombras desaforadas, sin medida, que repiten en su silueta, con interpretación burlona, el perfil de los objetos que las proyectan. Mas como el sol envía algunos rayos que se hieren en las aristas de las cosas de una manera rosada, la caricatura de la campiña y de la aldea fingida por la hora adquiere un alma y una vibración de ternura. En la umbría de chaparros y en las ondulantes rastrojeras vaga ese rumor de campo atardecido; los pájaros revuelan de recogida buscando indecisamente las dormideras de otras noches; las codornices van solicitando en el seno de un surco la amapola del sueño. Y como alentar de pulmones fatigados se escucha el gran cansancio cotidiano de bestias y de plantas, cansancio de sanas faenas primitivas. Luego las sombras se alongan hasta el punto de fundirse unas con otras; los colores se recogen no se sabe dónde; los gritos estridentes apáganse del todo; bajo el claror meditabundo el paisaje se ensimisma y lentamente va entrando dentro de su propio corazón. Parece que la vida va a detenerse. Poco después el alma del campo se ha sutilizado tanto que mana toda ella por el cauce del canto de un grillo.

La orden del día era separación, límite, hostilidad. La orden de la noche nos hunde en la profunda unanimidad de las cosas, y si, tomando una posición cómoda, reducimos al extremo las molestias musculares, llegaremos a no saber si nuestro corazón late entre nuestras costillas o en la medula del tronco de un roble próximo.

«Renan», en *Personas, obras, cosas*

Postal del
Monasterio
de El Escorial.



Ortega tiene la voluntad de trasladar al lector las sensaciones que él mismo experimenta en los diversos momentos en que deambula por El Escorial. Uno de los más especiales, sin duda, se produce cuando la noche va inundándolo todo en esa especie de irrealidad producida por la oscuridad que difumina los contornos de las cosas:

Pero ¿qué es esto que llega sobre El Escorial? Esto que llega es la noche –una coloración entre azulada y bruna, que va vertiéndose como un licor en una copa dentro de este regazo de la sierra. A poco se ha llenado hasta los bordes. Todo yace embebido en la patética tiniebla azulada. Arriba, las estrellas inician su titilación. Son puntos nerviosos que dan su rápido latido de dolor cuando les llega el rítmico golpe de sangre conducida por las inmensas arterias de la vida universal. [...]

Vamos así pensando conforme subimos de El Escorial de Abajo a El Escorial de Arriba. Es el instante en que la tarde cae subitáneamente rendida bajo el imperio nocturno. Los colores huyen. Sólo el cielo conserva un claror azulado y pende sobre el paisaje como un telón vertical. Sobre él destacan las casas convertidas en siluetas. El Monasterio, la enorme masa cúbica, toda ella piedra, es ahora una superficie oscura, como un cartón recortado. Podríamos enrollarlo cual si fuera un plano y llevárnoslo debajo del brazo. Su área es del mismo color que las casas más modestas en torno suyo. No obstante, continúa erguido, y las torres, el cimborrio, las cruces, las bolas de los remates acusan, más que nunca, su perfil con deplorable jactancia. ¡Sobre todo las bolas; las ingentes esferas de piedra que esta tarde bruñía el sol, quebrando en aureola sus haces de oro, son ahora unos círculos que hacen ridículos equilibrios sobre sus cóndilos! Decididamente el Monasterio se transforma a prima noche en el Monasterio de



Autillo.

la Triste Figura: perdida la gravitante energía de la materia barroqueña, tiembla sobre el cielo como un bastidor de teatro suburbano y desenvuelve su perfil en vanas gesticulaciones como tiradas de versos redundantes que recitara un actor sin ventura.

«Azorín o primores de lo vulgar», en *El Espectador II*

El paisaje tiene también su fauna. En uno de los artículos políticos de Ortega, encontramos una curiosa referencia al autillo, ave característica del Guadarrama. Aunque el filósofo la describió para atribuir sarcásticamente sus cualidades al estilo político del ministro conservador Juan de La Cierva, lo cierto es que más allá de la ironía, nos dejó una curiosa estampa zoológica bien conocida por los lugareños:

Hay en las hondonadas del Guadarrama, nuestra Sierra familiar, una especie de mochuelo llamado autillo, que es de todas las alimañas la más temida por labradores y zagales. Este pajarraco no logra ser dañino con su breve pico ni con sus exiguas garras. Quieto sobre una rama de chaparro o en un saliente de roca, aparece de cuando en cuando, fijos los necios ojos que la luz ofende. Mas es fama que su presencia acarrea a quien lo encuentra los más graves sinsabores y desdichas.

No sabemos qué tiene de autillo el señor La Cierva, pero es un hecho que apenas se le ve posarse en algún punto del horizonte político, entra la vida pública en violentas convulsiones, el aire se llena de maleficio, y parece que se respiran ráfagas de Juicio Final. Es un personaje de mal agüero, puesto que no basta a explicar estos efectos de su actuación la modestia de su pico y sus garras personales.

«El ayer y el hoy de las juntas»



Retrato de Ortega con El Escorial al fondo, Valentín de Zubiarre, 1916.

8. El Monasterio de San Lorenzo del Escorial



La gran mole granítica ideada por Felipe II en el momento cúspide del Imperio español fue para Ortega un símbolo de la hispanidad. Un símbolo complejo e inquietante, cuyo significado no se ofrece al espectador con la rotundidad de su piedra. El filósofo observó desde su infancia durante largas horas el Monasterio-palacio desde las faldas serranas de Abantos o desde la «silla» de Felipe II, y paseó innumerables veces por los alrededores del monumento con su sempiterno libro en el bolsillo. De pronto, se detenía y sobre un banco de piedra o sobre un manto de hierba bajo un árbol se ponía a leer. El Monasterio y la Sierra se convertían entonces en el escenario por el que transcurría la trama y los personajes de su imaginación. A veces, ensimismado en la lectura, no prestaba atención a la circunstancia, pero de repente levantaba la vista y el entorno escorialense pasaba a primer plano. Así concluye su «Meditación preliminar» de *Meditaciones del Quijote*:

Tales fueron los pensamientos suscitados por una tarde de primavera en el bosque que ciñe el Monasterio de El Escorial, nuestra gran piedra lírica. Ellos me llevaron a la resolución de escribir estos ensayos sobre el Quijote.

El azul crepuscular había inundado todo el paisaje. Las voces de los pájaros yacían dormidas en sus menudas gargantas. Al alejarme de las aguas que corrían, entré en una zona de absoluto silencio. Y mi corazón salió entonces del fondo de las cosas, como un actor se adelanta en la escena para decir las últimas palabras dramáticas. Paf... paf... Comenzó el rítmico martilleo y por él se filtró en mi ánimo una emoción telúrica. En lo alto, un lucero latía al mismo compás, como si fuera un corazón sideral, hermano gemelo del mío, y como el mío, lleno de asombro y de ternura por lo maravilloso que es el mundo.

Meditaciones del Quijote

Lugares escogidos del Monasterio

El Jardín de los Frailes. En este peculiar rincón del Monasterio leyó Ortega *Castilla* de Azorín: «¡Un libro triste! ¡Un libro bellissimo!», escribe. Como es frecuente en sus ensayos de crítica, el filósofo se deja invadir por los sentimientos que la lectura ha provocado en su interior y al calor de estas sensaciones, ofrece al lector su impresión de la obra. En el caso del libro de Azorín, el filósofo sublima la sencillez literaria del escritor de Yecla al contrastarla con la imponente masa granítica del Monasterio. «La España de Azorín está rendida de cosas bellas que se inclinan hacia la muerte», piensa el meditador del Escorial, y prosigue así:

Mas ahora, con el libro entre las manos, estoy apoyado en el flanco inmortal, colosal, del Monasterio, nuestra gran piedra lírica. Esto es el Jardín de los Frailes, amplísimo rectángulo peraltado sobre el horizonte. En su extremo oriental se alza una torre, y como desde aquí no se ve el suelo próximo, parece la mole ciclópea flotar íntegra en el aire, y la esquina de la torre pulida y tajante, es una inmensa proa hostil que avanza sobre la llanura hacia Madrid como para henchirla, para triturarla, para aniquilarla. Mas dejemos para otra ocasión el comentario de este símbolo berroqueño, que, apostado en una vertiente del Guadarrama, parece recoger los restos de la energía peninsular, como el caudillo espontáneo asume los residuos del ejército vencido que se dispersaban desorientados. Yo espero que un día no lejano los españoles jóvenes harán su peregrinación de El Escorial, y junto al monumento se sentirán solicitados al heroísmo. Aún no

Azorín en su biblioteca, 1941.



debemos perder la esperanza de que haya gentes entre nosotros poseedoras de la voluntad de vivir y dispuestas a ligarse en un haz para dar una postrera embestida a un punto del porvenir, abrir en él un portillo y salvar así la continuidad de la raza.

Quería sólo hacer constar la vacilación en que me ponen, de un lado, este lindo librito, que me convida a irme muriendo; de otro lado, este edificio, que enseña la única receta para vivir: el combate.

«Azorín o primores de lo vulgar», en *El Espectador II*



Vista del monasterio desde la Casita del Infante.

Ortega está leyendo con recogimiento a *Azorín*, y al hacer una pausa para dejar que se recompongan las sensaciones producidas por la lectura benéfica, el autor levanta la vista hacia el horizonte y ve las lagunas de la Granjilla:

Aprovecho este instante de inacción para descansar la vista sobre la ancha espalda de la llanura. Cúbrenla los espacios vagamente amarillos de las dehesas entreverados de manchas oscuras que forman los chaparrales. En medio se abren dos como ojos suaves que miran quietos el firmamento, dos ojos dulces, serenos, de vaca o de mujer. Son las lagunas de la Granjilla que en otoño e invierno llenan de fiebres el paisaje.

«Azorín o primores de lo vulgar», en *El Espectador II*

Otro de los lugares de inspiración orteguiana es el bosque de La Herrería:

El Monasterio de El Escorial se levanta sobre un collado. La ladera meridional de este collado desciende bajo la cobertura

Detalle del
monasterio
de El Escorial.



de un bosque, que es a un tiempo robledo y fresneda. El sitio se llama «La Herrería». La cárdena mole ejemplar del edificio modifica, según la estación, su carácter merced a este manto de espesura tendido a sus plantas, que es en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío. La primavera pasa por aquí rauda, instantánea y excesiva –como una imagen erótica por el alma acerada de un cenobiarca. Los árboles se cubren rápidamente con frondas opulentas de un verde claro y nuevo; el suelo desaparece bajo una hierba de esmeralda que, a su vez, se viste un día con el amarillo de las margaritas, otro con el morado de los cantuesos. Hay lugares de excelente silencio –el cual no es nunca silencio absoluto. Cuando callan por completo las cosas en torno, el vacío de rumor que dejan exige ser ocupado por algo, y entonces oímos el martilleo de nuestro corazón, los latigazos de la sangre en nuestras sienas, el hervor del aire que invade nuestros pulmones y que luego huye afanoso. Todo esto es inquietante, porque tiene una significación demasiado concreta. Cada latido de nuestro corazón parece que va a ser el último. El nuevo latido salvador que llega parece siempre una casualidad y no garantiza el subsecuente. Por esto es preferible un silencio donde suenen sonos puramente decorativos, de referencias inconcretas. Así en este lugar. Hay aguas claras corrientes que van rumoreando a lo largo, y hay dentro de lo verde avecillas que cantan –verderones, jilgueros, oropéndolas y algún sublime ruiseñor.

Una de estas tardes de la fugaz primavera, salieron a mi encuentro en «La Herrería» estos pensamientos.

Meditaciones del Quijote



El monasterio de El Escorial desde el bosque de La Herrería.

El Monasterio como metáfora

El magnífico Monasterio representó para Ortega una metáfora que nos habla de una supuesta alma colectiva del pueblo español. En diversos lugares de su obra encontramos referencias al monumento con las que el filósofo trata de sublimar para el lector el significado que encierra cada centímetro de su granito. En el siguiente pasaje, Ortega describe la edificación del santuario como otra consecuencia del esfuerzo quijotesco que inspira las grandes creaciones españolas:

¿A quién dedicó Felipe II esta enorme profesión de fe, que es, después de San Pedro, en Roma, el credo que pesa más sobre la tierra europea? La carta de fundación pone en boca del Rey: «El cual Monasterio fundamos a dedicación y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devoción que, como dicho es, tenemos a ese glorioso santo, y en memoria de la merced y victoria que en el día de su festividad de Dios comenzamos a recibir». [...] Todos los templos se erigen, claro está, para la mayor gloria de Dios; pero Dios es una idea general, y ningún templo verdadero se ha elevado jamás a una idea general. [...]

El Dios de Felipe II, o, lo que es lo mismo, su ideal, tiene en el Monasterio un comentario voluminoso. ¿Qué expresa la masa enorme de este edificio? Si todo monumento es un esfuerzo consagrado a la expresión de un ideal, ¿qué ideal se afirma y hieratiza en este fastuoso sacrificio de esfuerzo? [...]

¿A quién va dedicado —decíamos— este fastuoso sacrificio de esfuerzo? Si damos vueltas en torno a las larguísimas fachadas de San Lorenzo, habremos realizado un paseo higiénico de algunos kilómetros, se nos habrá despertado un buen apetito; pero, ¡ay!, la arquitectura no habrá hecho descender sobre nosotros ninguna fórmula que trascienda de la piedra. El Monasterio del Escorial es un esfuerzo sin nombre, sin dedicatoria, sin trascendencia. Es un esfuerzo enorme que se refleja sobre sí mismo, desdeñando todo lo que fuera de él pueda haber. Satánicamente, este esfuerzo se adora y canta a sí propio. Es un esfuerzo consagrado al esfuerzo. [...]

En este monumento de nuestros mayores se muestra petrificada un alma toda voluntad, todo esfuerzo, mas exenta de ideas y de sensibilidad. Esta arquitectura es toda querer, ansia, ímpetu. Mejor que en parte alguna aprendemos aquí cuál es la sustancia española, cuál es el manantial subterráneo de donde ha salido borboteando la historia del pueblo más anormal de Europa. Carlos V, Felipe II han oído a su pueblo en confesión, y éste les ha dicho en un delirio de franqueza: «Nosotros no entendemos claramente esas preocupaciones a cuyo servicio y fomento se dedican otras razas; no queremos ser sabios, ni ser íntimamente religiosos; no queremos ser justos, y menos que nada nos pide el corazón prudencia. Sólo queremos ser grandes». [...]

Somos en la historia un estallido de voluntad ciega, difusa, brutal. La mole adusta de San Lorenzo expresa acaso nuestra penuria de ideas, pero, a la vez, nuestra exuberancia de ímpetus. Parodiando la obra del doctor Palacios Rubios, podríamos definirlo como un tratado del esfuerzo puro.

«Meditación del Escorial», en *El Espectador VI*

El Monasterio como símbolo fue para Ortega una meditación constante. Aquí lo vemos ante el *San Mauricio*, de *El Greco*:

Si queremos hallar dentro del monasterio algo digno de este furioso viento que barre la Lonja y sacude los árboles, tenemos que penetrar en las salas Capitulares y detenernos ante el *San Mauricio* del Greco. [...]

La escena que representa es de las más exaltadas que refiere la leyenda áurea. La legión tebana, compuesta de 6.666 soldados, se niega a reconocer los dioses paganos. El emperador ordena entonces que sea diezmada. Cumplida la sentencia decenal, segadas las juveniles gargantas, cargado el aire con la acritud de la sangre que humea, Mauricio reúne a sus legionarios y les dice estas sencillas palabras: «Os felicito al veros prestos a morir por Cristo –sigamos a nuestros compañeros en el martirio».

Este momento, la vibración esencial de estas palabras, constituyen el tema del Greco. Es un grupo de hombres ensimismados, y, sin embargo, en profunda conversación y comunicación. Parece que ha descendido cada cual al fondo de sí mismo y ha encontrado allí a los demás. Forman un grupo de conspiradores: conspiran su propia desaparición. Yo llamo a este cuadro la «invitación a la muerte», y en la mano de San Mauricio, que vibra persuasiva, en tanto que sus palabras convencen a sus amigos de que deben morir, encuentro resumido todo un tratado de ética. Esa mano y la mano de nuestro Don Juan, poniendo su vida a una carta bajo la luz de un candil en algún garito ominoso, tienen secreta afinidad, que bien merecía ser meditada.

«Muerte y resurrección», en *El Espectador II*



*El martirio
de San Mauricio*
(El Greco, 1580).



Ortega junto a Sil, el perro de Rosa Spottorno en La Colonia, finca de Ramón Topete, abuelo de Rosa, en Canillejas, hoy calle de Alcalá, 1908.

9. La provincia



La provincia de Madrid conformaba para Ortega y su generación un lienzo de lugares en que desarrollar una pedagogía del paisaje en la tradición noventayochista, cuyo origen se sitúa en el renovador magisterio del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza. Ortega, gran lector de literatura de viajes, cultivó siempre esta atención al paisaje, y recorrió Madrid y toda España en innumerables excursiones. Su discípulo José Gaos ha narrado cómo el maestro lo llevaba muchas tardes en su automóvil a las afueras de Madrid para conversar con la cresta del Guadarrama al fondo. También era frecuente, como ha contado otra discípula suya, María Zambrano, que se encaminasen hacia Vicálvaro para ver el comienzo de la planicie castellana que rodea la ciudad.

La provincia, por tanto, era para Ortega un ámbito complementario al Madrid de las tertulias, de las disputas periodísticas y del ruido de la política. La presencia del paisaje de la provincia tiene, además, una dimensión de fondo intencional que se incorpora como un elemento significativo a la argumentación que enmarca. Son muchos los lugares impresos en el recuerdo orteguiano que han quedado reflejados en sus páginas:

El contorno de la capital

Canillejas, Aravaca, Vicálvaro:

Todo aquello sobre la opinión pública que algún lector habrá leído lo dijo Rubén de Cendoya, paseando con un amigo por los altos del Hipódromo. El místico español es madrileño y ama aquellos campos del alto Madrid que se encorvan como una espalda hacia Canillejas, sin árboles ni otra amenidad, grísidos, pedregosos, con fisonomía de aceldamas, campos compradas por



Ortega con Victoria Ocampo y Tota Atucha, condesa de Cuevas de Vera, en el Castillo de Manzanares el Real, Madrid, 1925.

mirar quietamente al sol, que flotaba en el ocaso, habló de esta manera:

No se haga usted ilusiones [...]

Y luego añadió Rubín de Cendoya, místico español: otro día seguiremos. Ahora vamos a casa. El sol se ha caído en el Manzanares, río paterno, y está transfigurando en un incendio, con oro, rubíes y granates, esta parte del mundo que solemos llamar Aravaca. Como Calderón levanta a Segismundo en un sueño hasta la realeza, esta hora generosa da a nuestra humilde Aravaca un momento de esplendor. ¡Bendito sea este fuego sublime; bendita sea esta atmosférica liberalidad que no tenemos que pagar los contribuyentes!

«Restauración»

Va para cincuenta años que un día, camino de Vicálvaro, en el paisaje desolado, decía con tristeza don Julián Sanz del Río a don Francisco Giner, que era entonces un mozalbete: «yo no soy más que un ser pensante». Mas al decirlo con tristeza demostraba ya que era un error lo que decía.

Sistema de la psicología

Fue costumbre de Ortega visitar con amigos o con sus alumnos los monumentos históricos de los pueblos que rodean a la capital. Muchas de estas excursiones no han quedado reflejadas en sus textos pero sí en el álbum fotográfico que se conserva en su archivo: Nuevo Baztán, Boadilla, Manzanares el Real, Chinchón... Por otro lado, varios lugares de la

provincia aparecen en la obra orteguiana vinculados a hechos históricos, como Alcalá de Henares:

En 1522 muere Antonio de Nebrija y le es ofrecida su cátedra de latinidad en Alcalá. Vives es en esta época el primer latinista del mundo.

«Juan Luis Vives (1492-1540)»

O Aranjuez:

Las juntas provinciales enviaron a Aranjuez en 1808 sendas parejas de entre sus miembros, con las cuales se reunió en 23 de septiembre una junta central suprema, presidida por el conde de Floridablanca. Jovellanos, que formaba parte de ella, hombre de infinita discreción, de alma limpia, donde las cosas se reflejaban con toda su pureza, pide el primero que se reúnan las Cortes. Era esta demanda el clamor de aquel pueblo espontáneo que combatía reducido a una vida pululante y cumplía así sus dos misiones esenciales y únicas: sustentar la independencia corporal de la raza y aspirar a ser nación. Él, por sí mismo, no es nación y es incapaz de vivir vida histórica.

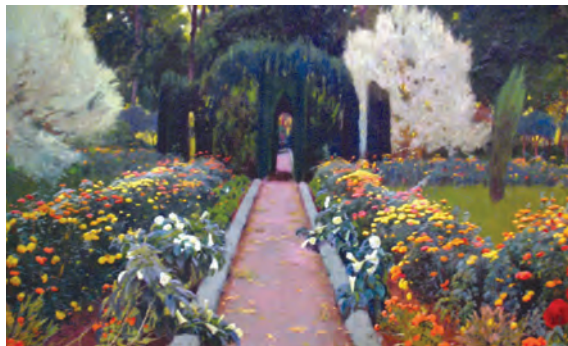
«Las Cortes de Cádiz»

Hacia el campo de Ontígola

Precisamente en Aranjuez, un grupo de intelectuales, entre quienes se contaba Ortega, organizó un acto de homenaje a *Azorín* en 1913, como desagravio por no haber sido elegido miembro de la Real

Excursión en 1932 a Nuevo Baztán, cuyo palacio es obra de José Benito de Churriguera.





Jardín de Aranjuez
(Santiago Rusiñol,
1908).

Academia Española. Se reunieron en los jardines del palacio de Aranjuez, que representaban para los reunidos el romanticismo de la prosa azoriniana:

Recoja usted este aplauso que encierra el sentido más inmediato y claro de nuestro homenaje. Va dirigido a su musa, musa mediatunda, recatada, que difunde blandos aromas sin que se sepa dónde los da, y por esto, en la selva literaria viene a representar la violeta.

Como otro año, según usted nos ha referido, los Sanchos de Crip-tana le tomaron en volandas y le condujeron a un lugar de la Mancha, le traemos hoy a este sitio de románticas emanaciones, en alusión al carácter de su poesía, que enlaza el clasicismo español con las inquietudes del año 1913. Es usted, después de Galdós, quien ha dirigido una mirada más afectuosa a esos años del siglo XIX, humildes por su resultado, pero sembrados de fervor y sacudidos por un fuerte dinamismo. Viniendo a un lugar como éste, nos parece penetrar en una de las páginas que usted ha compuesto, tejidas con reminiscencias y temblores sentimentales. [...]

Vayamos, pues, no en contra de la adusta dama Academia, sino en pro de *Azorín*. Sin proceder al motín, querido Castrovido, vamos a ver cómo recurrimos de la Academia distraída a la Academia atenta, o —como es uso en la corte vaticana— de la Academia mal informada a la Academia con mejores informes. [...]

Y cuando no lográramos nada, nos cabría el placer de haber estado en Aranjuez con *Azorín*, escritor romántico, viendo cómo en

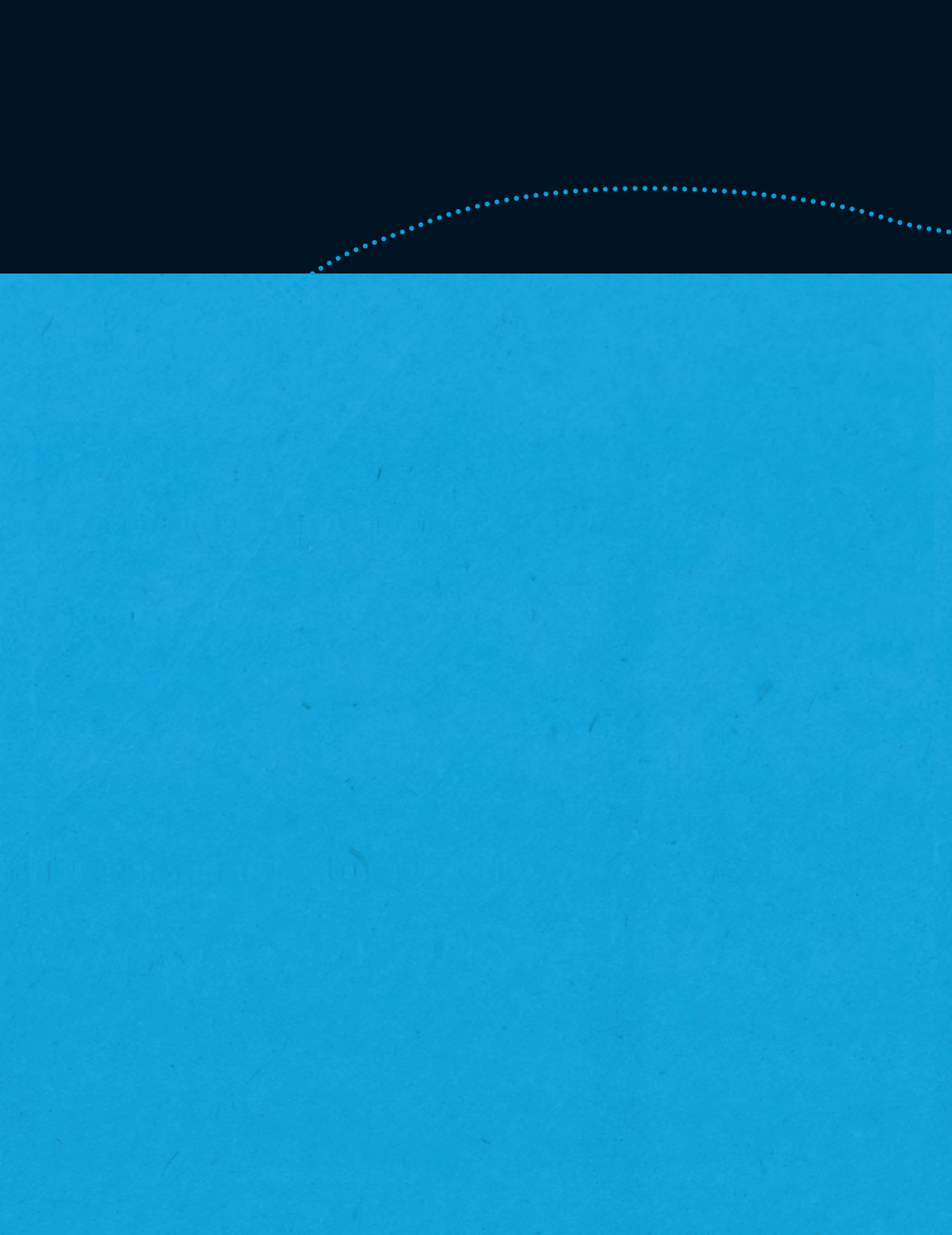
un día de otoño, alanceados por el sol, se convierten los árboles de los jardines en altas llamaradas de oro.

«Fiesta de Aranjuez en honor de *Azorín*»

Precisamente *Azorín* había enriquecido la mirada orteguiana a las tierras castellanas con su literatura miniada e intelectualmente sensorial. El influjo noventayochista de la mirada y sentido del paisaje castellano, al que se abre la provincia de Madrid más allá de sus límites, quedó reflejado con especial belleza en unas soberbias páginas coetáneas de esa atención de Ortega por *Azorín*, en las que el filósofo se revela él mismo un extraordinario pintor de paisajes:

El aire de la meseta, seco y esencial, toca una vez y otra con sus dedos sutiles de hipnotizador las pobres fibras de nuestros nervios y las va poniendo tersas, tirantes, vibrantes como cuerdas de arpa, como trenzas de ballesta, como jarcias de nave atormentada. Cualquiera cosa, la más leve, nos hace temblar de los pies a la cabeza. El castellano queda de esta suerte convertido en un aparato peligroso: para él, vivir es dispararse. Acaso sea injusto pedirnos otra cosa que obras excesivas y actos de exaltación para la mayor gloria de Dios, el dios terrible de Castilla, se entiende, que pasa en agosto a horcajadas sobre el sol, recorriendo sus dominios. Bajo sus atroces miradas de déspota los caminos se pulverizan, las hojas en el soto se abarquillan y ahogan, las riberas se evaporan y las almas se consumen en unos furiosos ardores. Dicen algunos que merced a eso tenemos los castellanos cierta gloriosa propensión al heroísmo.

«De Madrid a Asturias o los dos paisajes», en *El Espectador III*



Rutas orteguianas

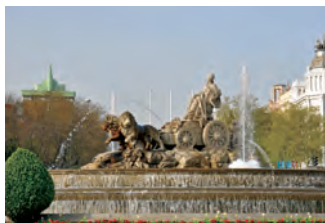


Ortega en Aravaca.

1 | GEOMETRÍA SENTIMENTAL | 1. Calle de Alfonso XII 2. Parque del Retiro 3. Puerta de Alcalá 4. Calle de Alcalá 5. Plaza de Cibeles 6. Paseo del Prado 7. Glorieta del Emperador Carlos V 8. Calle de Atocha 9. Plaza de Santa Ana 10. Plaza Mayor 11. Plaza de las Descalzas y 12. Paseo del pintor Rosales.

1 Empezamos la ruta en la **calle de Alfonso XII** número 4, frente al parque del Retiro. Allí encontramos una placa conmemorativa que reza: «El pueblo de Madrid al gran filósofo español José Ortega y Gasset que nació en esta casa el 9 de mayo de 1883». Antes de adentrarnos por las calles de Madrid, podemos estirar nuestras piernas por el **Retiro** e imaginarnos a don José contemplando los monos de la antigua Casa de Fieras.

Al salir del Retiro, atravesamos la **Puerta de Alcalá** y descendemos por la calle del mismo nombre hacia la **plaza de Cibeles**. Desde Cibeles, giramos a la izquierda y bajamos por



6 el **paseo del Prado**. Fueron éstos, lugares de encuentro para Ortega, que coincidía aquí con amigos como Azorín y Baroja. Nuestro paseo por el antiguo prado, nos lleva a la **glorieta del Emperador Carlos V**, en cuyas



proximidades estaba la Feria de Libros; hoy todavía podemos comprar algunos ejemplares de viejo en las librerías de lance de la **cuesta de Claudio Moyano**.

Torecemos a la derecha y subimos por la calle de **Atocha**, donde se encontraba uno de los colegios en el que Ortega comenzó a dar clases. Cuando alcancemos la calle **Núñez de Arce**, en la esquina de la Iglesia de San Sebastián, giraremos a la derecha



9

hasta la **plaza de Santa Ana**.

Desde allí, callejeando, volvemos a la calle de Atocha y seguimos hasta la



Plaza Mayor, a ver si encontramos al charlatán del que nos habla el filósofo. Salimos de la Plaza Mayor hacia la **Calle Mayor** por cualquiera de las bocas orientadas al Norte. Por la calle de **Coloreros**, alcanzamos el **pasadizo de San Ginés**, de tan rico sabor al Madrid de los Austrias, que nos lleva a la calle del **Arenal**.

Descendemos un poco hacia la izquierda y por la calle de **San Martín** llegamos a la plaza del mismo nombre; a la derecha veremos la **plaza de las Descalzas**, con el convento al frente. Aquí estaba el otro colegio donde Ortega empezó a ganar sus primeros duros, que gastaba en la librería Gutenberg. Desde la plaza de las Descalzas, callejeando hacia el río, llegaremos a la **calle de Bailén**, más

10



o menos frente al Palacio Real. Tomamos Bailén hacia la derecha, dejamos los **Jardines de Sabatini** a la izquierda y alcanzamos la **calle de Ferraz** por encima de la cuesta de San Vicente, y caminando, ya cansados,

11

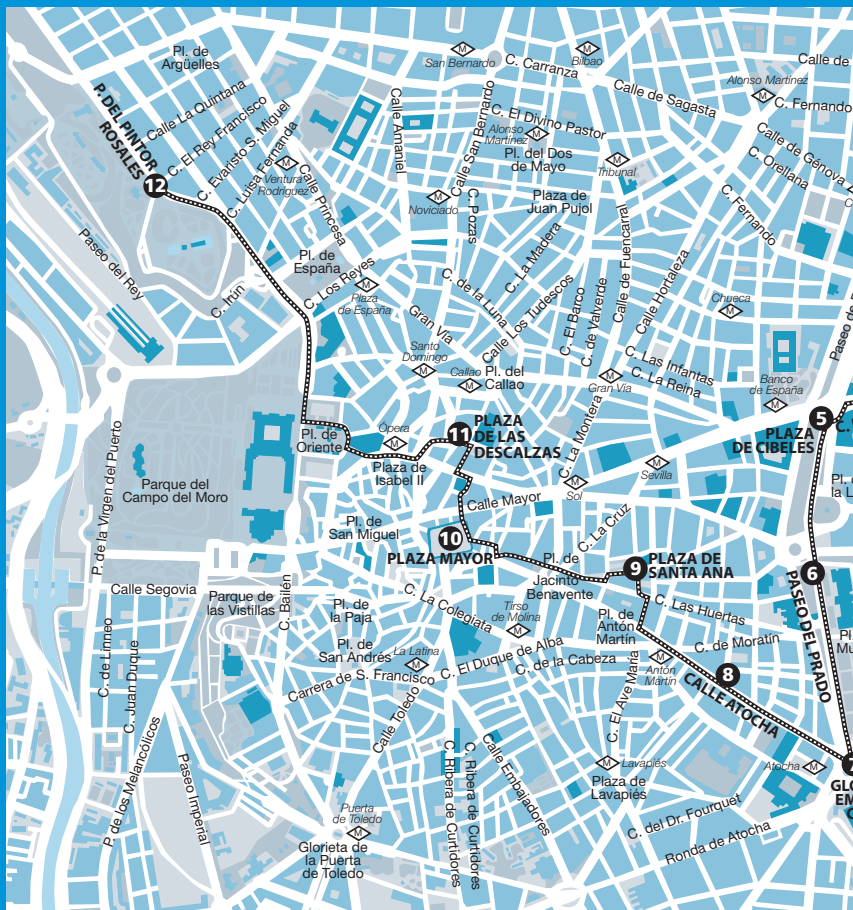


quizá al llegar la tarde, giramos a la izquierda para ver el sol ponerse por detrás del Guadarrama desde el **paseo del pintor Rosales**, tan frecuentado por Ortega para dar rienda suelta a sus pensamientos y a sus sensaciones.

12

Guía práctica | RUTA 1 | GEOMETRÍA SENTIMENTAL

1. Calle de Alfonso XII 2. Parque del Retiro 3. Puerta de Alcalá 4. Calle de Alcalá 5. Plaza de Cibeles 6. Paseo del Prado 7. Glorieta del Emperador Carlos V 8. Calle de Atocha 9. Plaza de Santa Ana 10. Plaza Mayor 11. Plaza de las Descalzas y 12. Paseo del pintor Rosales.





Agenda

> Parque de El Retiro

Calle Alfonso XII c/v Plaza de la Independencia c/v Menéndez Pelayo
 ☎ 915 744 024 (Taquillas embarcadero);
 915 280 938 (Vivero de Estufas, visitas guiadas previa cita); 911 273 988 (Puntos de información ambiental)
 Invierno: de 6:00 a 22:00 h.
 Verano: de 6:00 a 24:00 h.
 La fecha del cambio de horario coincide con el cambio de la hora oficial en España

> Centro de Turismo de Madrid

Plaza Mayor, 27
 ☎ 915 881 636 (información turística);
 915 882 906 (programa Descubre Madrid)
 Lunes a domingo, de 9:30 a 20:30 h.

> Monasterio de las Descalzas Reales

Plaza de las Descalzas, 3
 ☎ 914 548 800
 Martes, miércoles, jueves y sábado,
 de 10:30 a 12:45 y de 16 a 17:45 h.
 Viernes de 10:30 a 12:45 h.
 Domingos y festivos de 11:00 a 13:45 h.

> Jardines de Sabatini

Calle Bailén c/v Cuesta de San Vicente
 Invierno (oct-abr): de 9:00 a 21:00 h.
 Verano (may-sep): de 9:00 a 22:00 h.

2 | EL MADRID POLÍTICO | 1. Palacio Real 2. Senado 3. Real Casa de Correos (antiguo Ministerio de Gobernación) en la Puerta del Sol 4. Congreso de los Diputados 5. Hotel Palace 6. Hotel Ritz



1

Nos situamos en la fachada del Palacio Real que da a la **plaza de Oriente**. Antes de emprender camino, podemos deleitarnos por las estancias de Palacio e imaginar cómo era la corte de Alfonso XIII, sobre todo en los días de crisis de Gobierno, cuando los políticos

acudían a consultas con el rey. Una vez fuera de Palacio, giramos a la izquierda por la **calle de Bailén** hasta alcanzar la **plaza de la Marina Española**, que preside el palacio del Senado, una de las instituciones más representativas de lo que Ortega llamaba la «vieja política». En su interior podemos ver sus instalaciones y disfrutar de una buena colección de pinturas.

Volviendo sobre nuestros pasos, aprovechamos para callejear por calles de sabor antiguo como la de la Encarnación y la de Arrieta, que nos llevarán a la **plaza de Isabel II**,



2



3

desde donde tomaremos la calle del Arenal hacia la **Puerta del Sol**. Aquí, en el edificio del reloj, hoy sede de la presidencia de la Comunidad de Madrid, se encontraba el Ministerio de Gobernación —construido en el siglo XVIII como Real Casa de Correos—, centro neurálgico de la España caciquil y punto de encuentro del sentir



4

republicano el 14 de abril de 1931. Abandonamos la Puerta del Sol por la **carrera de San Jerónimo** hasta llegar al Congreso de los Diputados, donde con imaginación podemos oír resonar los ecos de los discursos de Maura o de Canalejas, o del propio Ortega que se sentó en sus bancos en las Cortes Constituyentes republicanas. Enfrente del Congreso, un poco más abajo, está el Hotel Palace, y más abajo todavía, atravesando la **plaza de Cánovas del Castillo** —o Neptuno, como es más conocida— encontramos el Hotel Ritz, ambos puntos de celebración de los banquetes políticos de la época.

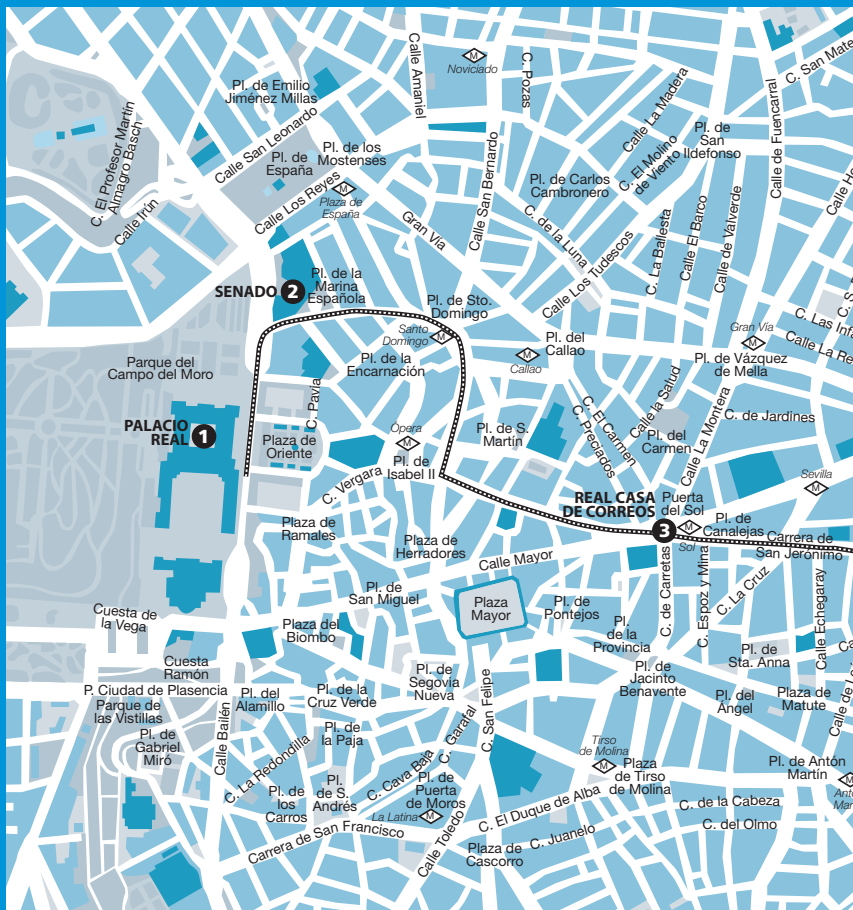
6

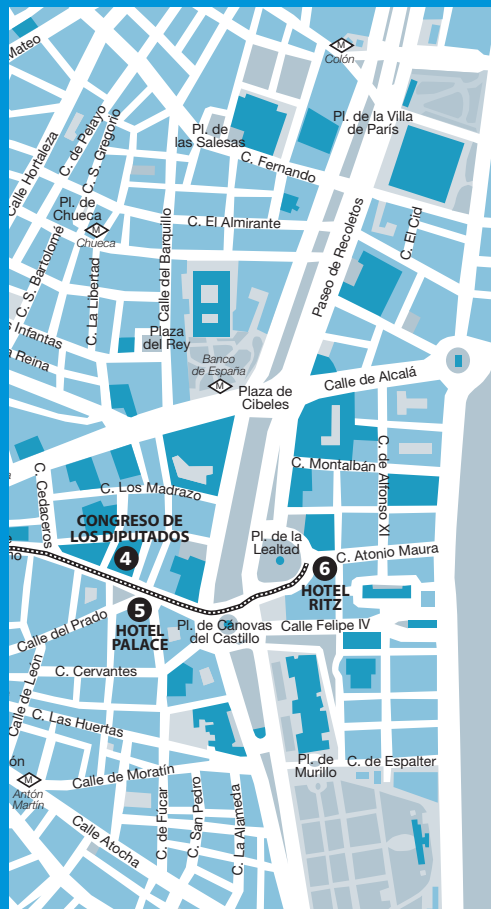


5

Guía práctica | RUTA 2 | EL MADRID POLÍTICO

1. Palacio Real 2. Senado 3. Real Casa de Correos (antiguo Ministerio de Gobernación) en la Puerta del Sol 4. Congreso de los Diputados 5. Hotel Palace 6. Hotel Ritz





Agenda

> Palacio Real

Calle Bailén

☎ 914 548 800

Invierno (oct-mar): lunes a sábado de 9:30 a 17:00 y festivos de 9:00 a 14:00 h.

Verano (abr-sep): lunes a sábado de 9:00 a 18:00 y festivos de 9:00 a 15:00 h.

> Palacio del Senado

Plaza de la Marina Española, 8

☎ 915 381 375 / 938

Sólo visitas guiadas, la inscripción se realizará por escrito en visitas@senado.es
Semanas sin sesión plenaria: lunes a viernes de 9:00 a 14:00 y de 16:00 a 18:00 h.

Semanas con sesión plenaria: lunes y viernes de 9:00 a 14:00 y de 16:00 a 18:00 h y martes de 9:00 a 14:00 h.
Sábados de 9:00 a 14:00 h.

> Congreso de los Diputados

Carrera de San Jerónimo

☎ 913 906 525

Visitas todos los sábados por la mañana, excepto en el mes de agosto, en jornadas con actos institucionales y en los días festivos. La visita es gratuita y no se reserva. Acceso por la verja de la Carrera de San Jerónimo cada media hora y en número no superior a cincuenta personas, de 10:30 a 12:30 h. DNI obligatorio.

3 | EL MADRID CULTURAL | 1. Ateneo de Madrid 2. Museo del Prado 3. Biblioteca Nacional 4. Residencia de Estudiantes 5. Residencia de Señoritas 6. Institución Libre de Enseñanza 7. Casa del Libro y sede de la *Revista de Occidente* en la Gran Vía 8. Antiguo edificio de la Universidad Central en la calle de San Bernardo 9. Facultad de Filosofía y Letras en el campus de la Moncloa

1 Iniciamos nuestra ruta en el Ateneo de Madrid. Merece la pena echar un vistazo a su preciosa biblioteca, que tanto frecuentó aquel joven ateneísta que era Ortega a principios del siglo XX, al salón de actos y a la Cacharrería, centro de interminables tertulias. Por la calle del Prado descendemos callejeando hacia la derecha hasta el paseo del Prado, donde podremos deleitarnos varias horas en su famoso Museo.



A la salida, atravesaremos Cibeles y continuaremos por el **paseo de Recoletos** hasta la plaza de Colón. Poco antes de llegar allí, nos

3 detendremos en el edificio de la Biblioteca Nacional, construida a finales del siglo XIX. Castellana arriba, a la izquierda, llegamos a la **calle de Rafael Calvo**, donde estuvieron los primeros edificios de la Residencia de Estudiantes, hoy desaparecidos. Descendemos nuevamente hasta la Castellana y la subimos hasta alcanzar el Museo de Ciencias Naturales; detrás de él, en lo alto de la llamada por Juan Ramón Jiménez **colina de los Chopos**,



están los edificios a los que se trasladó la Residencia de Estudiantes en 1915. Castellana abajo nuevamente, llegaremos al paseo del General **4**



Martínez Campos. En la esquina con **la calle de Fortuny**, número 53, todavía podemos saborear algo de aquel espíritu institucionista en la sede de la Fundación José Ortega y Gasset, que fue en su día la de la Residencia de Señoritas, donde Ortega pronunció numerosas conferencias.

A la espalda del edificio de la Fundación, en el nº 8 de la **calle de Miguel**

Ángel, está el Instituto Internacional, que compartió instalaciones con la Residencia de Señoritas y con el Instituto-Escuela. Desde allí podemos subir por el **paseo del General Martínez Campos** hasta los edificios de la Institución Libre de Enseñanza, donde Ortega visitaba a Francisco Giner de los Ríos, poco antes de llegar a la **glorieta del Pintor Sorolla**, cuyo museo está en la misma calle.

El paseo ha sido muy largo y quizá el día se nos ha echado encima. A la mañana siguiente podemos empezar



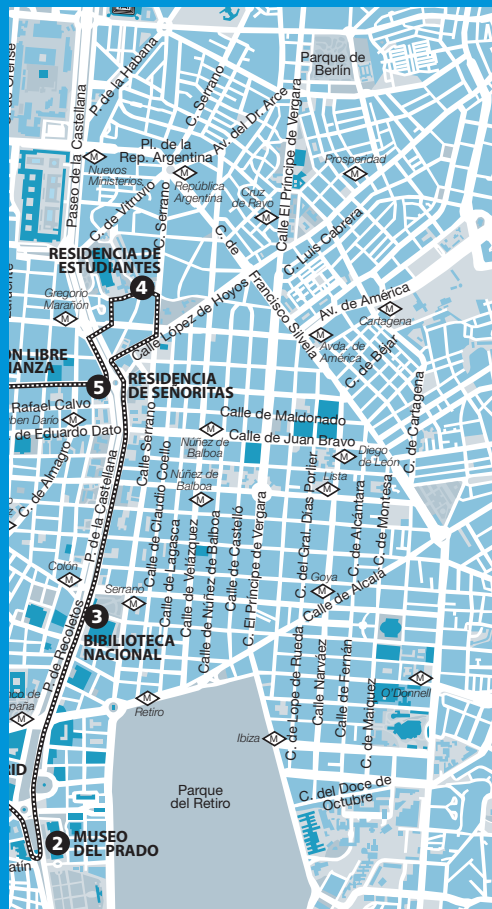
en la **Gran Vía**, símbolo de la modernidad urbanística del Madrid de principios del siglo XX. En el conocido entonces como segundo tramo, entre la Red de San Luis y la plaza de Callao, se encuentra todavía la Casa del Libro, cuyo proyecto tanto entusiasmó a Ortega como consejero de Espasa-Calpe. Cerca de allí se encontraba la sede de la *Revista de Occidente*.

Gran Vía adelante llegamos a la **calle de San Bernardo** y por ella alcanzaremos el viejo noviciado de los jesuitas, reconvertido a mediados del siglo XIX en Universidad Central, en cuyas instalaciones Ortega dio clases desde 1910 hasta que, ya en los años de la República, la Facultad de Filosofía y Letras se trasladó al **campus de la Moncloa**, última etapa de nuestro recorrido.

Guía práctica | RUTA 3 | EL MADRID CULTURAL

1. Ateneo de Madrid
2. Museo del Prado
3. Biblioteca Nacional
4. Residencia de Estudiantes
5. Residencia de Señoritas
6. Institución Libre de Enseñanza
7. Casa del Libro y sede de la *Revista de Occidente* en la Gran Vía
8. Antiguo edificio de la Universidad Central en la calle de San Bernardo
9. Facultad de Filosofía y Letras en el campus de la Mondloa





Agenda

> Ateneo de Madrid

Calle Prado, 21
 ☎ 914 296 251; 914 291 750
 Lunes a sábado de 9:00 a 00:45 h
 Domingos y festivos de 9:00 a 21:45 h

> Museo del Prado

Paseo del Prado, 11
 ☎ 913 302 800, 913 302 900
 Martes a domingo de 9:00 a 20:00 h.

> Biblioteca Nacional

Paseo de Recoletos, 20
 ☎ 915 807 800 (general); 915 807 759 (museo)
 Lunes a viernes de 9:00 a 21:00 y sábados de 9:00 a 14:00 h.
 Museo: martes a sábado de 10:00 a 21:00;
 domingos y festivos de 10:00 a 14:00 h.

> Fundación Ortega y Gasset

Calle Fortuny, 53
 ☎ 917 004 100
 Lunes a viernes de 10:00 a 19:00 h.

> Residencia de Estudiantes

Calle Pinar, 21
 ☎ 915 636 411
 Sala de exposiciones: lunes a sábado de 11:00 a 20:00; domingos y festivos de 11:00 a 15:00 h.

4 | LA SIERRA DEL GUADARRAMA | 1. Paseo del pintor Rosales 2. Río Manzanares 3. Aravaca 4. Boadilla 5. El Escorial 6. Monasterio de San Lorenzo del Escorial 7. La raya de la Sierra del Guadarrama entre Madrid y Segovia (puerto del León y puerto de Navacerrada) 8. Manzanares el Real 9. Colmenar Viejo 10. Soto de Viñuelas 11. Chamartín

1

Desde el **paseo del pintor Rosales** vemos una impresionante vista de la Casa de Campo con la Sierra del Guadarrama al fondo. Ésta es nuestra meta. Bajamos por el **parque del Oeste** para atravesar el río



2

Manzanares por la zona del puente de los Franceses, y cogemos la **carretera de Castilla**, hasta Aravaca, en los años de Ortega un pequeño pueblecito en los altos de la cuesta de las Perdices que frecuentó para estar más cerca de los aires serranos. Podemos desviarnos un poco a la izquierda e ir hacia el Escorial por Boadilla, donde podemos contemplar el **palacio del infante Don Luis**, y seguir por Brunete, Villanueva de la Cañada y Valdemorillo, o ir más directamente por la carretera de La Coruña hasta Las Rozas y allí coger la carretera de El Escorial.

3

4

5





Si vamos por la primera de las rutas, antes de llegar, nos desviamos hacia el puerto de la Cruz Verde y a la derecha subimos a la **Silla de Felipe II**, que nos ofrece una bella panorámica del Monasterio y del bosque de La



Herrería, donde sitúa el filósofo algunos de los pensamientos de sus *Meditaciones del Quijote*. Descendemos hasta San Lorenzo y



7

visitamos el Monasterio. Al acabar la visita, subimos al **monte Abantos** y por la raya de Segovia nos encaminamos al alto del León y luego, descendiendo primero a Guadarrama, hasta el **puerto de Navacerrada**.

Son estas cumbres lugares que Ortega frecuentó y que inspiraron muchos de sus pensamientos, como aquella pedagogía del paisaje de tan claras reminiscencias a Francisco Giner de los Ríos y a la Institución Libre de Enseñanza.

Podemos regresar a Madrid por Manzanares el Real –donde visitaremos el coqueto castillo de los Mendoza–, Colmenar Viejo, el soto de

8

9

10

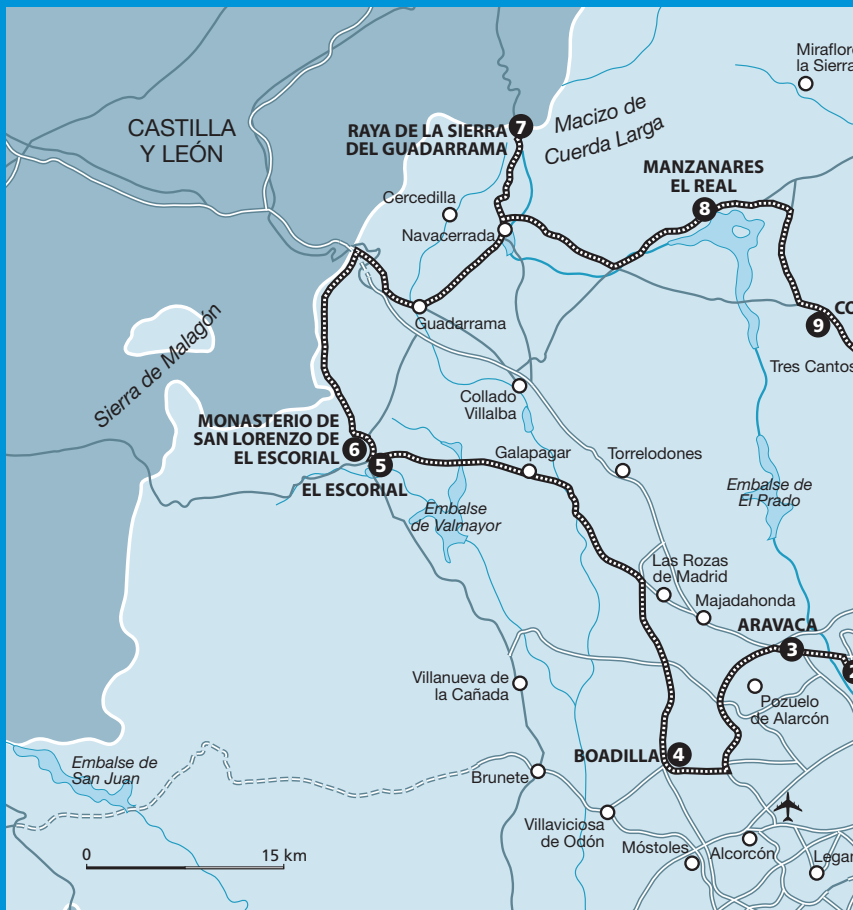


Viñuelas, y entrar a la capital por **Chamartín**, que en la época de Ortega era un gran descampado conocido como Chamartín de la Rosa.

11

Guía práctica | RUTA 4 | LA SIERRA DEL GUADARRAMA

1. Paseo del pintor Rosales 2. Río Manzanares 3. Aravaca 4. Boadilla 5. El Escorial 6. Monasterio de San Lorenzo del Escorial 7. La raya de la Sierra del Guadarrama entre Madrid y Segovia (puerto del León y puerto de Navacerrada) 8. Manzanares el Real 9. Colmenar Viejo 10. Soto de Viñuelas 11. Chamartín





Agenda

> Oficina de Turismo de San Lorenzo del Escorial

Calle Grimaldi, 4 ☎ 918 905 313
 Martes a sábado de 10:00 a 14:00
 y de 15:00 a 18:00 h.
 Domingos y festivos de 10:00 a 14:00 h.

> Real Monasterio del Escorial

Avenida Juan de Borbón, 1
 ☎ 918 905 902/3
 Invierno (oct-mar): martes a domingo
 de 10:00 a 17:00 h.
 Verano (abr-sep): martes a domingo
 de 10:00 a 18:00 h.

> Oficina de Turismo de Manzanares el Real

Calle del Cura, s/n (Junto a la estación
 de autobuses) ☎ 639 179 602
 Lunes a viernes de 11:00 a 14:00 h.
 Sábados y domingos de 10:00 a 14:00 h.

> Castillo de los Mendoza

Calle del Castillo s/n. Manzanares el Real.
 ☎ 918 528 685
 Visitas sábados y domingos a las 12:30
 y 13:30 h.

> Oficina de Turismo de Colmenar Viejo

Plaza Eulogio Carrasco, 1
 ☎ 918 453 136
 Lunes a viernes de 08:00 a 15:00 h.

5 | HACIA EL CAMPO DE ONTÍGOLA | 1. Canillejas 2. Vicálvaro 3. Alcalá de Henares
4. Nuevo Baztán 5. Chinchón 6. Aranjuez

1

Canillejas era en los tiempos de Ortega un pueblo en los alrededores de Madrid, donde la familia de su mujer tenía una pequeña villa que Ortega frecuentó. Podemos salir hacia Canillejas desde la **Puerta de Alcalá** por la calle del mismo nombre. Al llegar a Ventas, veremos la Plaza de Toros, que no es la que frecuentó



Ortega, pues se construyó a finales de la década de 1920, cuando don José iba ya poco a las corridas. El lugar que ocupó la antigua plaza, ya desaparecida, lo hemos dejamos poco antes a la derecha donde hoy está el Palacio de Deportes. Seguimos por la **calle de Alcalá** y al salir de Madrid, aunque hoy ya hay

2

prácticamente continuidad de casas, nos desviamos a la derecha hacia **Vicálvaro**, que era entonces un pequeño pueblecito rodeado de campo al que Ortega se acercaba con sus alumnos, como ha recordado María Zambrano, para hablarles de la tierra castellana.

Desde Vicálvaro podemos atravesar **Coslada** y llegar nuevamente a la carretera de Alcalá, que nos llevará, como su nombre indica, a **Alcalá de Henares**, donde podemos visitar, entre otros monumentos, su Universidad y la Casa de Cervantes. Salimos de Alcalá por el **monte del Gurugú** y por carreteras en no muy buen estado llegamos a **Nuevo**

3





4

Baztán, un pueblo industrial dieciochesco, ideado por Juan de Goyeneche, en el que podremos apreciar el magnífico palacio diseñado



por el reconocido arquitecto José Benito de Churriguera. Para Ortega, Nuevo Baztán era un símbolo del racionalismo ilustrado y queda constancia de alguna excursión allí con sus alumnos.

Abandonamos las ruinas de este bello pueblo hacia la vega del Tajuña. Al llegar a Carabaña, subimos a **Villarejo de Salvanes**, donde podemos contemplar la torre del Homenaje del castillo de la Encomienda.

De allí nos encaminaremos a **Chinchón**, que tanto sabor goyesco tenía para Ortega. Goya pasó aquí algunas temporadas con la condesa de Chinchón, y algún cuadro suyo puede

5



contemplarse en la Iglesia Mayor, aunque sin duda lo más llamativo de esta villa es su preciosa plaza porticada.

Desde Chinchón, por la Vega del Tajo, ahora ya sí hacia el **Campo de Ontigola**, su otra salida natural hacia el universo, junto a los puertos del Guadarrama, que dice Ortega en *Meditaciones del Quijote*, llegamos a **Aranjuez**. En los jardines de Palacio,



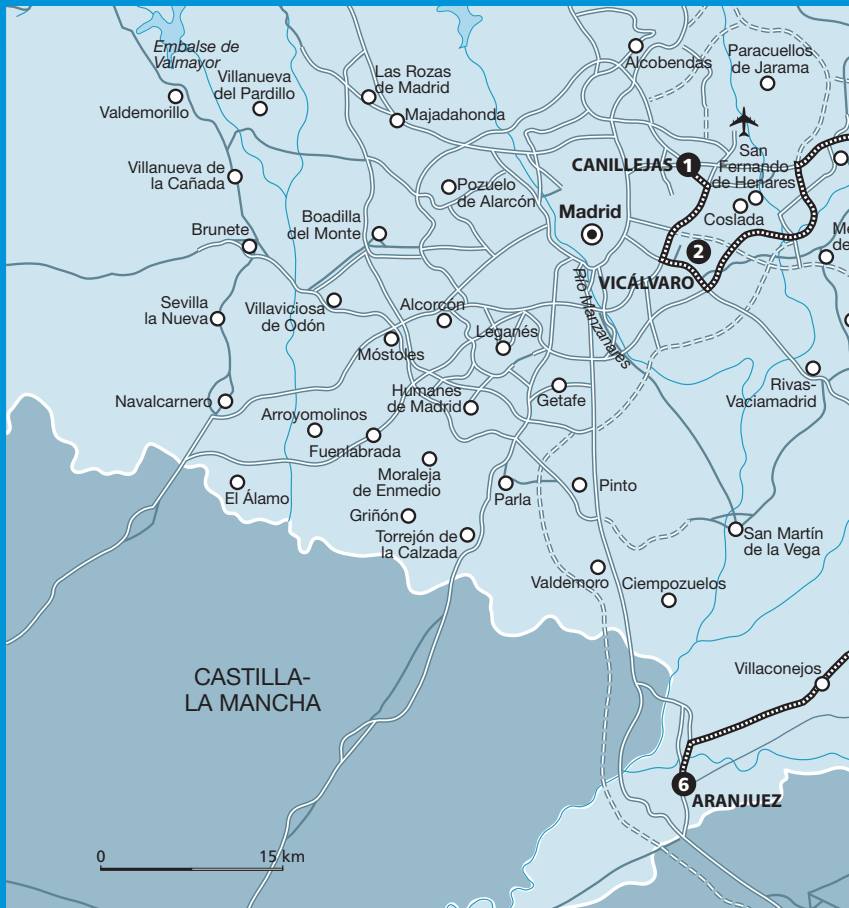
6

podemos imaginarnos a un grupo de intelectuales reunidos en torno a *Azorín*, como en el homenaje que le rindieron en 1913, pero no olvidemos visitar el Palacio Real y la Casita del Príncipe.

Guía práctica | RUTA 5 | HACIA EL CAMPO DE ONTÍGOLA

1. Canillejas 2. Vicálvaro 3. Alcalá de Henares 4. Nuevo Baztán 5. Chinchón 6. Aranjuez

RUTAS ORTEGUJANAS





Agenda

> Oficinas de Turismo de Alcalá de Henares

Plaza Santos Niños y Callejón Santa María.
 ☎ 918 810 634 y 918 892 694.
 Lunes a domingo de 10:00 a 14:00
 y de 16:00 a 19:00 h.

> Centro de Interpretación de Nuevo Baztán

Plaza de la Iglesia, s/n ☎ 918 736 238
 Martes a sábado de 11:00 a 18:00 h.
 Domingos de 11:00 a 15:00 h.

> Oficina de Turismo de Chinchón

Plaza Mayor, 6 ☎ 918 935 323
 Lunes a viernes de 10:00 a 20:00 h.
 Sábado, domingos y festivos de 10:00 a
 15:00 h.

> Oficina de Turismo de Aranjuez

Plaza de San Antonio, 9 ☎ 918 910 427
 Lunes a domingo de 10:00 a 18:00 h.

> Palacio Real de Aranjuez

Plaza Parejas, 12
 ☎ 918 911 344; 918 924 332
 Invierno (oct-mar): martes a domingo
 de 10:00 a 17:15 h.
 Verano (abr-sep): martes a domingo
 de 10:00 a 18:15 h.



Nueva edición de las *Obras completas* de José Ortega y Gasset.

Bibliografía



Carrasco, Adolfo; García Delgado, José Luis; Juliá, Santos; y Moreno Luzón, Javier (eds.), *1702-2002. Madrid. Tres siglos de una capital*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2002.

Juliá, Santos; Ringrose, David; y Segura, Cristina, *Madrid. Historia de una capital*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

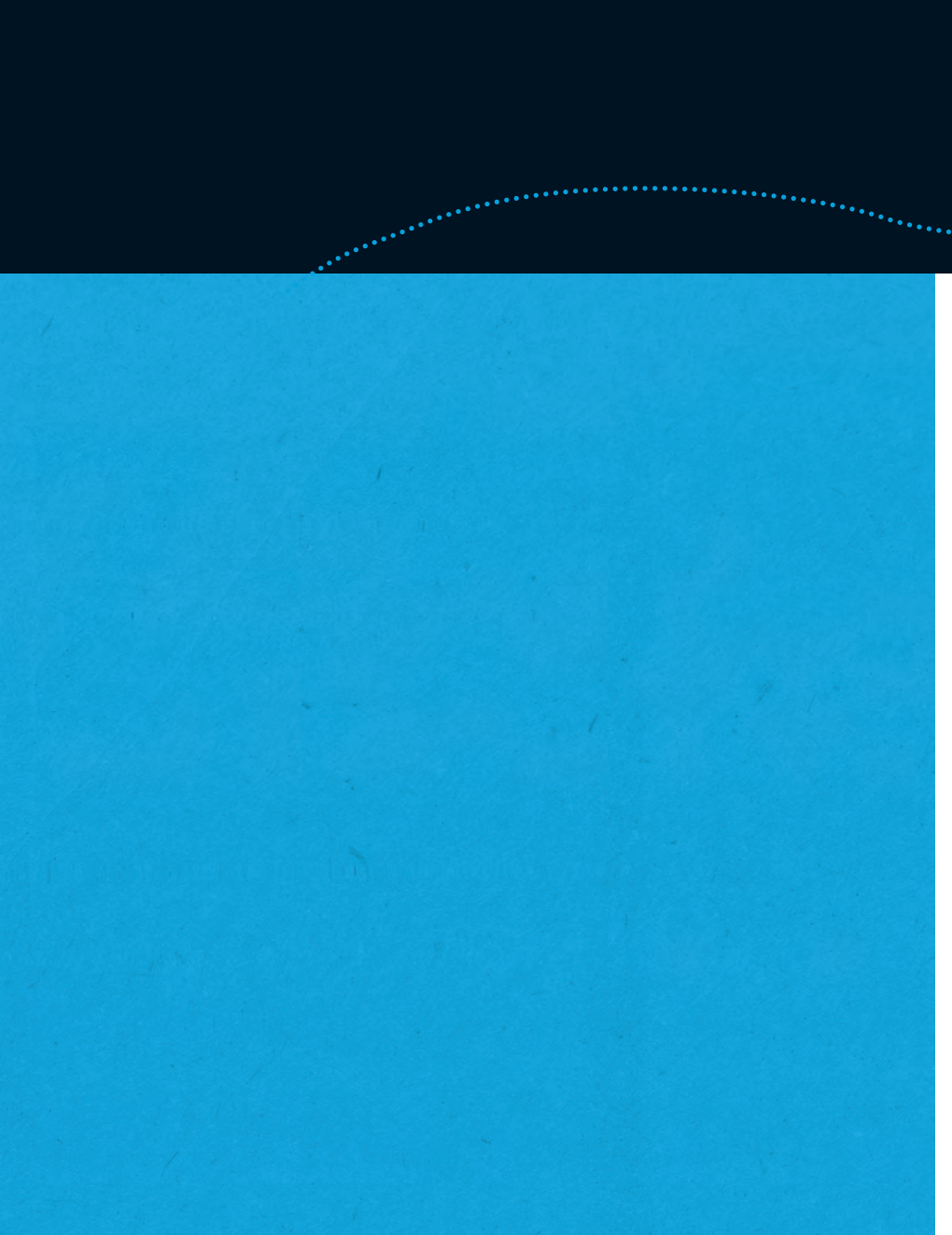
Lasaga, José (ed.), *El Madrid de Ortega*. Madrid: Residencia de Estudiantes / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005.

Ortega y Gasset, José, *Obras completas*. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010.

Ortega Spottorno, José, *Los Ortega*. Madrid: Taurus, 2002.

Ortega Spottorno, Soledad, *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida 1883-1955*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia / Fundación José Ortega y Gasset, 1983.

Zamora Bonilla, Javier, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002.



Índice onomástico



A

ABC, diario	97-98
Achúcarro, Nicolás	39
Alba, calle del duque de	78
Alba, duquesa de	27
Alcalá de Henares	133, 152
Alcalá, calle de.....	37-38, 58-60, 130, 152
Alcalá Zamora, Niceto	63
Alcántara, Francisco	68, 116
Alemania	74, 81
Alfonso XII	43, 49
Alfonso XII, calle de	12-13
Alfonso XIII	43, 49
Almagro, calle de	72, 97
Álvarez, Melquiades	62
Aranjuez	133-135, 153
Aravaca	131-132, 148
Arenal, calle del	58
Aristóteles	79
Arniches, Carlos	21
Asís, Francisco de	35
Asturias	135
Atenas	71
Ateneo	71-75, 91, 144
<i>Atlántidas, Las</i>	74
Atocha, calle de	15-17, 136
Atocha, estación de	56, 97
Atucha, Adela "Tota"	132
Azaña, Manuel	63
Azcárate, Gumersindo de	43, 49
Azorín	37, 69, 81-82, 118, 121, 124-125, 133-135

B

Bacarisse, Mauricio	77
Banco de España	25
Barcelona	27, 83
Baroja, Pío	37-38, 73

Berganza, duque de	23
Bergamín, José	77, 90
Bergson, Henri	74
Biblioteca Nacional	70
Bilbao	56, 67
Buen Retiro, Palacio del	21-23
Buenos Aires	83, 85, 91

C

Cambó, Francisc	48, 62
Canalejas, José	52-53
Canillejas	130-131, 152
Cánovas del Castillo, Antonio	53
Capitol, cine	93
Carabanchel	18
Carlos III	22, 25
Carlos V	22, 128
Carlos V, glorieta de	16
Casa de Fieras	29
Casa del Libro	81, 145
Casa del Pueblo	59
Casita del Infante (El Escorial)	125
Castellana, Paseo de la	97-98, 144-145
Castilla	117, 135
Castillejo, José	57, 84
Cendoya, Rubín de	35-36, 110-112, 131-132
Centro de Estudios Históricos	71-72
Chacón, José María	77
Chamberí	97
Chinchón	132, 153
Colón, Plaza de	14, 144
Colonia, La (finca)	130
Congreso de los Diputados	40, 47, 51-52, 141
Correos, Real Casa de	47, 141
<i>Correspondencia de España, La</i>	58
Cossío, Manuel Bartolomé	49, 68

- Costa, Joaquín69, 71-72
 Cuba41, 57
- D**
 Dato, Eduardo51, 78
 Debussy, Claude94-95
 Descalzas, plaza de15, 137
Diario de Barcelona.....69
 Díez-Canedo, Enrique.....77
 D'Ors, Eugenio77
 Don Juan Tenorio87-89, 129
 Doña Inés92
- E**
 El Viso, colonia13, 44, 88
 Einstein, Albert.....74
En torno a Galileo.....31
 Equitativa, edificio de la59-60
 Escocia113
 Escorial, Monasterio de San
 Lorenzo del105-106, 116-128
 Escorial, San Lorenzo del105-108,
 114-126
España, revista.....78
España invertebrada.....81, 94
 Espasa-Calpe.....80-81, 145
Espectador, El.....14, 17, 26, 29, 32,
 34, 37, 38, 43, 71, 73, 74, 81, 89,
 90, 92, 95, 99, 103, 109, 117, 118,
 121, 125, 128, 129, 135
 Esquilache, motín de25
 Europa.....20, 57-59, 67-70,
 102, 113, 128
- F**
 Facultad de Filosofía y Letras85
Faro, revista67, 78
- Felipe II.....123, 127-128
 Felipe III.....18, 23
 Felipe IV18, 22-24, 99
 Flores de Lemus, Antonio.....55, 57
 Floridablanca, calle de.....106
 Floridablanca, conde de133
 Frailes, Jardín de los124, 125
 Francia45, 52, 65, 81, 101
 Franco, Francisco65
- G**
Gaceta Literaria, La83
 Gaos, José131
 García Lorca, Federico.....90-91
 García Morente, Manuel.....85
 García Prieto, Manuel.....50
 Gato, callejón del51
 Generación de 191441, 43,
 48, 53, 57, 71
 Giner de los Ríos, Francisco43, 110
 Goethe, Wolfgang von92-93
Goethe desde dentro.....77
 González Hontoria, Manuel57
 Gómez de la Serna,
 Ramón.....37, 39, 82, 90
 Goya, calle de13
 Goya, Francisco de22-23,
 26-27, 68, 96
 Gran Vía.....86, 97, 103, 145
 Granja El Henar, Café79
 Granjilla, lagunas de la.....125
 Greco, El111, 114, 128-129
 Guadarrama, sierra de.....36, 105-121,
 148-149
 Guerra Civil.....13, 65
 Guerra Mundial, Primera57-58
 Guerrero, María92
 Gutenberg, librería.....16

H		
Hartzenbusch, Juan Eugenio.....	82	
<i>Heraldo de Madrid, El</i>	58	
Herrería, bosque de La.....	125-127, 149	
Hospicio del Ave María y San Fernando	42-43	
I		
<i>Idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva, La</i>	65	
Iglesias, Pablo	62	
<i>Imparcial, El</i>	57, 78, 110	
Inglaterra.....	24, 52	
Institución Libre de Enseñanza.....	17, 69, 131	
J		
Jardín Botánico	37, 77	
Jardín de los Frailes (El Escorial).....	107	
Jerónimos, iglesia de los.....	24, 36	
Jiménez Fraud, Alberto	75	
Joyce, James	39	
Jovellanos.....	133	
Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.....	49, 71, 75, 83	
K		
Kant, Immanuel	33, 69	
Krausismo	69, 131	
L		
La Cierva, Juan de.....	51, 121	
La Mancha.....	58, 134	
Larra, calle de	78	
Larra, Mariano José de	80	
Lasalle, Ferdinand	59	
Leibniz, Gottfried	79	
Leerma, duque de.....	25	
Levante, Café de	20	
<i>Liberal, El</i>	39	
Lisboa	83	
M		
Madraza, calle de los	72	
<i>Maleficio de la mariposa, El</i>	91	
Mallarmé, Stéphane	77	
Manzanares, río.....	46, 105, 109, 132	
Manzanares el Real.....	132, 149	
Marañón, Gregorio	39	
María Cristina de Habsburgo.....	43	
Marichalar, Antonio.....	77	
Marinetti, Filippo Tommaso	100	
Marqués de la Vega Inclán	41-42	
Marqués de Salamanca, plaza	54	
Maura, Antonio	45-52	
Mayor, calle	58, 137	
<i>Meditaciones del Quijote</i>	105-110, 123, 127	
Mendelssohn, Félix	94	
Menéndez Pelayo, Marcelino	68	
Menéndez Pidal, Ramón.....	68	
Mesonero Romanos, Ramón de	82	
Ministerio de Fomento	56	
Ministerio de Gobernación.....	47-48, 51, 53	
Ministerio de Hacienda	57	
Miguel Ángel	42, 72	
<i>Misión de la Universidad</i>	85	
Moncloa, campus de	85, 145	
Montera, calle de la	58	
Montesquínza, calle de	13	

- Moreno Villa, José77
 Moret, Segismundo50, 74
 Museo Pedagógico49, 69
 Museo Romántico41-43
- N**
Nación, La85
 Navarro Ledesma, Francisco15
 Nebrija, Antonio de133
 Neptuno, fuente de35
 Nietzsche, Friedrich95, 114
 Norte, estación del97
 Nueva York97
 Nuevo Baztán132, 133
- O**
 Ocampo, Victoria132
 Ontígola, campo de105, 133
 Ópera, cine de la63, 64
 Oriol, José Luis97
 Ortega Munilla, José56
 Ortega Spottorno, José105
 Osuna, los duques de26-27
- P**
 Palace, Hotel51
 Palacio de la Industria y las Artes
 (Museo de Ciencias Naturales)71
 Palacio Real46, 48-49, 153
*Papeles sobre Velázquez
 y Goya*23, 27, 96
 Paraninfo universitario84
 París97
 P.E.N. Club de Madrid20, 21
Personas, obras, cosas36,
 73, 107, 116, 119
 Piemonte, calle59
- Pintor Rosales, paseo del36, 137
 Plaza Mayor18, 137
 Plaza de Oriente48, 50, 94, 140
 Pombo, Café82-83
 Portugal24, 65
 Poussin, Nicolas31
 Prado, calle del71, 144
 Prado, Museo del31, 35,
 115, 136
 Prado, Paseo del24, 35, 71, 136
 Primero de Mayo
 (Fiesta del Trabajo)59-61
 Primo de Rivera, Miguel62, 85
 Proust, Marcel29, 39
 Puerta de Alcalá13, 26, 152
 Puerta de Hierro18
 Puerta del Sol20, 34, 35, 39,
 43, 44, 47, 53, 58, 62, 64, 141
- R**
 Ramón y Cajal, Santiago49, 67, 68
 Rastro, El39
 Real Academia Española38
Rebelión de las masas, La65
 Recoletos, paseo de37, 144
Rectificación de la República61,
 63, 64
*Redención de las provincias
 y la decencia nacional, La*18, 47
 Renan, Ernest118-119
 Rengifo, Bernardo78
 República, II61-65, 85
 Residencia de Estudiantes71-76,
 108, 144
 Residencia de Señoritas71, 144
 Restauración17, 43, 48, 61, 73, 134
 Retiro, Parque del12, 13, 21,
 23, 29-31, 136

<i>Revista de Occidente</i>	37, 66, 78-80
Reyes, Alfonso.....	77
Ritz, Hotel.....	51, 141
Rivas Cheriff, Cipriano.....	90
Roma.....	44, 71, 127
Rodríguez Chaves, Ángel.....	82
Romanones, conde de.....	50
Rusia.....	59
Rusiñol, Santiago.....	134

S

Salamanca.....	56
San Bernardo, caserón de.....	34, 84
San Jerónimo, Carrera de.....	37, 141
San Jerónimo, Monasterio de.....	22-23
San Isidro, Biblioteca de.....	29
San Isidro, Instituto de.....	28
Santa Cruz, iglesia de.....	18
Sanz del Río, Julián.....	132
Scheler, Max.....	74
Segovia.....	108-110, 115
Séneca.....	112
Serrano, calle de.....	10, 13, 97, 98
Sevilla.....	97
Sevilla, calle de.....	59
Simarro, doctor Luis.....	73
<i>Sistema de la psicología</i>	132
Sociedad de Amigos del Arte.....	37, 85
Sobre una nueva interpretación de la historia universal.....	19
<i>Sol, El</i>	78, 84
Spotorno, Rosa.....	4, 14, 130
Stendhal.....	114

T

Teatro Eslava.....	90, 91
Teatro Real.....	92-95
Telefónica, edificio de la.....	86
Terreros, parque de los.....	105
Tetuán.....	97
Tiziano.....	31, 32
Topete, Ramón.....	130

U

Unamuno, Miguel de.....	55-56, 66-68
Universidad Central.....	84

V

Valle Inclán, Ramón del.....	90
Vega, Lope de.....	22
Velázquez, Diego.....	21-27, 31-32, 68
Ventas.....	18
<i>Verbena de la Paloma, La</i>	18-19
Vicálvaro.....	131, 132, 152
<i>Vieja y nueva política</i>	41, 48, 55, 57
Villahermosa, palacio de.....	25

W

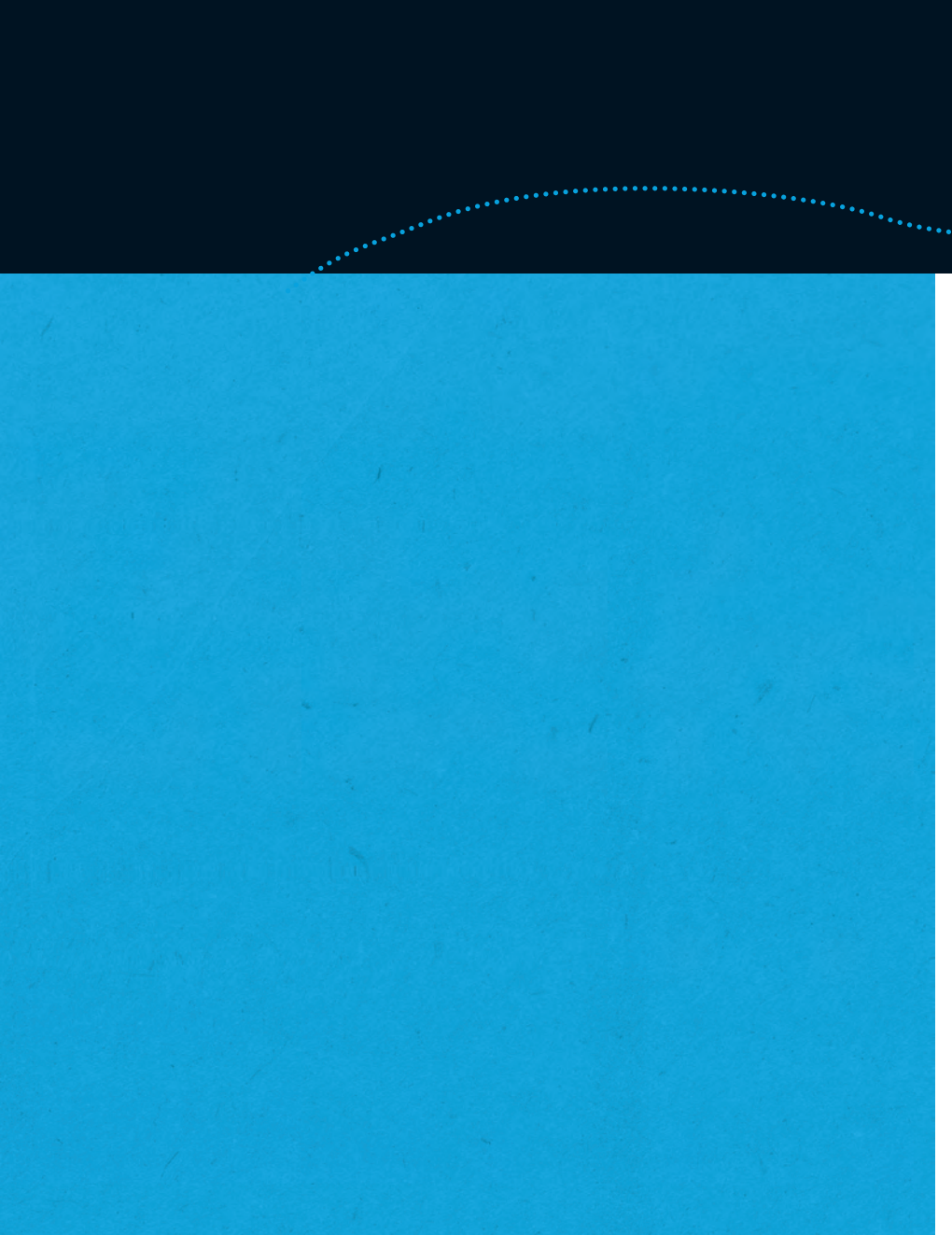
Wagner, Richard.....	95
----------------------	----

X

Xirgú, Margarita.....	90, 92
-----------------------	--------

Z

Zambrano, María.....	131
Zorrilla, José.....	87, 89



Créditos fotográficos



© De las ilustraciones y fotografías:

- © Alfonso, Santiago Rusiñol, VEGAP, Madrid, 2011: pp. 46, 62, 68, 82, 86, 134
- Agencia EFE: pp. 20, 44, 61, 63, 64, 65, 93
- Archivo Espasa-Calpe: pp. 80, 81
- Archivo General de la Administración: p. 29
- Archivo Moreno: pp. 38, 56, 60, 70
- Archivo Regional de la Comunidad de Madrid: pp. 15, 30, 32, 34, 35, 53, 55, 79, 89, 90, 92b, 111, 124
- Biblioteca Antonio Maura: pp. 45, 51
- Biblioteca Nacional: p. 25
- © Fondo fotográfico Universidad de Navarra. Fundación Universitaria de Navarra. VEGAP, Madrid, 2011: p. 17
- Fundación José Ortega y Gasset: pp. 4, 6, 10, 12, 13, 14, 37, 54, 66, 74, 77, 78, 85, 91, 100, 107, 108, 116, 119, 122, 125, 126, 130, 132, 133, 137
- Fundación Pablo Iglesias: p. 59
- Getty Images: pp. 41, 103, 121, 127, 139, 146b, 151a, 151b, 151c, 154a, 155b, 155c
- Jesús Chicharro Ruiz, 'Chicho': p. 155a
- Museo Municipal de Madrid: pp. 16, 18, 23, 28, 40, 42, 48, 71, 72, 95, 97
- Museo Nacional del Prado: pp. 26, 27, 31, 92a, 115
- Museo Sorolla: p. 104
- Museu d'Art Morera: p. 112
- Patrimonio Histórico Artístico de la Universidad Complutense de Madrid: pp. 8, 43
- Patrimonio Nacional: pp. 21, 129
- Residencia de Estudiantes: p. 76
- Revista Sólo Boadilla: p. 150b
- Sergio Martín: pp. 73, 98, 138a, 138b, 139a, 139b, 142a, 142-143, 146a, 147a, 147b, 150a, 154a
- Unión Musical Ediciones, S.L.: p. 19

